
Coriolano

William Shakespeare

textos.info

Biblioteca digital abierta

Texto núm. 2255

Título: Coriolano

Autor: William Shakespeare

Etiquetas: Teatro, Tragedia

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 22 de febrero de 2017

Edita **textos.info**

Maison Carrée

c/ Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

DRAMATIS PERSONAE

Cayo MARCIO, después Cayo Marcio CORIOLANO

TITO Larcio, general en guerra con los volscos

COMINIO, general en guerra con los volscos

MENENIO Agripa, amigo de Coriolano

SICINIO Veluto, tribuno del pueblo

Junio BRUTO, tribuno del pueblo

EL JOVEN MARCIO, hijo de Coriolano

Un HERALDO romano

NICANOR, un romano

Tulo AUFIDIO, general de los volscos

LUGARTENIENTE de Aufidio

CONSPIRADORES con Aufidio

ADRIANO, un volsco

VOLUMNIA, madre de Coriolano

VIRGILIA, esposa de Coriolano

VALERIA, amiga de Virgilia

Senadores romanos y volscos, patricios, ediles, lictores, soldados, ciudadanos, mensajeros, sirvientes y otros acompañantes

Escena: Roma y sus alrededores; Corioles y sus alrededores; Ancio

PRIMER ACTO

ESCENA I

Calle de Roma. Entra un grupo de ciudadanos amotinados con palos, garrotes y otras armas.

CIUDADANO PRIMERO Antes de que sigamos adelante, déjenme hablar.

TODOS Habla, habla.

CIUDADANO PRIMERO ¿Están todos resueltos a morir más que a perecer de hambre?

TODOS ¡Resueltos! ¡Resueltos!

CIUDADANO PRIMERO Primero, ya saben que Cayo Marcio es enemigo principal de la gente.

TODOS ¡Lo sabemos! ¡Lo sabemos!

CIUDADANO PRIMERO Matémoslo, y tendremos grano al precio que nos conviene. ¿Hay veredicto?

TODOS No se hable más de ello. Que se haga. ¡Vamos, vamos!

CIUDADANO SEGUNDO Una palabra, buenos ciudadanos.

CIUDADANO PRIMERO Se nos considera ciudadanos pobres; a los patricios, ricos. Lo que la autoridad ya no puede consumir, nos aliviaría a nosotros. Si nos cedieran siquiera lo que les sobra, mientras todavía está bueno, pensaríamos que nos tratan humanitariamente, pero creen que salimos demasiado caros. La flacura que nos aflige, reflejo de nuestra miseria, es como un inventario para hacer la cuenta de su abundancia. Nuestro sufrimiento es ganancia para ellos. Vengamos esto con nuestras picas, antes que nos convirtamos en esqueletos. Porque los dioses saben que digo esto con hambre de pan, no con sed de venganza.

CIUDADANO SEGUNDO ¿Quieren proceder ustedes especialmente contra Cayo Marcio?

TODOS Contra él primero. Es un verdadero perro contra la clase baja.

CIUDADANO SEGUNDO ¿Tienen ustedes en cuenta los servicios que ha prestado a la patria?

CIUDADANO PRIMERO Claro que sí, y con gusto lo alabaría por ello, si con su orgullo no quedara él bien pagado.

CIUDADANO SEGUNDO No, pero no hables con malicia.

CIUDADANO PRIMERO Te digo que lo que con tanta fama ha realizado, lo ha hecho con ese fin. Aunque algunos contemporizadores se contenten con decir que lo hizo por la patria, en realidad lo hizo por dar gusto a su madre, y en parte para sentirse orgulloso, que lo está, a la altura de su virtud.

CIUDADANO SEGUNDO Lo que no puede evitar en su naturaleza, lo tomas tú por vicio. De ningún modo debes decir que es ambicioso.

CIUDADANO PRIMERO Suponiendo que así sea, no me falta de qué acusarlo. Tiene defectos en demasía hasta para cansarse de repetirlos.

Gritos dentro.

¿Qué gritos son estos? El otro lado de la ciudad se ha sublevado. ¿Qué estamos haciendo aquí platicando? ¡Al Capitolio!

TODOS ¡Vengan, vengan!

CIUDADANO PRIMERO Calma, ¿quién viene aquí?

Entra MENENIO Agripa.

CIUDADANO SEGUNDO El respetable Menenio Agripa, uno que siempre ha querido bien al pueblo.

CIUDADANO PRIMERO Es muy honrado; ¡ojalá todos los otros fueran así!

MENENIO ¿Qué traéis entre manos compatriotas?

¿Donde vais

con garrotes y con palos? ¿Qué pasa? Hablad, os lo ruego.

CIUDADANO PRIMERO Nuestro negocio no es desconocido para el Senado. Hace quince días que tuvieron indicios de lo que intentábamos hacer, y que ahora con hechos les demostraremos. Dicen que los solicitantes pobres tienen muy fuerte el aliento; ahora sabrán que tenemos también fuertes los brazos.

MENENIO ¡Pero maestros, buenos amigos y honrados vecinos míos! ¿Queréis arruinaros?

CIUDADANO PRIMERO No podemos señor, porque arruinados estamos.

MENENIO Amigos, os digo yo que los patricios tienen por vosotros la solicitud más bondadosa.

Por lo que hace a vuestros sufrimientos y carencias en esta sequía, igual podríais

golpear el cielo con vuestros garrotes,

como alzarlos en contra del Estado romano,

cuyo curso seguirá el camino que ha tomado

destruyendo a su paso mil obstáculos

de envergadura más potente que la que nunca

manifestarse pueda en vuestra oposición.

En cuanto a la sequía, son los dioses,

no los patricios, quienes la producen,

y ayudaros deben vuestras rodillas,

no vuestros brazos ante ellos. Ay,

sois llevados por la calamidad

a donde peor la encontraréis; y calumniáis

a los conductores del Estado, que cual padres

por vosotros se preocupan, cuando

los maldecís como enemigos.

CIUDADANO PRIMERO ¿Que se preocupan por nosotros? ¡Vaya que es cierto! Nunca se han preocupado por nosotros. Nos dejan morir de hambre mientras sus trojes están atestadas de trigo; proclaman edictos sobre la usura para apoyar a los usureros; revocan diariamente cualquier decreto justo que se dé en contra de los ricos y promulgan diariamente nuevos reglamentos lacerantes para encadenar y reprimir a los pobres. Si las guerras no nos devoran, lo harán ellos; y en eso consiste todo el amor que nos profesan.

MENENIO Preciso es confesar
o que sois en extremo maliciosos,
o que puede pensarse que estáis locos.
Voy a contaros un bonito cuento;
es probable que ya lo hayáis oído,
pero como se ajusta a mi propósito,
una vez más me atrevo a machacarlo.

CIUDADANO PRIMERO Bien, lo escucharé, señor; mas sin embargo, no debéis pretender entretener nuestra desgracia con un cuento; pero si os place, contadlo.

MENENIO Aconteció una vez
que todos los miembros del cuerpo se rebelaron
contra el estómago; su acusación
fue que este
permanecía así en medio del cuerpo
como un pozo, inactivo y de balde,
almacenando siempre la comida,
sin soportar nunca trabajo alguno
como los otros, mientras los demás instrumentos
veían, oían, discurrían, instruían,
caminaban, sentían
y, colaborando unos con otros, subvenían
a los apetitos e inclinaciones comunes
de todo el cuerpo. El estómago respondió...

CIUDADANO PRIMERO Y bien, señor, ¿qué respuesta dio el estómago?

MENENIO Señor, voy a decíroslo.
Con una especie de sonrisa que no salió
nunca de los pulmones,
sino una sonrisa así... pues mirad,
puedo hacer que el estómago sonría
y también que hable, burlescamente
les replicó a los miembros descontentos,
a las partes rebeldes
que envidiaban lo que recibía; justo así,
con gran acierto, igual que vosotros
difamáis a vuestros senadores,
por no ser

lo que vosotros sois...

CIUDADANO PRIMERO Vuestra respuesta del estómago... ¿cuál fue?
Es como si la regia cabeza coronada,
el ojo vigilante,
el corazón consejero, el brazo,
soldado nuestro, la pierna, que es nuestro corcel,
la lengua, que nos sirve de trompeta,
y otras fortificaciones y ayudas pequeñas
de nuestra fábrica humana...

MENENIO ¡Qué pues!
¡Por vida mía que es hablantín este sujeto!
¡Bueno! ¡Qué pues!

CIUDADANO PRIMERO Fueran reprimidos
por el voraz estómago que es
la cloaca del cuerpo.

MENENIO Bien ¿y qué?

CIUDADANO PRIMERO Los órganos dichos, si se quejaron,
¿qué pudo contestarles el estómago?

MENENIO Os lo diré si es que queréis prestarme
un poco (pues poca tenéis) de vuestra paciencia
por un momento, y oiréis la respuesta
del estómago.

CIUDADANO PRIMERO Mucho tiempo os tomáis.

MENENIO Tomad nota, buen amigo;
vuestro respetabilísimo estómago
era muy pausado, no irreflexivo
como sus acusadores,
y contestó de esta manera: «Verdad es», dijo,
«incorporados amigos míos, que recibo
yo primero, el alimento todo
con que os sustentáis; y eso, es justo,
porque soy depósito y almacén
de todo el cuerpo. Mas si recordáis,

lo despacho
por los ríos de vuestra sangre hasta la corte
incluso, el corazón, y a la sede del cerebro;
y por intermedio de los pasillos
y oficinas del hombre, los nervios
más potentes
y las pequeñas venas inferiores
de mí reciben la suficiencia natural
con la que viven. Y aunque
todos a la vez, vosotros mis buenos amigos»,
esto dice el estómago, fijaos.

CIUDADANO PRIMERO Sí, señor, bueno, bueno.

MENENIO «Aunque a la vez todos no puedan ver
lo que le reporto a cada uno, sin embargo,
bien puedo hacer la cuenta de que todos
de regreso recibís de mí la fina harina
de todo, y que me dejáis solo el salvado.»
¿A esto qué decís?

CIUDADANO PRIMERO Que fue una respuesta. ¿Mas qué aplicación le
dais?

MENENIO Los senadores de Roma son el buen estómago;
vosotros sois los miembros revoltosos.
Examinad sus disposiciones y cuidados;
digerid rectamente las cosas que conciernen
al bienestar de los plebeyos y encontraréis
que no existe
ningún beneficio público que recibáis
que no proceda o venga de ellos
a vosotros;
de ningún modo de vosotros mismos.
¿Qué pensáis vos, dedo gordo del pie
de esta asamblea?

CIUDADANO PRIMERO ¿Yo el dedo gordo del pie? ¿Y por qué el dedo
gordo?

MENENIO Porque aun siendo uno de los más bajos, más viles y más

pobres
de esta sabia revuelta, te adelantas
a todos. Tú, villano,
que tienes la sangre más ruin, corres delante
a cobrar alguna ventaja. Mas aprestad
vuestros palos y vuestras cachiporras;
Roma y sus ratas están a punto de enfrentarse.
Una parte debe salir perdiendo.

Entra Cayo MARCIO.

¡Salud,
noble Marcio!

MARCIO Gracias.
¿Qué sucede, villanos descontentos,
que a fuerza de rascaros
la pobre sarna de vuestra opinión
os hacéis costras?

CIUDADANO PRIMERO Siempre recibimos
de vos buenas palabras.

MARCIO El que quiera dirigirte a ti buenas palabras
adulará de modo
por demás aborrecible. ¿Qué es lo que pedís,
perros callejeros, que no queréis
ni la guerra ni la paz? La una os asusta;
os vuelve arrogantes la otra. El que a vosotros
se confía,
cuando debiera hallaros leones, os halla liebres;
gansos, en vez de zorros.
No sois más de fiar, no,
que el carbón encendido sobre el hielo
o el granizo en el sol.
Vuestra virtud consiste en honrar a aquel a quien
sojuzga su delito,
y en maldecir por ello a la justicia.
Quien merece grandeza, merece vuestro odio,
y vuestras inclinaciones son cual apetito
de enfermo

que con más ansia desea lo que acrece más
su mal. El que depende de vuestro favor nada
con aletas de plomo
y derriba robles con juncos. ¡Que os ahorquen!
¿Fiarse de vosotros? A cada instante
cambiáis de opinión, llamando noble al que ha poco
aborrecíais y vil al que teníais por héroe.
¿Qué sucede, que en varios sitios de la ciudad
protestáis contra el noble Senado
que con licencia de los dioses os tiene a raya
para que no os devoréis los unos a los otros?
¿Qué es lo que pretenden?

MENENIO Grano al precio que ellos fijen,
del que afirman está bien provista la ciudad.

MARCIO ¡Que los ahorquen! ¡Afirman!
Se sientan junto al fuego y presumen conocer
lo que acontece en el Capitolio: quiénes tienen
probabilidades de subir; quiénes
de prosperar o de venirse abajo;
forman bandos y unen
posibles matrimonios,
fortaleciendo partidos o debilitando
los que no son de su agrado bajo sus zapatos
remendados.
¿Conque dicen que hay grano de sobra?
Si la nobleza dejara de lado
su conmiseración y me dejara
usar mi espada, haría un montón
con miles de estos esclavos despedazados,
que subiera tan alto como pudiera yo
alzar mi lanza.

MENENIO No, estos ya están
casi completamente convencidos,
porque aunque en gran manera carecen de discreción,
son también sumamente pusilánimes.
Pero dime, ¿qué dice la otra banda?

MARCIO Ya se disolvieron. ¡Que los ahorquen!

Argüían que estaban hambrientos y gemían
consignas: que «el hambre quebranta muros»
y «hasta los perros comen». Que «la carne
se hizo para la boca del hombre»
y que «los dioses no envían el grano
solo para los ricos».

Con estos jirones de frases desahogaban
sus quejas, que al ser contestadas, y concedérseles
una petición, por cierto muy extraña,
capaz de quebrantar el corazón de los nobles
y hacer palidecer al denodado poder,
lanzaron al aire sus gorros cual si quisieran
colgarlos de los cuernos de la luna,
gritando su emulación.

MENENIO ¿Qué se les concedió?

MARCIO Cinco tribunos elegidos por ellos mismos
para defender su sabiduría vulgar.
Uno es Junio Bruto; otro, Sicinio Veluto
y no sé quién más. Por vida mía que la plebe
habría primero demolido la ciudad
que haberme arrancado semejante concesión.
Con el tiempo crecerá su poder
y se aventurará a argumentos más atrevidos
para justificar la insurrección.

MENENIO Esto es extraño.

MARCIO (*A la plebe.*) ¡Lárguense a su casa, fragmentos!

Entra apresuradamente
un MENSAJERO.

MENSAJERO ¿Dónde está Cayo Marcio?

MARCIO Aquí, ¿qué ocurre?

MENSAJERO Señor, la noticia
es que los volscos se han levantado en armas.

MARCIO Me alegro de ello. Así podremos dar salida a nuestro podrido exceso. Mirad, nuestros más ilustres patricios.

Entran SICINIO Veluto y Junio BRUTO; COMINIO, TITO Larcio y otros senadores.

SENADOR PRIMERO

Marcio, es verdad lo que últimamente nos decíais, que los volscos se han levantado en armas.

MARCIO Tienen un jefe, Tulio Aufidio, que os dará que hacer. Peco al envidiar su nobleza, y si no fuera yo lo que soy, solo él desearía ser.

COMINIO ¡Se ve que habéis combatido el uno contra el otro!

MARCIO Si se hubieran cogido de las barbas las dos mitades de este mundo, y él estuviera de mi parte, me rebelaría para hacerle la guerra solo a él. Es un león que me precio de cazar.

SENADOR PRIMERO Entonces, noble Marcio, prestad vuestro servicio a Cominio en esta guerra.

COMINIO Me lo habéis prometido.

MARCIO Así es, señor, y lo sostengo. Y tú, Tito Larcio, de nuevo me verás golpeándole la cara a Tulo. ¿Qué, estás tullido? ¿Por qué te zafas?

TITO No, Cayo Marcio. Me apoyaré en una muleta y pelearé con la otra antes de volver atrás en este asunto.

MENENIO ¡Bien nacido!

SENADOR PRIMERO Vuestra compañía al Capitolio, donde sé

que están esperando nuestros más grandes amigos.

TITO (A COMINIO.) Abrid la marcha.
(A MARCIO.) Seguid a Cominio;
nosotros iremos después de vos respetando
vuestro rango.

COMINIO Sí, noble Marcio.

SENADOR PRIMERO (A los ciudadanos.) Váyanse a casa, ¡pronto!

MARCIO No, dejad que nos sigan.
Los volscos tienen mucho trigo. Llevad allá
a estas ratas a roer sus graneros.
Respetables amotinados, vuestro valor
promete mucho; por favor seguidnos.

Salen.

*Los ciudadanos se escabullen. SICINIO y BRUTO
permanecen en el escenario.*

SICINIO ¿Hubo jamás hombre más altanero
que este Marcio?

BRUTO No tiene igual.

SICINIO Cuando fuimos escogidos tribunos
de la gente...

BRUTO ¿Te fijaste en su labio y en su mirada?

SICINIO ¡No, sus burlas!

BRUTO Cuando se alebresta no perdona ni a los dioses.

SICINIO Se burla hasta de la mansa luna.

BRUTO ¡Que las presentes guerras lo devoren!
De tan valiente se ha vuelto altanero.

SICINIO Una naturaleza así, estimulada
por el buen éxito, desprezará hasta la sombra

en que pisa
al mediodía. Me pregunto cómo
su insolencia se aviene a que Cominio
le dé órdenes.

BRUTO La gloria a la que aspira,
de la cual es favorito, no puede durar
ni lograrse mejor que un sitio más abajo
que el primero,
porque así, lo que no resulte bien,
será por culpa del general, aunque este haga
lo imposible,
y la inconstante crítica irá gritando entonces
a propósito de Marcio:
«¡Si él hubiera dirigido el asunto...!».

SICINIO Además, si las cosas salen bien,
la opinión, ya tan apegada a Marcio,
despojará a Cominio de sus méritos.

BRUTO Ven. Serán para Marcio
la mitad de los honores de Cominio
aunque Marcio no los haya ganado;
y todas sus faltas serán honores
para Marcio,
aunque él, en verdad, nada merezca.

SICINIO Vámonos ya de aquí y averigüemos
cómo se está despachando el asunto,
y en qué forma,
además de sus singularidades,
se conduce en la presente ocasión.

BRUTO Sí, vamos.

Salen.

ESCENA II

Corioles. El Senado. Entra Tulo AUFIDIO con algunos senadores.

SENADOR PRIMERO Por lo tanto, vuestra opinión, Aufidio, es que los romanos se han enterado de nuestras deliberaciones, y están al tanto de qué tácticas seguimos.

AUFIDIO ¿Y no es la vuestra?

¿Qué planes ha habido en este país que pudieran realizarse en firme sin que antes los romanos tuvieran conocimiento de ellos?

No han pasado siquiera cuatro días desde que de allá tuve noticias. Estas son las mismísimas palabras. Y creo que aquí traigo la carta.

Sí, aquí está: «Han reclutado fuerzas, pero no se sabe si es hacia el este o hacia el oeste. Es muy grande la miseria, la plebe se ha sublevado, y se rumora que Cominio, Marcio, vuestro viejo enemigo (que es más odiado de Roma que de vosotros), y Tito Larcio, que es un romano muy valiente, son los tres

que dirigen estos preparativos donde fuere que sea su destino.

Lo más probable es que sea contra vosotros. Estad preparados».

SENADOR PRIMERO Nuestro ejército se halla en campaña; nunca habíamos dudado para nada que Roma no estuviese dispuesta a respondernos.

AUFIDIO Ni pensasteis que fuese una locura mantener ocultos vuestros audaces designios hasta que hubieran de manifestarse por sí mismos, los cuales, al estarse incubando, al parecer se volvieron patentes a Roma. Debido a este descubrimiento, nos hallaremos limitados en nuestro propósito que era apoderarnos de varias ciudades antes casi de que supiera Roma que estábamos en pie de guerra.

SENADOR SEGUNDO Ilustre Aufidio, tomad posesión de vuestro cargo; daos prisa a reuniros con vuestras tropas. Dejadnos solos para defender a Corioles. Si vienen a ponernos sitio, para romperlo traed a vuestro ejército; pero creo que veréis que no apuntan contra nosotros.

AUFIDIO Oh, ni duda os quepa de eso; hablo de cosas ciertas. Inclusive algunos destacamentos de su ejército están ya en marcha y aquí se dirigen. Me despido de vuestras señorías. Si por suerte Cayo Marcio y yo nos encontramos, es cosa entre ambos ya jurada que peharemos hasta el final, hasta que uno de los dos quede muerto.

TODOS ¡Que os asistan los dioses!

AUFIDIO ¡Y guarden a vuestras señorías sanos y salvos!

SENADOR PRIMERO Adiós.

SENADOR SEGUNDO Adiós.

TODOS Adiós.

Salen.

ESCENA III

Roma. Aposento en casa de Marcio.

Entran VOLUMNIA y VIRGILIA, madre y esposa de Marcio, respectivamente. Se sientan en dos taburetes a coser.

VOLUMNIA Te ruego, hija, que cantes o te expreses de modo más optimista. Si mi hijo fuera mi esposo, yo me regocijaría más con la ausencia en que conquistara gloria, que con los abrazos de su lecho en que mayor cariño me mostrara. Cuando era todavía niño tierno y el único fruto de mis entrañas; cuando la juventud con su apostura atraía hacia él todas las miradas; cuando ni por un día de rogativas reales se resignaría una madre a privarse de su vista ni una hora, yo, considerando cuánto le convenía el honor a su persona (el cual no quedaría en otra cosa que en retratos para colgar en la pared, a menos que el renombre lo hiciera valer) consentí en dejarlo buscar el peligro donde tuviera probabilidades de encontrar la fama. Lo envié a una guerra cruel de la cual volvió con la frente coronada de roble. Te digo, hija, que no exulté más de júbilo cuando supe que mi hijo era varón, que luego cuando vi por primera vez que había demostrado que era hombre.

VIRGILIA Pero si hubiera muerto en el empeño, señora, ¿qué hubiera sucedido entonces?

VOLUMNIA Entonces su buen nombre habría sido mi hijo, y en él hubiera hallado yo mi descendencia. Óyeme, porque lo digo muy sinceramente: si tuviera yo una docena de hijos, todos iguales en mi amor, y ninguno menos querido que tu marido, mi buen Marcio, preferiría que once murieran noblemente por su patria, a que uno solo engordara voluptuosamente en la inacción.

Entra una SIRVIENTA.

SIRVIENTA La señora Valeria ha venido a visitaros, señora.

VIRGILIA Os ruego que me deis licencia de retirarme.

VOLUMNIA En verdad, no harás tal.
Me parece que escucho hasta aquí el tambor de tu esposo;
que lo veo coger a Aufidio por los cabellos
y derribarlo, y a los volscos, que como niños,
huyen de él como de un oso.
Me parece
que lo veo golpear el suelo con el pie
gritando así: «¡Adelante, cobardes:
entre temores fuisteis engendrados
aunque en Roma nacisteis!».
Su ensangrentada frente con su mano
limpiando entonces, avanza como un segador
cuya tarea es troncharlo todo
o perder su jornal.

VIRGILIA ¿Su ensangrentada frente?
¡Oh, Júpiter, que no haya sangre!

VOLUMNIA ¡Ah, quita allá, tonta! ¡Mejor le queda
la sangre a un hombre que el oro a su trofeo!
Los pechos de Hécuba
cuando amamantaba a Héctor no parecían
tan hermosos como la frente de Héctor
cuando escupía sangre sobre la espada griega
despectivamente. Dile a Valeria
que estamos dispuestas a darle la bienvenida.

Sale la SIRVIENTA.

VIRGILIA ¡Que los cielos libren a mi señor
del cruel Aufidio!

VOLUMNIA Bajo su rodilla
doblará él la cabeza de Aufidio
y pisará su cuello.

*Entra VALERIA con su ujier
y la SIRVIENTA.*

VALERIA ¡Mis señoras, que ambas tengáis muy buenos días!

VOLUMNIA ¡Amable señora!

VIRGILIA ¡Qué gusto ver a vuestra señoría!

VALERIA ¿Como estáis las dos? No hay duda de que sois muy caseras. ¿Qué estás cosiendo aquí? ¡Lindo bordado, a fe mía! ¿Cómo está tu hijito?

VIRGILIA Favor que me hace vuestra señoría; bien, buena señora.

VOLUMNIA Prefiere ver espadas y oír un tambor, que mirar a su maestro de escuela.

VALERIA ¡Doy mi palabra que es hijo de su padre! Juraré que es un niño precioso. A fe mía, lo estuve viendo el miércoles pasado por espacio de media hora; tiene un aire muy decidido. Lo vi correr detrás de una mariposa dorada, y luego que la atrapó, la dejó suelta otra vez y tornó a perseguirla; dio una maroma o dos, se levantó y la atrapó de nuevo; no sé si la caída le causó rabia o qué, porque apretó los dientes y la despedazó. ¡La hizo pedacitos, os lo aseguro!

VOLUMNIA ¡Como lo hacía su padre!

VALERIA No hay duda, vamos, que es un excelente muchachito.

VIRGILIA ¡Un travieso, señora!

VALERIA Vamos, dejad a un lado vuestra costura. Quiero que esta tarde juguéis conmigo al ama de casa ociosa.

VIRGILIA No, señora. Yo no saldré de casa.

VALERIA ¿Fuera de casa no?

VOLUMNIA ¡Claro que sí! ¡Claro que sí!

VIRGILIA De veras no, con vuestro permiso. No traspondré el umbral hasta que mi señor regrese de la guerra.

VALERIA ¡Bah! Te encierras sin ninguna razón. Ven; debes visitar a la buena señora que está por dar a luz.

VIRGILIA Le deseo que se recupere pronto y la visitaré con mis oraciones;

pero no puedo ir a verla.

VOLUMNIA ¿Por qué, me haces favor?

VIRGILIA No es por ahorrarme trabajo ni por falta de afecto.

VALERIA Te gustaría ser otra Penélope; sin embargo dicen que todo el cáñamo que ella hiló en ausencia de Ulises no sirvió para otra cosa que para llenar a Itaca de palomillas. Ven. Quisiera que tu tela fuera tan sensible como tu dedo, para que te apiadaras de ella y dejaras de picarla. Ven, irás con nosotras.

VIRGILIA No, buena señora, perdonadme; de veras, no saldré.

VALERIA Vaya, vamos de veras, y te daré excelentes noticias de tu esposo.

VIRGILIA Ay, buena señora; todavía no puede haber ningunas.

VALERIA Verdaderamente, no estoy bromeando contigo. Llegaron noticias de él anoche.

VIRGILIA ¿De veras, señora?

VALERIA En serio, es verdad; se las oí a un senador. Pasa esto: los volscos tienen un ejército contra el cual ha marchado el general Cominio, con una parte de nuestro ejército romano. Tu señor y Tito Larcio han puesto sitio a la ciudad de Corioles; no dudan de vencerla y acabar pronto la guerra. Esto es cierto, te doy mi palabra, y por tanto te ruego que nos acompañes.

VIRGILIA Os ruego que me excuséis, buena señora. De aquí en adelante os obedeceré en todo.

VOLUMNIA Dejadla sola, señora; tal como está, nos echará a perder el gusto.

VALERIA Pues de veras creo que sí. Que la pases bien entonces. Venid, buena señora... Te ruego, Virgilia, que eches fuera de casa tu melancolía y vengas con nosotras.

VIRGILIA No, de una vez por todas, señora; en verdad no debo. Os deseo

que os divirtáis mucho.

VALERIA Pues hasta luego entonces.

Salen.

ESCENA IV

Delante de Corioles.

*Entran MARCIO, TITO Larcio con tambor y banderas, oficiales y soldados.
Se les acerca un MENSAJERO.*

MARCIO Ahí vienen las noticias. Apuesto que ya ocurrió el encuentro.

TITO Mi caballo contra el tuyo que no.

MARCIO Hecho.

TITO Bien. Convenido.

MARCIO Dime: ¿ya se ha encontrado nuestro general con el enemigo?

MENSAJERO Se mantienen a la vista uno del otro, pero no han hablado todavía.

TITO Por lo consiguiente el buen caballo es mío.

MARCIO Te lo compro.

TITO Pero no lo vendo ni lo regalo.
Te lo presto
durante los próximos cincuenta años.
Convoca a la ciudad.

MARCIO ¿Qué tan lejos están estos dos ejércitos?

MENSAJERO Como a una milla y media.

MARCIO Oiremos entonces su rebato y ellos el nuestro. Ahora, Marte, te suplico que nos des presteza en la maniobra

para que con espadas humeantes
podamos ir de aquí a socorrer
a nuestros amigos que combaten en el campo.
Ven, avanza y deja oír tu toque.

*Suena un toque de parlamento.
Aparecen dos senadores y otras personas
sobre las murallas.*

¿Se halla Tulo Aufidio dentro de vuestras murallas?

SENADOR PRIMERO No, ni ninguno que os tema a vosotros
más que él,
lo cual es menos que nada.

Suena un tambor a lo lejos.

Escuchad,
vuestros tambores hacen salir a nuestros jóvenes.
Vamos a demoler nuestras murallas
antes de que nos acorralen; y nuestras puertas,
que parecen aún estar cerradas,
están solo sostenidas con cañas;
se abrirán solas. Oíd, allá en la lejanía...

Toque de guerra lejano.

Es Aufidio. Escuchad el ruido que produce
al perforar vuestro ejército.

MARCIO ¡Están luchando!

TITO Su estruendo nos sirva de información.
¡Presto ya, las escalas!

Entra el ejército de los volscos.

MARCIO No nos temen;
al contrario, salen de la ciudad.
Colocad ahora vuestros escudos
encima de vuestros corazones, y luchad
con corazones más sólidos que los escudos.

Avanza, bravo Tito.

Nos desdeñan más de lo que podemos creer,
lo que me hace sudar de rabia. ¡Venid, amigos;
al que retroceda, lo tomaré por volsco,
y sentirá el filo de mi espada!

*Toque de guerra. Los romanos se ven obligados
a retroceder a sus trincheras.*

ESCENA V

Entra MARCIO, echando maldiciones.

MARCIO ¡Todas las plagas del sur caigan sobre vosotros,
vergüenza de Roma! ¡Manada de...!
¡Que úlceras y llagas os recubran,
para que podáis ser aborrecidos
antes que vistos, y os infectéis unos a otros
aun contra el viento y a una milla!
Corazones de ganso con figura de hombres,
¿cómo habéis huido de unos esclavos
que batirían los monos? ¡Plutón y el infierno!
¡Todos heridos por detrás! ¡Rojas las espaldas
y pálidas las caras
por la huida y la angustia del miedo!
¡Reaccionad y volved a la carga,
o por los fuegos celestes que dejaré yo
al enemigo y os haré a vosotros la guerra!
¡Alerta! ¡Adelante!
¡Si os mantenéis firmes, los batiremos
hasta donde están sus mujeres, igual que ellos
a nosotros hasta nuestras trincheras. ¡Seguidme!

*Nuevo toque de guerra
mientras MARCIO sigue a los de Corioles
hasta las puertas de la ciudad.*

¡Así que ahora están las puertas abiertas!
¡Ahora probad que sois buen apoyo!
¡Es para los seguidores que las abre
la fortuna, no para los que huyen!
¡Miradme y haced vosotros lo mismo!

MARCIO *atraviesa las puertas.*

SOLDADO PRIMERO ¡Qué atrevimiento! Yo no.

SOLDADO SEGUNDO Ni yo.

MARCIO *queda encerrado dentro.*
Continúa el toque de guerra.

SOLDADO PRIMERO Ved, lo han encerrado.

TODOS Al caldero, no cabe duda.

Entra TITO Larcio.

TITO ¿Qué ha pasado con Marcio?

TODOS Muerto, señor, sin duda.

SOLDADO PRIMERO Pisándoles los talones a los que huían
entró con ellos; los cuales, de improviso,
cerraron las puertas. Está él solo
para enfrentarse a toda la ciudad.

TITO ¡Oh, noble compañero,
que sensible,
a su insensible espada sobrepuja,
y cuando esta se doblega, se mantiene enhiesto!
¡Solo has quedado, Marcio!
Un carbunclo íntegro igual de grande que tú,
no sería una joya tan preciada.
Tú eras soldado cual Catón quería,
no fiero y terrible solo en las acometidas,
sino que, con tus miradas ceñudas
y con el atronador sonido de tus gritos,
hacías que se estremecieran tus enemigos,
como si el mundo estuviera trémulo de fiebre.

Entra MARCIO sangrando, asediado por el enemigo.

SOLDADO PRIMERO ¡Mirad señor!

TITO ¡Es Marcio!
¡Rescatémoslo o resistamos como él!

Combaten y entran todos a la ciudad.

ESCENA VI

Calle de Corioles.

Entran algunos romanos con despojos.

ROMANO PRIMERO Esto me lo llevo a Roma.

ROMANO SEGUNDO Y esto.

ROMANO TERCERO ¡Que le caiga morriña! ¡Creí que era plata!

Toque de guerra que continúa a lo lejos.

*Entran MARCIO y TITO Larcio
con una trompeta.*

MARCIO ¡Mira estos merodeadores que estiman su tiempo
cual si fuera una dracma partida!

¡Cojines, cucharas de plomo, armas
de a centavo,

justillos que los verdugos enterrarían
con los que los llevaban...

con todo arramblan estos viles esclavos
aun antes de que el combate termine!

¡Abajo con ellos...! ¡Y escucha, qué ruido hace
el general! ¡Arremetamos contra él!

¡Ahí está el hombre que mi alma aborrece:
Aufidio, acribillando a nuestros romanos!

Por lo tanto, valiente Tito, toma
tropas suficientes para tener bien segura
la ciudad,

mientras que yo, con los que tengan ánimo,
me apresuro a socorrer a Cominio.

TITO Sangras, noble señor.

Violento en demasía fue tu primer combate
para un segundo arranque.

MARCIO No me alabéis, señor;
esta tarea aún no me hace entrar en calor.
Hasta luego. La sangre que derramo
me es más saludable que peligrosa.
Me presentaré así delante de Aufidio
y combatiré con él.

TITO Y que ahora
se enamore de ti la bella diosa Fortuna,
y que sus más poderosos encantos
desvíen la espada de tu enemigo.
¡Que la prosperidad sea tu paje,
valeroso caballero!

MARCIO ¡Y no menos tuyo,
entre los que ella pone más alto!
Así es que hasta la vista.

Sale MARCIO.

TITO ¡Nobilísimo Marcio!
(*A un romano.*)
Ve tú a tocar la trompeta en la plaza
y convoca allí
a los magistrados de la ciudad,
donde conozcan nuestras intenciones.
¡Vamos!

Salen.

ESCENA VII

Cerca del campamento de Cominio.

Entra COMINIO en plan de retirada con los soldados.

COMINIO Tomad aliento, amigos míos. ¡Buena pelea!

Como romanos hemos combatido;
ni imprudentes en nuestros ataques, ni cobardes
en la retirada. Creedme, buenos señores,
cargarán de nuevo contra nosotros.

Mientras combatíamos,

a intervalos

mensajeras rachas de viento nos informaron
de los ataques de nuestros amigos.

¡Que los dioses de Roma dirijan su buen éxito
como nosotros deseamos el nuestro,

para que nuestras fuerzas,

al encontrarse con una sonrisa

en cada frente, puedan ofreceros

un sacrificio de gratitud!

Entra un MENSAJERO.

¿Tus noticias?

MENSAJERO Que los ciudadanos de Corioles han salido
y han dado batalla a Tito y a Marcio.

Vi a nuestro ejército rechazado a sus trincheras
y me vine luego.

COMINIO Aunque digas la verdad,

creo que mientes. ¿Cuánto tiempo hace de eso?

MENSAJERO Señor, más de una hora.

COMINIO No hay ni una milla; ha poco oímos sus tambores.

¿Cómo pudiste perder una hora
en una milla y traer tan tarde
tus noticias?

MENSAJERO Espías de los volscos me persiguieron
de manera que me vi forzado a dar la vuelta
tres o cuatro millas a la redonda;
de otro modo,
hace media hora que habría yo
traído mi mensaje.

Entra MARCIO.

COMINIO ¿Quién viene allá que parece como si estuviera
desollado? ¡Oh, dioses,
tiene la figura de Marcio, y yo lo he visto
así antes!

MARCIO ¿Llego demasiado tarde?

COMINIO El pastor no distingue mejor entre los truenos
y el tamboril de lo que yo distingo
el sonido de la lengua de Marcio
de la de cualquiera.

MARCIO ¿Llego demasiado tarde?

COMINIO Sí, si no venís cubierto de la sangre
de otros sino de la vuestra.

MARCIO ¡Oh! Dejadme abrazaros entre mis brazos
como cuando me casé. Tan alegre
en mi corazón como cuando se celebraron
nuestras bodas
y las antorchas al lecho nupcial
me conducían.

COMINIO Flor de los guerreros,
¿cómo se halla Tito Larcio?

MARCIO Como un hombre ocupado en decretos. Condenando
a algunos a la muerte, a otros al destierro;

rescatando a este, o indultando o amenazando a aquel. Tomando posesión de Corioles en nombre de Roma, como si fuera un galgo zalamero en la trailla, para dejarlo suelto a voluntad.

COMINIO ¿En dónde está el esclavo que me dijo que os habían batido hasta las trincheras? ¿En dónde está? Decidle que venga.

MARCIO Dejadlo en paz; dijo la pura verdad; pero por lo que hace a nuestros gentileshombres (la grey plebeya) ¡que les caiga la peste! ¡Tribunos para ellos! El ratón nunca se retrae tanto del gato como huían ellos de los bellacos peores que ellos.

COMINIO Pero vos, ¿cómo vencisteis?

MARCIO ¿Me permitirá el tiempo decíroslo? Creo que no. ¿Dónde está el enemigo? ¿Sois ya dueños del campo? Si no, ¿qué os detiene de serlo?

COMINIO Marcio, hemos luchado con desventaja, y nos retiramos para lograr nuestro propósito.

MARCIO ¿Cómo está su línea de combate? ¿Sabéis de qué lado han puesto a sus hombres de confianza?

COMINIO A lo que sospecho, Marcio, sus bandas de vanguardia son antiates de su entera confianza. Al frente de ellos, Aufidio, de quien esperan todo.

MARCIO Os suplico, por todas las batallas en que hemos peleado, por toda la sangre que hemos derramado juntos,

por los votos que hemos hecho de amistad eterna,
que me lancéis en el acto en contra de Aufidio
y de sus antiates; que no perdáis
ni un momento, sino que,
oscureciendo el aire con espadas blandidas
y con flechas,
probemos suerte ahora mismo.

COMINIO Aunque desearía
que fuerais conducido a un dulce baño
y que se os aplicaran bálsamos, no me atrevo
nunca a rechazar vuestra petición.
Elegid a aquellos que mejor puedan
secundar vuestra empresa.

MARCIO Serán los que mejor voluntad tengan.
Si hubiere alguno aquí
(pecado será dudarlo) que guste
este color de que me veis cubierto;
si alguno estima en menos su persona
que su buena reputación; si está convencido
alguno de que una muerte valiente
es compensación de una mala vida,
y que su patria le es más amada que sí mismo,
que ese o todos los que así piensen,
hagan señales para expresar que están dispuestos.

*Todos gritan y blanden sus espadas.
Lo levantan en hombros y lanzan al aire sus gorros.*

¡Dejadme! ¿Me convertís en espada?
Si estas demostraciones no son tan solo externas,
¿quién de ustedes no vale cuatro volscos?
No hay ninguno que no pueda oponer al gran Aufidio
un escudo tan firme como el suyo.
Cierto número debo escoger de entre vosotros,
aunque a todos quedo agradecido. Los demás
llevarán el peso en otro combate,
cuando así lo exijan las circunstancias.
Servíos desfilar, y rápidamente,
yo seleccionaré para mi tropa

los hombres que estén mejor dispuestos.

COMINIO Desfilad, camaradas:
aceptad esta demostración y con nosotros
en todo tendréis parte.

Salen.

ESCENA VIII

A las puertas de Corioles. Tras de poner guardia en la ciudad, TITO Larcio, dirigiéndose con tambor y trompeta hacia donde están COMINIO y Cayo MARCIO, entra con un TENIENTE, soldados y un explorador.

TITO Eso es; dejad las puertas guardadas.
Ejecutad mis órdenes
tal y como os las he dado. Si envío por ellas,
despachad en auxilio nuestro esas centurias.
Bastará el resto para una corta ocupación.
Si perdemos el campo,
no podemos conservar la ciudad.

TENIENTE Por nosotros no temáis ningún descuido, señor.

TITO Que venga nuestro guía
y nos conduzca al campamento romano.

Salen.

ESCENA IX

Campo de batalla entre los campamentos volsco y romano. Toque de guerra. Entran MARCIO y AUFIDIO por lados opuestos.

MARCIO No combatiré con nadie más que contigo, porque te aborrezco más que a un perjuro.

AUFIDIO Nuestro odio es igual. No tiene toda el África una sierpe que yo aborrezca más que tu fama y envidia. Mide bien tu distancia.

MARCIO ¡Muera esclavo del otro el primero que desista, y que los dioses luego lo condenen!

AUFIDIO Si huyo, Marcio, persígueme a gritos como a una liebre.

MARCIO No hace ni tres horas Tulo, combatí solo dentro de las murallas de tu Corioles, e hice lo que me vino en gana. No es mía esta sangre en la que me ves así teñido. Para vengarte disloca hasta arriba tu poder.

AUFIDIO Si el Héctor fueras que el flagelo fue de tu cacareada estirpe, no te me escaparías aquí.

Luchan y algunos volscos vienen en auxilio de AUFIDIO.
MARCIO *los acosa hasta rechazarlos y dejarlos sin aliento.*

¡Oficiosos, no valientes, me habéis avergonzado con esas vuestras malditas ayudas!

Salen.

ESCENA X

El campamento romano. Ruido de armas. Toque de retirada. Trompetería. Entran por un lado COMINIO y algunos romanos; por el otro, MARCIO, con el brazo en cabestrillo y otros romanos.

COMINIO Si te repasara tus hazañas de este día,
en tus mismos hechos no creerías,
mas he de referirlas donde los senadores
mezclen las sonrisas con las lágrimas; donde
las oigan grandes patricios que se encojan de hombros
y al fin se llenen de admiración; donde
las damas asustadas,
pero de gusto estremecidas, quieran
saber más; donde los apáticos tribunos,
que junto con los infectos plebeyos
aborrecen tus glorias, a pesar suyo exclamen:
«Estamos agradecidos a los dioses
porque tiene nuestra Roma un soldado así».
Sin embargo,
solo un bocado de esta fiesta has alcanzado,
pues antes habías comido hasta saciarte.

Entra TITO Larcio con su tropa de regreso de la persecución.

TITO ¡Oh, general!
aquí está el corcel, nosotros el caparazón.
Si hubieras visto...

MARCIO Ya basta, te ruego.
Mi madre, que goza de privilegio
para exaltar su sangre,
me causa pena cuando me alaba.
He hecho lo mismo que vosotros habéis hecho,
o sea lo que puedo; impulsado
por mi patria, al igual que vosotros.

El que tan solo haya puesto por obra
su propósito
ha logrado más que yo.

COMINIO No seréis
la tumba de vuestro merecimiento.
Roma debe conocer el valor de los suyos.
Sería un encubrimiento aun peor que un robo,
y no menos que una difamación,
ocultar vuestras hazañas y callar aquello
que, proclamado hasta la cúspide y la cima
del elogio, parecería solo modestia.
Por tanto os ruego (en señal de lo que sois,
no para recompensar lo que habéis hecho)
que me escuchéis delante del ejército.

MARCIO Traigo sobre mí algunas heridas y me punzan
al oírse recordadas.

COMINIO Pues si no lo fueran,
bien podrían infectarse por la ingratitud
y con muerte curarse.
De todos los caballos, de los cuales ya hemos
hecho buena y abundante reserva,
de todo el tesoro recogido en este campo
y en la ciudad, os hacemos entrega del diezmo,
para que lo toméis
conforme a vuestra voluntad, antes del reparto
común.

MARCIO Gracias, mi general, mas no puedo hacer
que mi corazón consienta en admitir soborno
para pagarle a mi espada. Rechazo este premio
y me atengo a mi parte
igual que los que contemplaron el hecho.

*Largo toque de trompetas. Todos gritan «¡Marcio! ¡Marcio!» y lanzan al
aire sus gorras y sus lanzas. COMINIO y TITO Marcio permanecen con la
cabeza descubierta.*

¡Que estos mismos instrumentos que profanáis

ya nunca más resuenen!
¡Cuando los tambores y las trompetas
se vuelvan sicofantes
en el campo de batalla, reboseen las cortes
y las ciudades todas de adulación hipócrita!
¡Cuando el acero se vuelva tan blando
como la seda del parásito, dejad
que este se convierta en obertura
para la guerra! ¡Basta ya, digo!
Porque no me he lavado
la nariz que me sangró, o vencido
a algún miserable enclenque, lo cual
sin que nadie tomara nota de ello,
muchos otros aquí lo han hecho, me proclamáis
con aclamaciones hiperbólicas,
como si yo gustara de que lo poco que hago
se nutriera de elogios sazonados
con mentiras.

COMINIO Es que sois demasiado modesto,
más cruel con vuestra buena fama que agradecido
con nosotros que os presentamos tal cual sois.
Con vuestra venia, si contra vos mismo
os habéis irritado,
como a alguno que intenta hacerse daño
os pondremos esposas,
para razonar luego con vos tranquilamente.
¡Por lo tanto, que se sepa
en todo el mundo, como lo sabemos nosotros,
que Cayo Marcio obtiene
la guirnalda de esta guerra, en prueba de lo cual,
le regalo mi noble corcel,
bien conocido en todo el campamento,
con todos los arreos
que le corresponden; y desde ahora,
por lo que hizo en Corioles,
con el mayor aplauso y fervor del ejército,
lo llamaremos Marcio Cayo Coriolano!
¡Noblemente llevad este título por siempre!

Música.

Toque de trompetas y tambores.

TODOS ¡Marcio Cayo Coriolano!

CORIANNO Iré a lavarme,
y veréis, cuando esté limpia mi cara,
si me sonrojo o no;
con todo, os doy las gracias.
Intento montar vuestro corcel y en todo tiempo
lucir con humildad sobre mi cresta
vuestro excelente título
hasta donde más me sea posible.

COMINIO Por tanto a mi tienda, donde antes de descansar
escribiremos a Roma sobre nuestro triunfo.
Vos, Tito Larcio, debéis regresar a Corioles.
De ahí enviadnos a Roma a los mejores,
con quienes podamos negociar para su bien
y para el nuestro.

TITO Lo haré así, señor.

CORIANNO Los dioses ya comienzan a burlarse de mí;
yo que hasta ahora rehusara los dones
más principescos, me veo obligado
a mendigar de mi general.

COMINIO Dadlo
ya por concedido. ¿De qué se trata?

CORIANNO En cierta ocasión estuve aquí en Corioles
hospedado en casa de un hombre pobre.
Se portó bien conmigo.
Me pidió auxilio. Lo vi prisionero.
Pero en ese momento Aufidio estaba
a mi alcance, y la ira ahogó
en mí la piedad. Os ruego que deis
a mi pobre huésped la libertad.

COMINIO ¡Oh, súplica excelente!
Aunque se tratara del verdugo de mi hijo,

quedaría tan libre como el viento.
Liberadlo, Tito.

TITO ¿Y cómo se llama, Marcio?

CORIOLANO Por Júpiter, no me acuerdo. Estoy fatigado,
sí, y tengo cansada la memoria.
¿No tenemos vino aquí?

COMINIO Entremos en la tienda.
Se está resecaando la sangre de vuestro rostro
y es hora ya de prestarle atención.
Venid pronto.

Salen.

ESCENA XI

El campamento de los volscos. Toque de guerra. Cornetas. Entra ensangrentado Tulo AUFIDIO con dos o tres soldados.

AUFIDIO ¡La ciudad está tomada!

SOLDADO PRIMERO ¡Se habrá rendido en buenas condiciones!

AUFIDIO ¡Condiciones!

Quisiera ser romano, porque en verdad no puedo,
siendo volscos,
ser lo que soy. ¿Condiciones?
¿Puede acaso haber buenas condiciones
en un tratado para aquella parte
que está a merced de la otra? Cinco veces, Marcio,
he peleado contigo, y las mismas
me has vencido, y bien creo harías otro tanto
si nos enfrentáramos tan seguido
como comemos. ¡Por los elementos,
que si me encuentro otra vez con él,
barba con barba, es mío, o soy suyo!
Esta rivalidad mía ahora
no tiene ya el honor que antes tenía;
porque si antes intentaba yo
aplastarlo limpiamente en igualdad de fuerzas,
pura espada con espada, ahora
lo despacharé como sea, como la furia
o la maña puedan apoderarse de él.

SOLDADO PRIMERO ¡Es el demonio!

AUFIDIO Mucho más audaz,
aunque no tan astuto. Mi valor
se emponzoña solo por el eclipse
que sufre por su causa, y por él
saldrá de órbita.

Ni el sueño, ni el santuario,
el andar desnudo o enfermo; ni el templo
ni el Capitolio, ni los rezos
de los ministros, ni las horas de sacrificio,
impedimentos todos contra la ira cruel,
alzarán sus podridos privilegios
o costumbres contra mi odio a Marcio.
Donde lo halle, aunque sea en mi propia casa,
bajo la custodia de mi hermano, incluso ahí,
contra la ley de la hospitalidad,
lavaré en su corazón mi mano fiera.
Ve tú a la ciudad; inquiere cómo está ocupada,
y quiénes son los que de Roma sean rehenes.

SOLDADO PRIMERO ¿Y vos no iréis?

AUFIDIO Me aguardan en el bosque
de los cipreses. Te ruego (se halla al sur
de los molinos de la ciudad), tráeme ahí
nuevas de cómo anda el mundo para que yo pueda,
a su paso, espolear mi caballo.

SOLDADO PRIMERO Así lo haré, señor.

SEGUNDO ACTO

ESCENA I

Roma, plaza pública.

Entra MENENIO con los dos tribunos del pueblo, SICINIO y BRUTO.

MENENIO El augur me dice que tendremos noticias esta noche.

BRUTO ¿Buenas o malas?

MENENIO No conforme a los votos de la gente que no quiere a Marcio.

SICINIO La naturaleza les enseña a las fieras a conocer a sus amigos.

MENENIO Por favor, ¿a quién aman los lobos?

SICINIO Al cordero.

MENENIO Sí, para comérselo, como los hambrientos plebeyos harían con el noble Marcio.

BRUTO En verdad que es un cordero que bala como oso.

MENENIO Es un oso en verdad, que vive como cordero. Vosotros dos sois viejos. Decidme una cosa que voy a preguntaros.

BRUTO Bien, señor.

MENENIO ¿En qué vicio anda escaso Marcio que vosotros no tengáis en abundancia?

BRUTO En ninguna falta anda escaso; está bien abastecido de todas.

SICINIO Especialmente de orgullo.

BRUTO Y de jactancia por encima de todas.

MENENIO Pues qué extraño. ¿Sabéis cómo sois juzgados vosotros aquí

en la ciudad, es decir por nosotros, los del partido de la derecha? ¿Lo sabéis?

AMBOS Pues ¿cómo somos juzgados?

MENENIO Dado que habláis ahora de orgullo, ¿no os enojaréis?

AMBOS No, no, señor, no.

MENENIO Pues después de todo no importa que la ladroncilla de ocasión que se me ofrece os robe una buena dosis de paciencia. Soltad las riendas de vuestra inclinación y enojaos tanto como os venga en gana, cuando menos si se os antoja ponerlos así. Acusáis a Marcio de ser orgulloso.

BRUTO No lo hacemos nosotros solos, señor.

MENENIO Ya sé que es poco lo que podéis hacer solos, porque vuestras ayudas son numerosas; de lo contrario vuestras obras se volverían demasiado enclenques. Vuestras habilidades son demasiado infantiles para hacer mucho solos. Habláis de orgullo. ¡Oh, si pudierais voltear los ojos a las nuca de vuestros cuellos y hacer siquiera una inspección interna de vosotros mismos! ¡Oh, si pudierais!

AMBOS ¿Qué pasaría entonces, señor?

MENENIO Pues que entonces descubriríais un par de magistrados desprovistos de mérito, orgullosos, violentos, tercos (alias, tontos), como no los hay en Roma.

SICINIO Menenio, vos sois muy bien conocido también.

MENENIO Yo soy conocido como un patricio que sigue su humor, y que gusta de una copa de vino caliente sin mezcla alguna de agua del Tíber; reputado por no ser muy bueno en prestar oídos a la primera queja que oye, premioso y como yesca ante cualquier provocación insignificante; que se aviene mejor con la grupa de la noche, que con la frente de la mañana. Lo que pienso, lo digo, y gasto mi malicia en palabras. Al encontrarme con dos estadistas tales como vosotros (no puedo llamaros Licurgos) si la bebida que me dais no le sienta bien a mi paladar, pues hago gestos al probarla. Puedo decir que vuestras señorías han presentado bien el asunto, puesto que encuentro el asno metido en la mayor parte de las sílabas que pronunciáis. Y aunque debo de conformarme con sobrellevar a

los que dicen que sois hombres graves y dignos de respeto, mienten a morir los que dicen que tenéis buena cara. Si vosotros veis esto en el mapa de mi microcosmos, ¿se sigue que también yo soy muy conocido? ¿Qué daño pueden vuestras ciegas perspicacias recoger de mi carácter si yo también soy muy conocido?

BRUTO Vamos, señor, vamos, ya os conocemos bastante bien.

MENENIO Ni me conocéis a mí, ni a vosotros mismos ni a nada. Andáis ambiciosos de los saludos y de las reverencias de unos pobres bellacos. Gastáis la tarde entera en oír un proceso entre una vendedora de naranjas y un vendedor de espitas, y posponéis luego esa controversia de a tres peniques para un segundo día de audiencia. Cuando estáis oyendo un asunto entre una parte y otra, si os sucede por acaso que os ataque un retortijón, hacéis visajes como mimos, sacáis la bandera roja contra toda paciencia, y pidiendo a gritos una bacinilla, dejáis a un lado la controversia sin resolver y más enredada por haberla oído vosotros. La paz que ponéis en la causa se reduce a llamar bellacos a las dos partes. De verdad que sois extraños.

BRUTO Vamos, vamos, ya se sabe que vos sois un burlón más agudo en la mesa que consejero útil en el Capitolio.

MENENIO Hasta nuestros sacerdotes tienen que volverse burlescos si se topan con sujetos tan ridículos como vosotros. Cuando lo que decís viene más a propósito, no vale la pena de que meneéis las barbas; y vuestras barbas no merecen ni siquiera la honrosa tumba de servir de relleno a un cojín de remendón o de que las sepulten en la albarda de un asno. Con todo, os dedicáis a repetir que Marcio es orgulloso, y conste que estimándolo muy por lo bajo, vale más que todos vuestros predecesores a partir de Deucalión, aunque por ventura algunos de los mejores hayan sido verdugos hereditarios. Buenas tardes a vuestras señorías. Soportar por más tiempo vuestra conversación me infectaría el cerebro, siendo como sois los que pastoreáis a los brutos plebeyos. Me permitiré despedirme de vosotros.

BRUTO y SICINIO *se hacen a un lado.*

Entran VOLUMNIA, VIRGILIA y VALERIA.

¿Qué tal ahora, mis tan bellas como nobles damas? (A que la luna, si fuera terrestre, no sería tan noble), ¿a quién buscáis tan deprisa con los

ojos?

VOLUMNIA Honorable Menenio, mi joven Marcio se aproxima; por amor de Juno, vámonos.

MENENIO ¡Cómo! ¿Viene Marcio de regreso?

VOLUMNIA Sí, noble Menenio, y con el más rotundo buen éxito.

MENENIO ¡Toma mi gorra, Júpiter! ¡Te doy gracias! ¡Qué gusto! ¿Marcio de regreso?

VIRGILIA Y VALERIA ¡Sí, es verdad!

VOLUMNIA Ved: aquí está una carta suya; el Estado tiene otra; y creo que hay otra en casa para vos.

MENENIO Haré que hasta mi propia casa baile esta noche. ¿Una carta para mí?

VIRGILIA Sí, así es, hay una carta para vos; yo la vi.

MENENIO ¡Una carta para mí! Eso me da una fortuna de siete años de salud, en los cuales me reiré del médico. La más soberana receta de Galeno será solo empírica, y comparada con este preventivo, de no mejor resultado que una purga de caballo. ¿No está herido? Solía volver herido a casa.

VIRGILIA ¡Ay no, no, no!

VOLUMNIA Oh, sí, está herido; doy gracias por ello a los dioses.

MENENIO Yo también, si no es mucho. ¿Trae en el bolsillo una victoria? Las heridas le quedan bien.

VOLUMNIA En las sienes. Menenio, regresa por tercera vez a su patria con la corona de roble.

MENENIO ¿Ha metido en cintura a Aufidio?

VOLUMNIA Tito Larcio escribe diciendo que pelearon juntos, pero que Aufidio se escapó.

MENENIO Y en buena hora para él, se lo garantizo; si hubiera persistido, no querría yo haber estado tan aufiduciado por todos los cofres que haya en Corioles y el oro que ellos contengan. ¿Ya sabe el Senado todo esto?

VOLUMNIA Buenas señoras, vámonos. Sí, sí, sí. El Senado tiene cartas del general, donde le da a mi hijo todo el crédito de la guerra. Con esta campaña sobrepasó doblemente sus anteriores hazañas.

VALERIA De veras, se dicen de él cosas estupendas.

MENENIO ¡Estupendas! Claro que sí, y no sin que le hayan costado caras.

VIRGILIA ¡Que los dioses nos concedan que sean ciertas!

VOLUMNIA ¡Ciertas! ¡Puh! ¡Claro!

MENENIO ¿Ciertas? Juraré que son ciertas. ¿En dónde está herido? (*A los tribunos.*) ¡Que Dios guarde a vuestras señorías! Marcio ya viene de regreso; y tiene nuevos motivos para estar orgulloso. (*A VOLUMNIA.*) ¿En dónde está herido?

VOLUMNIA En el hombro y en el brazo izquierdos. Tendrá grandes cicatrices que mostrar al pueblo cuando se presente para obtener el puesto que se merece. Recibió, en el rechazo de Tarquino, siete heridas en el cuerpo.

MENENIO Una en el cuello y dos en el muslo; de las que yo sepa, son nueve.

VOLUMNIA Llevaba, antes de la última campaña, veinticinco heridas encima.

MENENIO Ahora son veintisiete; cada cuchillada fue la tumba de un enemigo.

Grito y toque de trompetas.

¡Oíd, las trompetas!

VOLUMNIA Estos son los ujieres de Marcio. Lleva el estrépito delante de él, pero deja lágrimas detrás.

La muerte, ese tenebroso espíritu,
en su nervudo brazo se reclina,
y los humanos mueren
cuando, después de ser empujada por su brazo,
declina.

Música. Toque de trompetas.

Entran el general COMINIO y TITO Larcio; en medio de los dos avanza CORIOLANO coronado con una guirnalda de roble; luego capitanes, soldados y un HERALDO.

HERALDO Sabe, oh Roma, cómo, sin ayuda de nadie,
combatió Marcio solo
en el recinto de Corioles, conquistando ahí
con gran gloria un nombre que añadir a Cayo Marcio.
Con honor
a estos seguirá el de Coriolano.
¡Bienvenido seas a Roma, ilustre Coriolano!

Trompetería.

TODOS ¡Bienvenido seas a Roma, ilustre Coriolano!

CORIOLANO ¡Basta! Esto ofende mis sentimientos.
Por favor, ya basta.

COMINIO Ved, señor, a vuestra madre.

CORIOLANO ¡Oh! Ya sé que a todos los dioses has rogado
porque yo prosperara.

Se arrodilla.

VOLUMNIA No, mi valiente soldado, levántate;
mi gentil Marcio, noble Cayo y
por el honor debido a tus proezas
nombrado ahora... ¿Cómo?
¿Coriolano debo llamarte? Mas...
oh, tu esposa...

CORIOLANO ¡Ah, mi gracioso silencio, salve!
¿Habrías reído si en un féretro

hubiera regresado,
tú que lloras al contemplar mi triunfo?
Ay, querida,
así traen los ojos las viudas en Corioles
y las madres que quedaron sin hijos.

MENENIO ¡Ahora, que los dioses te coronen!

CORIOLANO ¿Aún estás vivo?
(A VALERIA.) Mi dulce señora, perdón.

VOLUMNIA No sé adónde volverme. ¡Oh, bienvenido a casa!
¡Bienvenido general! ¡Y bienvenidos todos!

MENENIO ¡Un ciento de miles de bienvenidas!
Podría llorar y podría reír; me siento
alegre y enternecido a la vez. ¡Bienvenido!
¡Que una maldición corroa en la mera raíz
el corazón de aquel que no se sienta
dichoso de mirarte!
Sois tres a quienes Roma debe idolatrar;
sin embargo, como bien saben muchos,
tenemos algunos viejos manzanos silvestres
y agrios aquí en casa
que prefieren no dejarse injertar
de simpatía por vosotros. ¡Mas sois no obstante
bienvenidos, guerreros!
Llamaremos a la ortiga, ortiga,
y tontera las faltas de los tontos.

COMINIO Siempre acertado.

CORIOLANO Siempre, siempre Menenio.

HERALDO Abrid paso ahí, y prosigamos.

CORIOLANO (A VOLUMNIA y a VIRGILIA.) Vuestra mano, y la tuya.
Antes de que en nuestra casa repose
la cabeza, es justo que visite
a los buenos patricios,
de quienes he recibido no solo saludos,

sino también honores renovados.

VOLUMNIA He vivido
hasta ver bien cumplidos mis deseos
y los planes de mi imaginación;
solo hay una cosa que me falta, que no dudo
que Roma te confiera.

CORIOLANO Madre, sábetete
que prefiero servirlos a mi modo
que gobernar con ellos a su estilo.

COMINIO ¡En marcha al Capitolio!

*Música. Cornetas. Salen en cortejo como han venido.
BRUTO y SICINIO se adelantan.*

BRUTO Todas las lenguas lo proclaman, y los que tienen
la vista fatigada se ponen anteojos
para verlo.

Como enajenada, la parlanchina nodriza
deja llorar al bebé mientras de él platica.

La fregona de la cocina prende
su rebozo máspreciado en torno
de su grasiento cuello,
y se encarama sobre los muros para verlo;
todos los tabancos, saledizos y ventanas
están llenos de gente; los techos bien repletos
y los caballetes encabalgados
con tipos de las más diversas clases
de acuerdo todos en el propósito de verlo.

Flámenes, que rara vez en público se muestran,
se aprietan entre las muchedumbres de plebeyos,
y bufan por conquistar un sitio vulgar.

Nuestras veladas matronas exponen
el combate de blanco y damasquino
de sus mejillas cuidadosamente
maquilladas al caprichoso riesgo
de los ardorosos besos de Febo.

Un alboroto tal,
como si el dios quienquiera que lo guía

se hubiese introducido sutilmente
en sus facultades humanas,
y dádole un aspecto rebosante de gracia.

SICINIO De golpe, te garantizo, será cónsul.

BRUTO Entonces puede nuestro oficio irse a dormir
mientras dure su poder.

SICINIO No puede con templanza transportar sus honores
desde donde debía empezar hasta el final,
sino que perderá los que ha ganado.

BRUTO Eso es un consuelo.

SICINIO No dudes que los plebeyos,
a quienes representamos, olviden
a causa de su ya antigua inquina,
estos nuevos honores con el menor motivo,
y no dudes tampoco que él se los dé,
pues para dárselos es orgulloso.

BRUTO Lo oí jurar que si se postulaba
para cónsul,
no aparecería jamás en la plaza pública,
ni se revestiría
el raído traje de la humildad;
ni mendigaría, mostrando como es costumbre
sus heridas al pueblo, para solicitar
sus malolientes votos.

SICINIO Así es.

BRUTO Eso fue lo que dijo.
Oh, mejor antes renunciaría que lograrlo,
a no ser a petición que le hicieran
los patricios
y por deseo de los aristócratas.

SICINIO No anhelo otra cosa que el que se aferre
a esa resolución

y que la ponga en práctica.

BRUTO Es muy probable que lo haga así.

SICINIO Será para él entonces, tal como deseamos, una ruina segura.

BRUTO Así debe suceder; o nuestra autoridad se encamina a su fin.

Debemos recordarle a la gente con qué odio los ha mirado siempre; cómo, si pudiera, los habría convertido en mulas; amordazado a sus abogados y privándolos de sus libertades, considerándolos, por lo que hace a su capacidad y poder de acción, de no mayor ánimo ni aptitud en este mundo, que los camellos en la guerra, los cuales reciben su pienso solo para llevar la carga, y golpes duros para sucumbir bajo ella.

SICINIO Esto, como dices, bien insinuado,

alguna vez en que su desbordante insolencia lastime a la gente (caso que no ha de faltar si se le pone en la ocasión, lo cual es más fácil que azuzar a los perros en pos de los corderos), será el fuego que encienda su rastrojo seco; y sus llamas lo oscurecerán ya para siempre.

Entra un MENSAJERO.

BRUTO ¿Qué sucede?

MENSAJERO Os mandan llamar del Capitolio. Se cree que Marcio será el nuevo cónsul. He visto a los mudos apiñarse para verlo, y a los ciegos para oírlo hablar. A su paso

las matronas arrojaban guantes; las señoras
y doncellas, mascadas y pañuelos;
los nobles se inclinaban ante él,
como si fuera la estatua de Júpiter,
y los plebeyos causaban aguacero y trueno
con sus gorros y sus aclamaciones.
Nunca vi nada igual.

BRUTO Vayamos al Capitolio
y llevemos
ojos y oídos para este momento,
pero corazones para lo que pueda suceder.

SICINIO Estoy contigo.

Salen.

ESCENA II

Roma. El Capitolio.

Entran dos empleados a colocar cojines.

EMPLEADO PRIMERO Aprisa, aprisa; ya están aquí casi. ¿Cuántos pretenden el consulado?

EMPLEADO SEGUNDO Tres, según dicen; pero se cree que de todos, Coriolano se lo llevará.

EMPLEADO PRIMERO Es un sujeto valiente, pero tiene un orgullo espantoso y no quiere a los plebeyos.

EMPLEADO SEGUNDO A fe que ha habido muchos grandes hombres que han adulado al pueblo aunque no lo hayan amado nunca; y muchos de ellos que el pueblo ha amado sin saber por qué. Por tanto, si aman, no saben por qué y si odian no lo hacen por mejores motivos. Por consiguiente, el que a Coriolano no le importe si lo aman o lo odian, pone de manifiesto el conocimiento cierto que él tiene de sus inclinaciones, y con su noble indiferencia se los hace ver con toda claridad.

EMPLEADO PRIMERO Si no le importara el que lo quisieran o no, fluctuaría indiferentemente entre hacerles bien o mal; pero busca su odio con mayor empeño del que ellos pueden devolvérselo, y no deja sin hacer nada de lo que pueda descubrirlo cabalmente como su adversario. Ahora bien, el parecer como si buscara la malquerencia y animosidad del pueblo es tan malo como lo que le disgusta, el adularlos para ganar su afecto.

EMPLEADO SEGUNDO Ha merecido bien de la patria, y no se ha elevado por los peldaños fáciles de los que, habiendo sido flexibles y corteses con el pueblo, se quitaban el sombrero ante él nada más para tener su estima y buena opinión; sino que él ha plantado su honor ante sus ojos y sus hechos en sus corazones con tal fuerza, que si las lenguas callaran, y no lo confesaran, sería una especie de injuria ingrata. Y decir lo contrario sería una maldad que, dándose a sí misma el mentís, arrancararía la reprobación y el reproche de todos los que lo oyeran.

EMPLEADO PRIMERO Basta; dejémoslo; es un hombre valioso. Hazte a un lado, que ya vienen.

Toque de trompetas. Entran los patricios y los tribunos del pueblo precedidos de lictores; el cónsul COMINIO, CORIOLANO, MENENIO y varios senadores.

Luego SICINIO y BRUTO que ocupan puestos aparte. CORIOLANO permanece de pie.

MENENIO Puesto que hemos decidido ya sobre los volscos, y enviar por Tito Larcio, solo resta, como punto principal de esta nueva reunión, premiar los nobles servicios de aquel que así ha luchado por su patria. Servíos pues, reverendos y graves senadores, rogar al actual cónsul, último general en nuestros bien hallados triunfos, que nos informe un poco sobre la heroica acción llevada a cabo por Marcio Cayo Coriolano, a quien tenemos aquí, tanto para darle las gracias, como para conferirle honores que sean dignos de su persona.

CORIOLANO *se sienta.*

SENADOR PRIMERO Hablad, buen Cominio. Nada omitáis por miedo a ser prolijo, y más bien hacednos creer que este nuestro Estado es deficiente para dar la paga, que nosotros escasos en alargarla.

A los tribunos.

Magistrados del pueblo, solicitamos vuestra benévola audiencia, y de acuerdo con vuestra afectuosa disposición ante los plebeyos, que les comuniquéis más adelante lo que aquí suceda.

SICINIO Hemos sido convocados para una grata misión, y nuestros corazones se sienten inclinados a honrar y enaltecer a quien es objeto de nuestra reunión.

BRUTO Lo cual haremos con mayor agrado si él no se olvida de tener al pueblo en más estima de la que hasta ahora le ha concedido.

MENENIO ¡Tal no viene al caso! Mejor hubiera querido que permanecierais en silencio. ¿Os place oír hablar a Cominio?

BRUTO Con muchísimo gusto; mas sin embargo, fue más pertinente mi observación, que el reproche que vos le habéis dado.

MENENIO Ama a vuestro pueblo, mas no vengáis a exigirle que sea su compañero de lecho. Hablad, honorable Cominio.

CORIOLANO *se levanta y hace intento de salir.*

No, quédate en tu sitio.

SENADOR PRIMERO Sentaos, Coriolano; no os avergoncéis nunca de oír el relato de vuestras nobles acciones.

CORIOLANO Con el perdón de vuestras señorías, antes querría curarme de nuevo las heridas, que oíros relatar cómo las he recibido.

BRUTO Señor, espero que no hayan sido mis palabras las que os hagan dejar vuestro asiento.

CORIOLANO Ah, no, señor, mas con frecuencia, cuando los golpes me hacían resistir, he huido de las palabras. No me habéis adulado, por lo tanto

no me habéis herido; en cuanto a vuestra plebe,
la estimo en lo que vale.

MENENIO Siéntate, por favor.

CORIOLANO Preferiría dejarme rascar la cabeza
al sol mientras sonara el rebato,
que quedarme aquí sentado ocioso
para oír
cómo mis naderías se convierten
en monstruos.

Sale CORIOLANO.

MENENIO Oh, magistrados del pueblo,
¿Acaso podrá él
lisonjear vuestra multiplicante huevera,
donde entre mil hay uno bueno, cuando,
como veis ahora, mejor prefiere
arriesgar en aras del honor todos sus miembros
que prestar uno de sus oídos al elogio?
Proceded, buen Comino.

COMINIO Me faltará la voz.
Los hechos de Coriolano no deben
proclamarse débilmente.
Está reconocido que el valor
es la virtud más importante, y la que más
dignifica al que la posee. Si fuere así,
no podrá nuestro hombre
ser comparado con ninguno en este mundo.
A los dieciséis años, cuando el rey Tarquino
avanzó con sus huestes contra Roma,
fue él quien combatió más que ninguno.
Nuestro entonces dictador, de quien hoy hago
encomioso recuerdo,
lo vio luchar, cuando con su amazónico mentón,
expulsó a los barbudos que lo acometían;
puesto a horcajadas sobre un romano derrumbado,
dio muerte, aún delante del cónsul,
a tres opositores, e hizo frente

al mismo Tarquino y lo golpeó en la rodilla.
En los gloriosos hechos de ese día,
en que hubiera podido conducirse
como mujer en escena,
demostró ser el héroe
del combate,
y en recompensa de ello fue su frente
coronada de roble.
Virilmente iniciado así su aprendizaje,
creció como la mar, y desde entonces
arrebató en el choque de diecisiete encuentros
a todos los guerreros la guirnalda.
En cuanto a esto, en y delante de Corioles,
permítidme decir que no puedo
alabarlo cumplidamente. Contuvo ahí
a los que huían, y con su singular ejemplo
forzó a los cobardes a convertir
en juego su terror.
Cual hierbas marinas ante el avance
de un navío,
obedecían todos y caían delante
de su tajamar. Su espada, sello de la muerte,
donde marcaba, hendía. De pies a cabeza
era un manchón de sangre,
cada uno de cuyos movimientos seguía el ritmo
de moribundos gritos.
Traspasó solo las fatales puertas
de la ciudad, y las dejó pintadas
con los colores del implacable hado.
Sin auxilio de nadie,
salió de ellas, y reforzado de improviso,
aplastó a Corioles como un planeta.
Entonces todo fue suyo. Cuando poco a poco
el estrépito de la guerra empezó
a traspasar sus atentos oídos,
de inmediato su redoblado ímpetu
revivió lo que en su cuerpo estaba fatigado,
y se apresuró al combate, para perseguir
a sangre y fuego las vidas humanas
como si se tratara

de una interminable carnicería;
y hasta que no proclamamos ya nuestros
lo mismo la ciudad que el campo, no se detuvo
para dar algún respiro a su jadeante pecho.

MENENIO ¡Digno varón!

SENADOR PRIMERO Difícilmente podrá su talla
ceñirse a los honores
que para él tenemos preparados.

COMINIO De una patada rechazó el botín
y miró los objetos preciosos cual si fueran
la más vulgar basura de este mundo.
Ambiciona aún menos
de lo que la miseria misma puede ofrecerle,
da por bien pagadas sus hazañas con el gusto
de verlas realizadas, y se siente dichoso
de gastar su tiempo con emplearlo.

MENENIO Es de veras noble. Decidle que entre.

SENADOR PRIMERO Llamad a Coriolano.

EMPLEADO Aquí está.

Entra CORIOLANO.

MENENIO El Senado, Coriolano, tiene mucho agrado
de hacerte cónsul.

CORIOLANO Les debo por siempre
mi vida y mis servicios.

MENENIO Resta entonces
que tú hables con el pueblo.

CORIOLANO Os ruego:
permitid que pase yo por alto esa costumbre;
porque no puedo ponerme la toga,
mostrarme desnudo y suplicarles
que en nombre de mis heridas me ofrezcan sufragios.

Servíos darne dispensa de este requisito.

SICINIO Señor, el pueblo debe dar su voto;
y no omitirán ni un punto de la ceremonia.

MENENIO No los fuerces a ello.
Te ruego avenirte a la costumbre y aceptar,
como han hecho tus predecesores, el honor
junto con la forma.

CORIOLANO Es un papel
que no he de poder representar sin sonrojarme,
del que bien podría eximirse al pueblo.

BRUTO (A SICINIO.) Fíjate en eso.

CORIOLANO Presumirles que hice
esto o aquello, y mostrarles las cicatrices
sin dolor que debiera yo ocultar,
como si las hubiera recibido
solo por lucrar sus votos.

MENENIO No insistas en ello.
Os encargamos, tribunos del pueblo,
nuestra decisión ante la gente, y deseamos,
a nuestro nuevo cónsul,
toda clase de dichas y de honores.

SENADORES ¡Toda dicha y honor a Coriolano!

Toque de cornetas.

Salen todos, excepto BRUTO y SICINIO.

BRUTO Ya ves cómo intenta tratar al pueblo.

SICINIO ¡Ojalá que adivinen su propósito!
Les pedirá como si despreciara
lo que les pide, y que es derecho de ellos
dárselo.

BRUTO Ven, vamos a informarles lo que aquí
ha sucedido. Sé que en el mercado

nos esperan.

Salen.

ESCENA III

Roma. La plaza del mercado.

Entran varios ciudadanos.

CIUDADANO PRIMERO De una vez por todas, si pide nuestros votos, no debemos negárselos.

CIUDADANO SEGUNDO Podemos hacerlo, si queremos, señor.

CIUDADANO TERCERO Por nosotros mismos tenemos poder para hacerlo, pero es un poder del que no tenemos poder para servirnos. Porque si nos muestra sus heridas y nos relata sus hazañas, tenemos que prestarle nuestras lenguas a esas heridas y hablar por ellas. Así es que si él nos dice cuáles fueron sus nobles acciones, debemos nosotros también decirle que estamos noblemente reconocidos por ellas. La ingratitude es monstruosa, y el ser ingrata la multitud puede hacer de la multitud un monstruo; del cual, siendo nosotros miembros, nos vendría a convertir a nosotros en sus miembros monstruosos.

CIUDADANO PRIMERO Y para que no piensen mejor de nosotros, poca cosa se necesita; porque ya una vez nos alzamos en demanda de grano, y él no vaciló en llamarnos muchedumbre monstruo de las mil cabezas.

CIUDADANO TERCERO Así nos han llamado muchos; no porque nuestras cabezas sean, unas castañas, otras negras, otras rubias, algunas calvas, sino porque nuestros espíritus son de diversos colores. Y creo en verdad, que si todos nuestros espíritus salieran del mismo cráneo, volarían al este, al oeste, al norte y al sur, y su consentimiento de volar todos en la misma dirección sería volar al instante a todos los puntos del compás.

CIUDADANO SEGUNDO ¿Tú crees? ¿Adónde piensas que volaría mi espíritu?

CIUDADANO TERCERO No, tu espíritu no puede salir tan rápido como el de otro hombre. Está encajado bien macizo en un bloque; pero si estuviera libre, seguro volaría al sur.

CIUDADANO SEGUNDO ¿Por qué para allá?

CIUDADANO TERCERO Para perderse en la niebla, donde después de derretirse en tres de sus partes con el rocío corrompido, la cuarta regresaría por deber de conciencia a ayudarte a conseguir esposa.

CIUDADANO SEGUNDO Tú siempre con tus bromas. Síguele, síguele.

CIUDADANO TERCERO ¿Están ustedes resueltos a darle sus votos? Pero no importa: la mayoría decide. Yo digo que si se inclina a la gente, nunca hubo un hombre que lo mereciera más.

Entran CORIOLANO con una toga humilde y MENENIO.

Aquí llega, y con una toga humilde: fíjense en cómo se porta. No debemos quedarnos todos juntos, sino irnos acercando a él de uno en uno, de dos en dos o de tres en tres. Debe de hacer sus peticiones en particular, con lo cual cada uno de nosotros recibe honor individualmente, al darle nuestros votos con nuestras propias lenguas. Por tanto síganme, y yo les indicaré cómo acercársele.

TODOS De acuerdo, de acuerdo.

Salen los ciudadanos.

MENENIO Pues no, señor; no estás en lo justo. ¿Que no sabes que los hombres más valiosos lo han hecho?

CORIOLANO ¿Qué debo decir? «Os ruego, señor...» ¡Mala peste! No puedo obligar a mi lengua a seguir el paso.
«¡Ved, señor, mis heridas!
Me las hice por servir a la patria
cuando algunos entre vuestros hermanos
pegaban de gritos y escapaban
del ruido de nuestros propios cañones.»

MENENIO Oh, dioses, no debes hablar de eso; debes ayudarles para que piensen en ti.

CORIOLANO ¿Para que piensen en mí? ¡Que los cuelguen!

Quisiera que me olvidaran como los preceptos que nuestros sacerdotes desperdician en ellos.

MENENIO Echarás todo a perder. Yo te dejo. Por favor, habla con ellos, con buen tino, por favor.

CORIOLANO Sí, pidiéndoles que se laven la cara, y que traigan limpios los dientes.

Sale MENENIO.

Bueno, aquí viene un par.

Entran dos ciudadanos.

¿Sabéis la causa, señor, por la que estoy aquí?

CIUDADANO PRIMERO Sí, señor; decidnos qué os da razón para ello.

CORIOLANO Mis propios merecimientos.

CIUDADANO SEGUNDO ¿Vuestros propios merecimientos?

CORIOLANO Sí, pero no mis propios deseos.

CIUDADANO PRIMERO Cómo, ¿no vuestros propios deseos?

CORIOLANO No, señor, nunca fueron mis deseos molestar a los pobres con mis demandas.

CIUDADANO PRIMERO Debéis pensar, que si os damos algo, esperamos sacar provecho de vos.

CORIOLANO Bueno, entonces, decidme, ¿qué precio le ponéis al consulado?

CIUDADANO PRIMERO El precio es solicitarlo con buen modo.

CORIOLANO ¡Con buen modo! Os ruego que me lo deis. Heridas tengo que enseñaros que os haré ver en particular. Vuestro voto, señor: ¿qué

decís?

CIUDADANO SEGUNDO Lo tendréis, noble señor.

CORIOLANO Trato hecho, señor. Por todos quedan solicitados dos buenos votos. Ya recibí vuestra limosna; adiós.

CIUDADANO PRIMERO Pero esto está raro.

CIUDADANO SEGUNDO ¡Siquiera no se lo hubiera dado todavía...! pero no importa.

Salen los dos ciudadanos.

Entran otros dos ciudadanos.

CORIOLANO Os lo suplico: puede que os venga bien que sea yo cónsul; traigo puesta la toga de costumbre.

CIUDADANO TERCERO Habéis merecido bien de la patria y no habéis merecido bien.

CORIOLANO ¿Y ese enigma?

CIUDADANO CUARTO Habéis sido el azote de sus enemigos y una vara para sus amigos; en verdad no habéis querido al pueblo común y corriente.

CORIOLANO Por lo mismo debéis considerarme más virtuoso en cuanto no he sido corriente en mis afectos. Estoy resuelto, señor, a adular al pueblo, mi hermano jurado, para lograr de ellos una estimación más profunda. Es esa una condición que juzgan ellos noble; y puesto que la sabiduría de juicio consiste en preferir mi sombrero a mi corazón, practicaré la inclinación de cabeza más insinuante y me quitaré el sombrero del modo más fingido; o sea, señor, que imitaré el sortilegio de quienes se han vuelto populares y se lo obsequiaré generosamente a quienes lo deseen. Por consiguiente, os niego que sea yo cónsul.

CIUDADANO CUARTO Esperamos hallar en vos un amigo, y por lo tanto, sinceramente os damos nuestros votos.

CIUDADANO TERCERO Habéis recibido muchas heridas por la patria.

CORIOLANO No confirmaré vuestro conocimiento mostrándolas. Tendré

en mucho vuestros votos y ya no os molestaré más.

AMBOS ¡De todo corazón, señor, que los dioses os hagan muy dichoso!

*Salen
los ciudadanos.*

CORIOLANO ¡Sus muy amables votos!

Mejor fuera morir o hambre pasar,
que habiendo merecido, venir a mendigar.
¿Por qué en toga lupina estar aquí
pidiendo a zutano y a mengano, al que viniere,
que sus fútiles votos me conceda?
Pues la costumbre así lo ha establecido,
ha de ser, por lo mismo, mantenido.
Intacto el polvo se amontonaría
sobre el tiempo anticuado, y el error
igual que una montaña crecería
demasiado alto
para que la verdad sobresaliera
y dominar pudiera.
Por consiguiente, antes de hacer el tonto así,
dejemos que el empleo y la dignidad
recaigan en quien cosas semejantes
se atreva a soportar.
La mitad del camino he recorrido;
y pues lo primero ya he sufrido,
andaré lo demás.

*Entran
otros tres ciudadanos.*

Aquí vienen más votos.
¡Vuestros votos! Por vuestros votos he combatido,
por vuestros votos he velado; llevo por ellos
dos docenas de heridas. Tres veces seis batallas
he visto y oído; por vuestros votos
he hecho tantas cosas, grandes unas,
pequeñas otras. ¡Vuestros votos, porque en verdad
quisiera yo ser cónsul!

CIUDADANO QUINTO Se ha conducido con nobleza y no puede pasar sin el voto de todos los hombres de bien.

CIUDADANO SEXTO Por lo tanto, dejad que sea cónsul. ¡Que los dioses le concedan alegría y lo hagan buen amigo del pueblo!

TODOS Amén, amén. ¡Dios te salve, noble cónsul!

*Salen
los tres ciudadanos.*

CORIOOLANO ¡Valiosos votos!

Entra MENENIO con BRUTO y SICINIO.

MENENIO Has permanecido el tiempo fijado y los tribunos te adjudican los sufragios del pueblo. Solo resta que revestido con las insignias oficiales, te reúnas de inmediato con el Senado.

CORIOOLANO ¿Ya ha concluido?

SICINIO Habéis satisfecho ya el requisito de la petición. El pueblo os acepta, y ha sido convocado a acudir luego a vuestra aprobación.

CORIOOLANO ¿Dónde? ¿En el Senado?

SICINIO Sí, ahí, Coriolano.

CORIOOLANO ¿Puedo cambiarme estos vestidos?

SICINIO Podéis, señor.

CORIOOLANO Es lo que voy a hacer enseguida, y tan luego me reconozca a mí mismo, me dirigiré al Senado.

MENENIO Yo voy contigo. ¿Queréis venir?

BRUTO Nosotros aguardamos a la gente aquí.

SICINIO Hasta luego.

Salen CORIOLANO y MENENIO.

Ahora ya lo tiene, y por lo que parece,
creo que sí le entusiasma bastante.

BRUTO Con ánimo orgulloso llevó su ropa humilde.
¿Quieres despedir a la gente?

Entran los plebeyos.

SICINIO ¡Hola, maestros! ¿Habéis elegido a ese hombre?

CIUDADANO PRIMERO Ya tiene nuestros votos, señor.

BRUTO Pedimos a los dioses que pueda merecer
vuestra adhesión.

CIUDADANO SEGUNDO Así sea, señor.
A lo que mi humilde persona pudo ver,
se burlaba de nosotros al solicitar
nuestros votos.

CIUDADANO TERCERO Cierto, bien que se mofaba.

CIUDADANO PRIMERO No, es su modo de hablar. No se burlaba.

CIUDADANO SEGUNDO Todos nosotros, menos tú, decimos
que nos trató con desdén. Debía habernos mostrado
sus marcas de mérito, las heridas
sufridas por la patria.

SICINIO Pues eso es lo que hizo, estoy seguro.

TODOS No, no; nadie las vio.

CIUDADANO TERCERO Dijo tener heridas que podía mostrarnos

en privado,
y agitándonos así su sombrero con desprecio,
«Querría ser cónsul», dijo; «la costumbre antigua
solo con vuestros votos lo permite.
Vuestros votos, pues.» Cuando se los dimos,
¿qué nos dijo?
«Gracias por vuestros votos, muchas gracias;
vuestros muy amables votos; ahora
que me habéis dejado vuestros votos, más no tengo
que ver con vosotros.» ¿No fue eso una burla?

SICINIO Pero ¿o fuisteis ciegos para verlo,
o es que ya viéndolo os habéis conducido
como niños tontos, que se los habéis dado?

BRUTO ¿No podríais quizá haberle dicho
lo que ya se os había instruido,
que cuando no tenía poder y era tan solo
un mísero sirviente del Estado,
era vuestro enemigo, y siempre hablaba
muy en contra de vuestras libertades
y de los privilegios que tenéis
en el cuerpo social;
y que llegando él a un lugar de gran influencia
y poder en asuntos oficiales,
si persiste con toda su malicia
en mostrarse
enemigo tenaz de los plebeyos,
vuestros votos
se convertirían en maldiciones
contra vosotros mismos?
Debíais haber dicho que, lo mismo
que sus heroicos hechos no pedían
otra cosa que aquello que solicitaba,
por interés de vuestros votos pensara
en vosotros, y trocara su odio
en afecto hacia vosotros,
quedando como vuestro amistoso intercesor.

SICINIO Haberle dicho esto,

tal como se os había aconsejado,
habría sondeado su ánimo y puesto a prueba
su inclinación, y arrancádole, bien
una promesa favorable, la cual podríais
hacer valer ante él en llegando
la ocasión, o bien,
irritado su natural quisquilloso,
que no fácilmente sobrelleva
ninguna condición que lo sujete.
Así, enfureciéndolo,
habríais sacado la ventaja de su cólera
para no elegirlo.

BRUTO ¿Pues que no habéis notado
el abierto desdén
con que ha solicitado vuestro apoyo
cuando lo quería,
y acaso pensáis que su menosprecio
no os estará hiriendo
cuando tenga poder para aplastaros?
¿O qué, vuestros cuerpos no tenían corazón
dentro de vosotros? ¿O acaso teníais lenguas
para gritar en contra
de vuestro buen juicio?

SICINIO ¿Habéis antes rechazado
al que os pedía y ahora, al que no pedía,
sino que se burlaba, le otorgáis el favor
de vuestros codiciados votos?

CIUDADANO TERCERO Aún podemos
rechazarlo; no está confirmado todavía.

CIUDADANO SEGUNDO ¡Y lo rechazaremos!
Para eso recogeré yo quinientos votos.

CIUDADANO PRIMERO Yo dos veces quinientos
y sus amigos para redondearlos.

BRUTO Partid de aquí al instante y decid
a esos amigos que han elegido

un cónsul que les arrebatará
sus libertades, y no les dejará más voz
que la de los perros,
que tan a menudo reciben golpes
por ladrar, aunque para ello se les mantenga.

SICINIO Dejad que se reúnan
y revoquen con más maduro juicio
vuestra ciega elección. Haced hincapié en su orgullo
y en el antiguo odio que os tiene.
No olvidéis además con qué desdén
llevó la humilde toga;
cómo, vestido con este traje, os despreció,
pero que vuestro afecto, pensando en sus servicios,
disipó de vosotros el temor
de su comportamiento en tales circunstancias.
Lo cual, con gran escarnio y ligereza
manejó él conforme al inveterado odio
que os profesa.

BRUTO Echadnos a nosotros, tribunos,
la culpa, que trabajamos, no habiendo
ningún impedimento,
para que por él dierais vuestros votos.

SICINIO Decid que lo elegisteis más por mandato nuestro
que por vuestra propia inclinación;
decid que vuestros ánimos, preocupados más bien
por lo que debíais hacer, y no
por lo que procedía,
a fuerza os hicieron nombrarlo cónsul.

BRUTO No, no nos disculpéis:
decid que os dimos lecciones sobre cuán joven
estaba aún cuando empezó a servir a la patria,
cuánto tiempo continuó, y de qué estirpe viene:
la noble casa de los Marcio: de la que vino
ese Anco Marcio, hijo de la hija de Numa,
rey que fue aquí después del gran Hostilio,
de la casa a la que también pertenecieron
Publio y Quinto, los que, por acueductos,

nos hicieron llegar aquí nuestra mejor agua;
y que Censorino, tal sobrenombre se le daba
y noblemente así era llamado,
habiendo sido dos veces censor,
fue asimismo su gran antepasado.

SICINIO A uno, que así desciende,
y que además merece
por su conducta personal quedar elevado
en un muy alto puesto, lo hemos recomendado
a vuestra atención; pero vosotros descubristeis,
al comparar su conducta actual con su pasado,
que es vuestro enemigo decidido,
y revocáis ahora
vuestra precipitada aprobación.

BRUTO Decid que eso nunca lo habrías hecho
(insistid siempre en ello)
si no hubiera sido por presión nuestra;
y enseguida,
en cuanto hayáis reunido a los vuestros,
id al Capitolio.

TODOS Así lo haremos.
Casi todos
se arrepienten de su elección.

Salen los plebeyos.

BRUTO Dejémoslos ir;
mejor será esta rebelión poner en riesgo,
que esperar sin duda a que brote otra mayor.
Si dado su carácter se enfurece
por el rechazo, observemos y aprovechémonos
de su enojo.

SICINIO Al Capitolio, pues;
llegaremos ahí antes que el flujo de la gente;
y esto parecerá
obra suya, como en parte lo es,
si bien nosotros lo hemos incitado.

Salen.

TERCER ACTO

ESCENA I

Roma. Una calle. Toque de trompetas.

Entran CORIOLANO, MENENIO, COMINIO, TITO Larcio, senadores y patricios.

CORIOLANO ¿Entonces Tulo Aufidio ha arremetido de nuevo?

TITO Sí, señor; y eso nos hizo llegar a un arreglo más aprisa.

CORIOLANO Entonces los volscos están como al principio preparados para, cuando la ocasión les sea favorable, precipitarse nuevamente contra nosotros.

COMINIO Están tan agotados, señor cónsul, que mientras vivamos, difícilmente veremos flotar nuevamente sus banderas.

CORIOLANO ¿Viste a Aufidio?

TITO Vino a verme con un salvoconducto, y se desató en maldiciones contra los volscos por haber dejado que la ciudad se rindiera tan cobardemente. Se ha retirado a Ancio.

CORIOLANO ¿Habló de mí?

TITO Sí, señor.

CORIOLANO ¿Qué y cómo?

TITO Cuántas veces se había enfrentado con vos espada con espada; y que os aborrecía más que a todas las cosas

de este mundo; que arriesgaría toda su fortuna
a una pérdida irreparable
con tal de ser llamado
vuestro vencedor.

CORIOLANO ¿Y vive en Ancio?

TITO En Ancio.

CORIOLANO Quisiera tener motivo
para buscarlo ahí. Para desafiar su odio
cara a cara.
Bienvenido a la patria.

Entran SICINIO y BRUTO.

Ved, estos son los tribunos del pueblo,
las lenguas de la boca vulgar. Yo los desprecio
porque se revisten de autoridad
a ciencia y paciencia de la nobleza.

SICINIO Alto ahí.

CORIOLANO ¡Ja! ¿De qué se trata?

BRUTO Será peligroso avanzar más. ¡Alto!

CORIOLANO ¿Por qué este cambio?

MENENIO ¿El motivo?

COMINIO ¿Qué, no fue aprobado por patricios y plebeyos?

BRUTO No, Cominio.

CORIOLANO ¿Que recibí votos infantiles?

SENADOR PRIMERO Tribunos, abrid paso. Se dirige a la plaza.

BRUTO La gente está furiosa contra él.

SICINIO Deteneos,
o todo se convertirá en tumulto.

CORIOLOANO ¿Son estas vuestras piaras?
¿Deben tener voto estos que lo dan ahora
y enseguida reniegan de sus lenguas?
¿Cuáles son vuestros cargos?
Siendo como sois sus bocas, ¿por qué
no gobernáis sus dientes?
¿No los habéis azuzado vosotros?

MENENIO Ten calma, ten calma.

CORIOLOANO Es cosa hecha adrede; un complot
para doblegar la voluntad de la nobleza.
Tolerad solo esto
y viviréis con los que ni pueden gobernar,
ni jamás ser gobernados.

BRUTO No lo llaméis complot.
El pueblo grita que os habéis burlado de él,
y que hace poco, cuando se les dio
trigo gratis,
reclamasteis, y llenasteis de insultos
a los que intercedían por el pueblo, llamándolos
oportunistas, aduladores
y enemigos de la nobleza.

CORIOLOANO Pero si eso
ya se sabía desde antes.

BRUTO Pero no todos
lo sabían.

CORIOLOANO ¿Se los habéis informado después?

BRUTO ¿Qué? ¿Informarles yo?

CORIOLOANO Sois capaces de hacerlo.

BRUTO Mejor que vos en lo que sí conviene.

CORIOLOANO ¿Por qué ser cónsul entonces? Por esas nubes,
dejadme desmerecer tanto como vosotros

y volverme a mi vez tribuno, colega vuestro.

SICINIO Mostráis de sobra aquello que provoca
la agitación del pueblo. Si queréis
llegar al fin propuesto,
debéis con mejor modo preguntar el camino,
del que os habéis desviado;
ni ser jamás tan noble como un cónsul,
ni pretender unciros con él para tribuno.

MENENIO Tened calma.

COMINIO El pueblo está engañado; incitado.
Este malentendido no le conviene a Roma;
ni merece
Coriolano este vergonzoso estorbo
traidoramente puesto en el camino franco
de su mérito.

CORIOLANO ¡Venir hoy a hablarme de trigo!
Esto fue lo que dije y voy a repetirlo.

MENENIO ¡Ahora no; no ahora!

SENADOR PRIMERO No en este acaloramiento, señor, ni ahora.

CORIOLANO Por mi vida que sí.
Que mis nobles amigos me perdonen.
En cuanto a la voluble y maloliente
muchedumbre, que vean en mí al que no adula,
y que ahí se miren. Repito que al complacerlos,
fomentamos contra nuestro Senado
la cizaña de la rebeldía, la insolencia,
la sedición, que hemos arado nosotros mismos,
sembrado y esparcido,
al mezclarlos con nosotros, la élite,
que no carecemos de virtud, ni de poder,
si no es en la medida que se los otorguemos
a estos limosneros.

MENENIO Bueno, basta.

SENADOR PRIMERO Os rogamos que ya no digáis más.

CORIOLANO ¡Cómo que no!
Así como derramé mi sangre por mi patria,
sin temor a ninguna fuerza extraña,
así, hasta desfallecer, mis pulmones
lanzarán denuestos contra esa sarna
de la que nos avergonzaría estar cubiertos,
y la que, sin embargo,
procuramos adquirir del modo más seguro.

BRUTO Habláis de la gente como si fuerais
un dios para castigarlos, no un hombre
con sus mismas flaquezas.

SICINIO Sería bueno hacérselo saber a la gente.

MENENIO ¿Qué? ¿Su cólera?

CORIOLANO ¡Cólera! Si estuviera yo
tan tranquilo como el sueño de la medianoche,
por Júpiter que sería esa mi opinión.

SICINIO Pues es una opinión
que se habrá de quedar como veneno
y no emponzoñará más.

CORIOLANO ¡Que se habrá de quedar!
¿Oís a este Tritón de la pecera?
¿Notáis su absoluto «habrá»?

COMINIO Se salió de la norma.

CORIOLANO «¡Se habrá de quedar!»
Oh, buenos, pero insensatos patricios:
y vosotros,
graves, pero imprudentes senadores,
¿le habéis dado poder a esta Hidra
para elegir a este magistrado, que con
su perentorio «habrá»,
que no son otra cosa que el cuerno y el estrépito

del monstruo,
no carece de arrestos
para deciros que desviará vuestra corriente
a una zanja
y que se apropiará vuestro canal?
Si tiene poder, humillad entonces
vuestra ignorancia; mas si no lo tiene,
sacudid vuestra peligrosa condescendencia.
Si sabios sois,
no procedáis cual vulgares idiotas;
si no lo sois, dejadlos
sentarse en sitios a vuestro lado.
Vosotros sois plebeyos, si ellos son senadores,
máxime cuando al mezclarse los votos
de unos y de otros,
el suyo venga a dar el sabor predominante.
Ellos elegirán su magistrado,
magistrado que como él, oponga
su «habrá»,
a una asamblea más solemne que ninguna
de las que jamás hayan fruncido
el entrecejo en Grecia.
¡Por Júpiter mismo! Eso envilece a los cónsules;
y me duele el alma de saber cómo,
cuando se enfrentan dos autoridades,
ninguna de las cuales es suprema,
cuán pronto
surge la confusión en la brecha que se abre
entre ambas
y cómo la una derriba a la otra.

COMINIO Bueno, vayamos a la plaza pública.

CORIOLANO Quienesquieran que hayan dado ese consejo
de repartir de balde
el trigo almacenado, como solía hacerse
alguna vez en Grecia...

MENENIO Bueno, bueno,
ya no hablemos de eso.

CORIOLANO Aunque allá gozaba más el pueblo
de poder absoluto,
afirmo que fomentaron la desobediencia
y nutrieron la ruina del Estado.

BRUTO ¿Por qué ha de darle el pueblo sus sufragios
a uno que así habla de sus votos?

CORIOLANO Yo les daré mis razones mucho más valiosas
que sus votos.

Ellos saben que el grano no es una recompensa
de parte nuestra, pues que están seguros
que nunca prestaron a cambio ningún servicio.

Al presionarlo a ir a la guerra,
justo cuando el ombligo del Estado
estaba en peligro, no querían ni siquiera
atravesar las puertas.

No era esta la clase de servicio
que ameritara que se les diera trigo gratis.

Estando ya en la guerra,
sus motines y revueltas, en los que mostraron
más arrojo, no hablan en su favor.

La acusación que a menudo han hecho
en contra del Senado

por motivos siempre injustificados,
para nada pudo ser el origen
de nuestra generosa donación.

Y bien: ¿qué resta entonces?

¿Cómo podrá este pecho múltiple digerir
las mercedes del Senado? Dejad

que expresen sus acciones

lo que serían sus palabras: «Les requerimos
que nos lo concedieran,

y como somos los más numerosos,
por puro temor

condescendieron a nuestra demanda».

Así es como envilecemos la índole
de nuestras atribuciones, y hacemos
que la plebe

califique de miedo nuestra solicitud,
lo que con el tiempo derribará
las puertas del Senado,
e introducirá a los cuervos para que picoteen
a las águilas.

MENENIO Basta ya.

BRUTO Basta en demasía.

CORIOLANO ¡No, oíd aún más!
¡Que cuanto pueda invocarse como juramento
tanto en lo humano como en lo divino,
selle mi conclusión!
Esta doble autoridad,
en que una parte desdeña con razón, mientras
la otra insulta sin ningún motivo;
en que la nobleza, título y sabiduría
no pueden decidir nada sino por el sí
o el no
de la ignorancia general, llevará por fuerza
al descuido de las necesidades reales
y a dar paso entretanto
a una frívola inestabilidad.
Al empantanarse así la decisión, se sigue
que todo queda sin decidir. Por consiguiente
os ruego a vosotros, que queréis ser
menos tímidos
que prudentes; que amáis
la parte fundamental del Estado
más de lo que teméis su cambio; que preferís
una vida noble a una vida larga,
y que queréis sacudir con una medicina
peligrosa un cuerpo que sin ella
habrá seguramente de morir,
arrancadle de inmediato la lengua
a la multitud; no la dejéis lamer el dulce
que es su veneno. Vuestro deshonor mutila
el recto juicio, y despoja al Estado
de esa unidad que le es necesaria

al no tener el poder de ejecutar el bien
que quisiera, por el mal que lo oprime.

BRUTO Ya ha dicho bastante.

SICINIO Ha hablado como traidor,
y tendrá que pagar
como pagan los traidores.

CORIOLANO ¡Oh, tú miserable,
que el despecho te ahogue! ¿Qué puede hacer el pueblo
con estos tribunos tarados? Por depender
de ellos fracasa en obedecer
a la autoridad más respetable.
Se les eligió durante una rebelión, cuando
lo que hacía ley no era la razón,
sino la necesidad. Dejad que en mejor hora,
la razón se declare necesaria
y dad al traste con todo su poder.

BRUTO ¡Traición manifiesta!

SICINIO ¿Será cónsul este? ¡No!

BRUTO ¡Los ediles, ahora!

Entra un edil.

SICINIO Ve a llamar al pueblo;

Sale el edil.

en cuyo nombre yo mismo te arresto
como reformador peligroso y enemigo
del bien público. Y te conmino a que obedezcas
y que me sigas para responder
de lo que has dicho.

CORIOLANO ¡Quita allá, cabrón!

SENADORES Y PATRICIOS ¡No! Nosotros seremos sus
fiadores.

COMINIO Anciano, retira las manos.

CORIOLANO ¡Apártate, cochino,
o te saco los huesos de la ropa!

SICINIO ¡Auxilio, ciudadanos!

*Entra una turba de plebeyos
con los ediles.*

MENENIO ¡Más respeto de ambas partes!

SICINIO Aquí está el que quería quitaros todo el poder.

BRUTO ¡Prendedlo, ediles!

PLEBEYOS ¡Abajo con él, abajo con él!

SENADOR SEGUNDO ¡Armas, armas, armas!

Agitación general en torno a CORIOLANO.

TODOS ¡Oh, tribunos! ¡Patricios! ¡Ciudadanos!
¡Qué pasa! ¡Sicinio! ¡Bruto! ¡Coriolano!
¡Calma! ¡Calma! ¡Calma! ¡Un momento!

MENENIO ¡Pero qué sucede! ¡Estoy sin aliento!
El caos se nos viene encima, no puedo hablar.
¡Vosotros, tribunos, hablad a la gente!
¡Paciencia, Coriolano!
¡Háblales, buen Sicinio!

SICINIO ¡Plebeyos, oídme!
¡Silencio!

PLEBEYOS Oigamos a nuestro tribuno. ¡Silencio! ¡Calma!
¡Que hable, que hable, que hable!

SICINIO Estáis a punto de perder vuestras libertades.
Marcio quiere arrebatáros todo. Marcio, sí,
a quien hace poco nombrasteis cónsul.

MENENIO ¡No, no, no!
Ese no es modo de apagar, sino de encender.

SENADOR PRIMERO De echar por tierra la ciudad y arrasarlo todo.

SICINIO ¿Qué cosa es la ciudad si no es el pueblo?

PLEBEYOS Cierto. La ciudad es el pueblo.

BRUTO Fuimos
instituidos magistrados del pueblo
con el consentimiento de todos.

PLEBEYOS Y lo sois.

MENENIO Como tales actuáis.

COMINIO Ese es el modo de echar abajo la ciudad,
de derrumbar el techo
hasta los cimientos, y de enterrar
todo lo que aún se halla claramente en pie,
en pilas y en montones de ruinas.

SICINIO Esto merece la muerte.

BRUTO O mantenemos nuestra autoridad
o la dejamos perder. Declaramos aquí
en nombre del pueblo, por cuya potestad
fuimos elegidos, en favor suyo, que Marcio
merece de inmediato la muerte.

SICINIO Por lo tanto
apoderaos de él y llevadlo
a la roca Tarpeya, y desde ahí lanzadlo
a la destrucción.

BRUTO ¡Aprehendedlo, ediles!

PLEBEYOS ¡Ríndete, Marcio, ríndete!

MENENIO Escuchadme una palabra. Os ruego,
tribunos; escuchadme tan solo una palabra.

EDILES ¡Silencio, silencio!

MENENIO Sed lo que parecéis; realmente amigos de vuestra patria y proceded con mesura a lo que queréis reivindicar con tal violencia.

BRUTO Señor, esos procedimientos fríos, que se asemejan a prudentes auxilios, son muy venenosos en los casos en que el mal es violento. Agárrenlo y llévenlo a la roca.

CORIOLANO *saca su espada.*

CORIOLANO No moriré aquí. Entre vosotros hay algunos que me han visto pelear. ¡Venid y probad en vosotros mismos lo que me habéis visto hacer!

MENENIO ¡Abajo esa espada! Tribunos, retiraos un momento.

BRUTO ¡Agárrenlo!

MENENIO ¡Socorred a Marcio, socorredlo! ¡Vosotros que sois nobles, socorredlo, jóvenes y viejos!

PLEBEYOS ¡Abajo con él, abajo con él!

Estalla la lucha, y los tribunos, los ediles y el pueblo son rechazados y se retiran.

MENENIO ¡Vete, vete a tu casa! ¡Vamos, rápido, o todo se echará a perder!

SENADOR SEGUNDO Váyase pronto.

CORIOLANO Permaneced firmes. Tenemos tantos amigos

como enemigos.

MENENIO ¿Será necesario
llegar a eso?

SENADOR PRIMERO ¡Que no lo permitan los dioses!
Te ruego, noble amigo, vete a casa.
Déjanos curar este caso.

MENENIO Que es una llaga
para todos que tú mismo no puedes tratar.
Vete, te lo suplico.

COMINIO Venid, señor, con nosotros.

CORIOLANO Ojalá fueran bárbaros,
como en verdad lo son, aunque nacidos
en camada en Roma, y no romanos,
lo que no son, aunque paridos
bajo el pórtico del Capitolio.

MENENIO ¡Vete! No expreses tu noble enojo con palabras.
Ya habrá mejor ocasión.

CORIOLANO En limpia lid podría
yo batir
a cuarenta de ellos.

MENENIO Yo mismo podría hacerme cargo de un par
de los mejores; sí,
los dos tribunos.

COMINIO Mas ahora la desigualdad
rebasa todo cálculo;
y la hombría se llamará locura
cuando se enfrente a un edificio tambaleante.
¿Queréis iros antes de que regrese la plebe
cuya rabia
cual corriente detenida arrasa y sumerge
lo que antes
iba sosteniendo?

MENENIO Por favor vete.

Probaré si mi viejo ingenio sirve de algo a los que de ello poco tienen; esto debe parcharse luego con paño del color que sea.

COMINIO Sí, venid.

Salen CORIOLANO, COMINIO *y otros.*

PATRICIO Este hombre ha estropeado su fortuna.

MENENIO Su naturaleza es demasiado noble para el mundo; ni a Neptuno adularía por su tridente ni a Júpiter por su potente trueno. Trae el corazón en la boca; lo que su pecho forja, debe expresarlo su lengua, y estando iracundo olvida haber oído nunca de la muerte el nombre. (*Ruido dentro.*) ¡Bonita tarea nos resta!

PATRICIO ¡Quisiera que estuvieran en la cama!

MENENIO ¡Quisiera que estuvieran en el Tíber! Por los mil demonios, ¿que no podía hablarles cortésmente?

Entran BRUTO *y* SICINIO *con el populacho.*

SICINIO ¿Dónde está esta víbora que querría despoblar la ciudad y convertirse a sí mismo en cada hombre?

MENENIO Respetables tribunos...

SICINIO Será precipitado desde la roca Tarpeya con mano implacable. Ha resistido a la ley, y por lo consiguiente la ley habrá de negarle otro juicio que no sea el de la severidad

del poder público que a tal punto ha aniquilado.

CIUDADANO PRIMERO Entenderá que los nobles tribunos son las bocas del pueblo y que nosotros somos sus manos.

PLEBEYOS ¡Seguro que sí!

MENENIO ¡Señor, señor!

SICINIO ¡Silencio!

MENENIO No declaréis exterminio completo donde tan solo podéis cazar con restricciones.

SICINIO Señor, ¿cómo es que habéis ayudado a perpetrar esta fuga?

MENENIO Dejadme hablar. Así como conozco la valía del cónsul, puedo también enumerar sus defectos.

SICINIO ¡Cónsul!
¿Qué cónsul?

MENENIO El cónsul Coriolano.

BRUTO ¿Cónsul él?

PLEBEYOS ¡No, no, no!

MENENIO Si con la licencia de los tribunos y también vuestra, buena gente, lograrse yo hacerme oír, pediría que me permitieseis una palabra o dos, lo cual no os causará mayor perjuicio que el tiempo que empleéis en escucharlas.

SICINIO Hablad brevemente pues, porque estamos decididos a acabar con este traidor viperino. Echarlo de aquí sería crearnos

un peligro,
y mantenerlo, nuestra muerte cierta.
Se ha decretado por tanto que esta noche muera.

MENENIO ¡Pues que los buenos dioses no permitan
que nuestra ilustre Roma,
cuya gratitud a sus ameritados hijos
está inscrita
en el propio libro de Júpiter, como madre
desnaturalizada
devore ahora a sus propias crías!

SICINIO Es un mal que debe erradicarse.

MENENIO Es un miembro
que tan solo un mal padece: fatal, extirparlo;
curarlo, fácil. ¿Qué le ha hecho a Roma
que sea digno de muerte?
La sangre que ha derramado matando
a nuestros enemigos
(la cual, me atreveré a afirmar es en muchas onzas
más que la que ahora tiene) vertiola
por su patria; y hacer que por la patria
pierda la que le resta, sería para todos
los que tal cosa hiciéramos o tal permitiéramos,
una vergüenza hasta el fin del mundo.

SICINIO Eso es absurdo.

BRUTO Absolutamente torcido.
Cuando amó a su patria, esta lo honró.

SICINIO Cuando se gangrena el pie, su servicio anterior
ya no se toma en cuenta por lo que antes valía.

BRUTO Ya no escuchemos más:
id a buscarlo en su casa y sacadlo de ahí,
no sea que su mal, siendo de naturaleza
infecciosa, se extienda.

MENENIO Una palabra más;

una palabra. Esta rabia de pie de tigre,
cuando encuentre el perjuicio que ocasiona
su precipitación irreflexiva,
atará,
aunque ya tarde, pesos de plomo a sus talones.
Proceded conforme a derecho, no sea que surjan
facciones en que los romanos mismos
saqueen a la gran Roma.

BRUTO Si eso fuera así...

SICINIO ¿Pero qué decís? ¿No hemos ya palpado
su desobediencia? ¿Nuestros ediles golpeados,
y nosotros también objeto de resistencia?
¡Vamos!

MENENIO Tened en cuenta esto: ha sido educado
en la guerra desde que pudo sacar espada,
y está mal habituado al lenguaje pulido.
La harina y el salvado arroja juntos
sin hacer distinción.
Con vuestro permiso iré a él, y trataré
de que venga
donde responda en paz, y como exige la ley,
al supremo peligro.

SENADOR PRIMERO Dignísimos tribuneros,
aqueste es el proceso humanitario;
resultará cualquier otro camino
demasiado sangriento,
y no será posible prevenir el resultado.

SICINIO Noble Menenio, fungid vos entonces
como representante de este pueblo.
Maestros, deponed las armas.

BRUTO Pero
no volváis a casa. Reuníos en el mercado.
Ahí os esperaremos,
donde, si no traéis a Marcio, procederemos
como habíamos dicho.

MENENIO Yo os lo traeré. (*A los senadores.*) Mas permitidme solicitar vuestra compañía. Debe venir o se seguirá lo peor.

SENADOR PRIMERO Vayamos por él.

Salen.

ESCENA II

Aposento en la casa de Coriolano.

Entra CORIOLANO con algunos patricios.

CORIOLANO Que cruja todo sobre mi cabeza,
que me ofrezcan la muerte sobre el potro,
arrastrado por caballos salvajes,
o que apilen
diez cerros sobre la roca Tarpeya
para que el precipicio se ahonde más allá
del alcance de la vista; con todo
seguiré siendo lo mismo con ellos.

PATRICIO Optáis por lo mejor.

CORIOLANO Me extraña que mi madre no apruebe mi conducta,
ella que acostumbraba
llamarlos criados vestidos de jerga,
cosas hechas para ser compradas y vendidas
en unos cuantos centavos, y para mostrarse
con las cabezas descubiertas en la asamblea;
para bostezar y callarse y maravillarse
cuando alguno siquiera de mi rango
se levantara a hablar de la paz o de la guerra.

Entra VOLUMNIA.

De vos estoy hablando.
¿Por qué queréis que sea más suave?
¿Querríais que traicionara mi naturaleza?
Decid más bien que soy
el que aparento ser.

VOLUMNIA Ah, señor, señor, señor,
quisiera que os hubierais revestido
bien de vuestro poder

antes de haberlo desgastado.

CORIOLANO Eso no importa.

VOLUMNIA De sobra habrías sido el que sois
empeñándoos menos en serlo.
Menos contrariadas habrían sido
vuestras inclinaciones,
si no les hubierais mostrado adónde
os inclinabais antes de que tuvieran fuerza
para contrariaros.

CORIOLANO ¡Que los ahorquen!

VOLUMNIA ¡Sí, y los quemen también!

Entra MENENIO con los senadores.

MENENIO Vamos, ya, vamos, has sido demasiado brusco;
un tanto brusco. Debes volver y repararlo.

SENADOR PRIMERO No queda otro remedio, a menos que
nuestra ciudad se parta por en medio
y perezca.

VOLUMNIA Haz caso, por favor.
Yo tengo un corazón tan poco condescendiente
como el tuyo,
pero un cerebro también que me lleva
a aprovechar mejor mi enojo.

MENENIO Tenéis razón,
noble señora. Antes de que él se doblegara
así ante la plebe,
me revestiría yo la armadura
que apenas puedo soportar, si no fuera que
el paroxismo del momento actual
lo exige como medicina para el Estado.

CORIOLANO ¿Qué debo hacer?

MENENIO Volver con los tribunos.

CORIOOLANO Bueno y luego qué, y luego qué.

MENENIO Retractarte de lo que dijiste.

CORIOOLANO ¿Ante ellos?

No puedo hacerlo ante los dioses. ¿Deberé hacerlo ante ellos?

VOLUMNIA Eres demasiado radical; aunque en eso no puedas pecar de exceso de nobleza, sino cuando se trata de situaciones extremas. Te he oído decir que el honor y la táctica, como amigos inseparables, caminan juntos en la guerra.

Admitido esto, dime, en la paz ¿qué podrán perder una y otra para no poder combinarse ahí?

CORIOOLANO ¡Bah! ¡Bah!

MENENIO Excelente argumento.

VOLUMNIA Si es honor en la guerra fingir lo que no eres, lo cual, para tus mejores fines, utilizas como táctica, ¿por qué habrá de ser mejor o peor que esta acompañe en la paz al honor lo mismo que en la guerra, puesto que en ambas es igualmente necesaria?

CORIOOLANO ¿Por qué me apremias así?

VOLUMNIA Porque te incumbe ahora hablarle a la gente, no de acuerdo con tu propia convicción, ni según lo que te dictan tus impulsos, sino con palabras que tu lengua haya aprendido de memoria, aunque sean fingidas, y con sílabas

que no estén de acuerdo con tu criterio.
Esto, en lo absoluto, no es para ti
mayor deshonra que el tomar con buenas palabras
una plaza, lo que de otra manera te expondría
al azar de la fortuna y de la efusión
de sangre. Yo encubriría mi naturaleza
ahí donde
mi buena fortuna y mis amigos en peligro
pidieran que lo hiciera con honor.
Yo soy en esto tu esposa, tu hijo,
estos senadores, los nobles; y tú prefieres
mostrarles a los patanes vulgares cómo puedes
fruncir el ceño,
que ofrecerles una zalamería
para ganar su afecto
y defender lo que se arruinaría
por falta de ella.

MENENIO ¡Ilustre dama!
ven, acompáñanos; habla con tino;
lograrás así remediar no solo
el gran peligro del momento, sino la pérdida
del pasado.

VOLUMNIA Te ruego pues, hijo mío, ve ahora
gorra en mano,
y tras de extenderla así, hazte a ellos
besando las piedras con tus rodillas,
(porque en estos asuntos
los ademanes son elocuentes, y los ojos
de los ignorantes saben más que los oídos)
doblando la cabeza que a menudo
corrija así tu corazón altivo,
te mostrarás humilde cual la mora
que bien madura no resiste que la manoseen.
O diles que tú eres su soldado,
que por haberte criado en las batallas,
no has adquirido el estilo amable que, confiesas,
más apropiado sería que usaras, y que ellos
exigieran al reclamar su afecto,

pero que en verdad habrás de hacerte en adelante
suyo, hasta donde tu persona y aptitud
te lo permitan.

MENENIO En cuanto hagas esto,
tal y como ella te lo indica, serán tuyos
sus corazones, pues tan liberales
son en perdonar
cuando ello se les solicita,
como en decir palabras sin sentido.

VOLUMNIA Te lo ruego,
ve y déjate gobernar, aunque sé
que prefieres
perseguir al enemigo en un lago de fuego
que adularlo en un tocador de dama.

Entra COMINIO.

Aquí viene Cominio.

COMINIO He estado en la plaza; señor, es bueno
que os hagáis de un vigoroso partido
o que os defendáis con la mansedumbre
o con la huida. Ya estalló la furia.

MENENIO Solamente con palabras corteses.

COMINIO Creo que bastará,
si puede resignarse a ello.

VOLUMNIA Sí, debe hacerlo
y lo hará.
Te ruego, di que sí, y parte enseguida.

CORIOLANO ¿Debo de mostrarles
mi cabeza descubierta? ¿Que mi lengua
despreciable haga que mi noble corazón
soporte una mentira? Bien: lo haré.
Sin embargo, ojalá que se tratara solo
de esta pieza de barro, para que lo hicieran polvo

y lo echaran al viento. ¡Pero a la plaza pues!
Me habéis impuesto ahora tal papel,
que no lo representaré jamás al natural.

COMINIO Vamos, vamos, que os daremos ayuda.

VOLUMNIA Te ruego, hijito mío, que así como dijiste
que primero que nada mis elogios
te hicieron soldado, así para recibir
mi elogio ahora, hagas un papel
que nunca habías hecho antes.

CORIOLANO Bien, debo hacerlo.
¡Que me abandone mi naturaleza
y se apodere de mí algún espíritu
prostituido! ¡Que mi grito de guerra
que armonizaba con mi tambor se convierta ahora
en una flauta débil
como un eunuco, o en el murmullo virginal
que arrulla a los párvulos!
¡Que las sonrisas de viles rufianes
planten su tienda en mis mejillas, y que las lágrimas
de los escolares se apoderen de los globos
de mis ojos!
¡Que la lengua del mendigo se asome
por mis labios, y que mis rodillas bien armadas,
que no se habían doblado sino en el estribo,
se dobleguen como las de aquel que ha recibido
una limosna!
No lo haré, porque no quiero dejar de rendir honor
a mi propia franqueza,
ni que los ademanes de mi cuerpo
le enseñen a mi mente
una bajeza esencial.

VOLUMNIA Como gustes entonces.
Suplicarte a ti es para mí mayor deshonra
que tú a ellos. Que se arruine todo; que tu madre
mejor sienta tu orgullo
en vez de temer tu peligrosa obstinación,
porque con un corazón tan grande como el tuyo

me burlo de la muerte.
Haz lo que quieras. Tu valor es mío;
de mí lo mamaste, pero a ti mismo
debes el orgullo.

CORIOLANO Por favor cálmate. Mira, madre,
iré a la plaza pública. Ya no me regañes.
Para comprar su afecto,
me haré charlatán; les estafaré
los corazones y volveré a casa
como el ídolo adorado de todos
los oficiales de Roma. Mira, ya me voy.
Saluda a mi mujer.
Regresaré cónsul, o no vuelvas a confiar
en lo que pueda hacer
mi lengua en el oficio
de adulador.

VOLUMNIA Haz lo que más te plazca.

Sale.

COMINIO ¡En marcha! Los tribunos os aguardan.
Preparaos
a contestarles con dulzura, puesto que ellos,
según he oído, están ya armados
con acusaciones más graves de las que pesan
sobre vos.

CORIOLANO La consigna
es «con dulzura». Os ruego, partamos.
Dejadlos pues que me acusen con sus invenciones.
Les contestaré con mi honor.

COMINIO Sí, pero
con dulzura.

CORIOLANO Bien, que sea con dulzura entonces.
¡Con dulzura!

Salen.

ESCENA III

Roma. La plaza del mercado.

Entran SICINIO y BRUTO.

BRUTO En este punto cárgale la mano, en que ha asumido

poderes dictatoriales. Si se zafa en eso, haz valer su inquina contra el pueblo y que el botín tomado a los antiates nunca fue distribuido.

Entra un EDIL.

¿Qué hay? ¿Va a venir?

EDIL Sí, va a venir.

BRUTO ¿Quién lo acompaña?

EDIL El viejo Menenio y los senadores que siempre lo han favorecido.

SICINIO ¿Tienes una lista de cuántos votos hemos conseguido de acuerdo con el escrutinio?

EDIL Sí la tengo; está a punto.

SICINIO ¿La ordenaste por tribus?

EDIL Así es.

SICINIO Reúne de inmediato aquí a la gente, para que cuando me oigan decir, «Así será» en virtud del derecho y de la fuerza del pueblo, ya sea para muerte, multa o destierro, que luego entonces,

si digo multa, que ellos griten, «multa»,
y si muerte,
que griten, «muerte»; haciendo hincapié
en nuestra antigua prerrogativa y en la fuerza
que dimana
de la justicia de la causa.

EDIL Se los haré saber.

BRUTO Y cuando entonces
empiecen a gritar, que para nada
se detengan, sino que, con un clamor confuso
hagan prevalecer la ejecución inmediata
de la sentencia que pronunciemos.

EDIL Está bien.

SICINIO Haz que estén firmes y preparados a acatar
esta consigna en cuanto
hayamos de dársela.

BRUTO Ve enseguida.

Sale el EDIL.

Tú hazlo enojar inmediatamente.
Está acostumbrado a vencer y a contradecir
a sus anchas.
Una vez irritado, no puede refrenársele
para que se modere; dice entonces
lo que trae en el corazón, y ahí es en donde
se nos hará quebrarle el cuello.

SICINIO Bueno,
aquí viene.

Entran CORIOLANO, MENENIO y COMINIO con otros.

MENENIO Con calma, te lo ruego.

CORIOLANO Sí, como un hostelero
que por un mísero centavo aguanta

que lo llamen rufián hasta el cansancio.
¡Que los venerables dioses mantengan a Roma
en seguridad, y que los sitiales
de la justicia,
ocupados por hombres de valer,
implanten la concordia entre nosotros,
llenen nuestros vastos templos con demostraciones
de paz, y no nuestras calles con guerras.

SENADOR PRIMERO ¡Amén, amén!

MENENIO Noble deseo.

Entra el EDIL con los plebeyos.

SICINIO Acérquense, plebeyos.

EDIL Escuchen a sus tribunos. ¡Atiendan!
¡Silencio, digo!

CORIOLANO ¡Primero oídme hablar a mí!

AMBOS TRIBUNOS Bien, decid. ¡Silencio, eh!

CORIOLANO ¿Ya no se me harán
más cargos que el presente?
¿Se decidirá aquí todo?

SICINIO Yo os pregunto
si os sometéis a los votos del pueblo,
si reconocéis a sus magistrados,
y consentís sufrir
la censura legal por las faltas que se prueben
contra vos.

CORIOLANO Sí consiento.

MENENIO Oídlo, ciudadanos:
dice que consiente. El servicio que en las guerras
ha prestado,
tenedlo en cuenta. Pensad en las heridas
que en su cuerpo lleva, las cuales se abren

como tumbas
en un camposanto.

CORIOLOANO Solo rasguños de zarzas,
cicatrices que provocan risa.

MENENIO Además
tened en cuenta que cuando no habla
como ciudadano, lo encontraréis como soldado.
No estiméis sus más ásperos acentos
como voces de malquerencia, sino
como os digo, lenguaje de soldado,
y no de quien os aborrece.

COMINIO Bueno, ya basta.

CORIOLOANO ¿Qué ha pasado para que, tras de ser
elegido unánimemente cónsul,
sea yo deshonorado, al extremo
de que enseguida me destituyáis?

SICINIO Responednos.

CORIOLOANO Hablad pues: es justo; debo hacerlo.

SICINIO Os acusamos de que habéis tramado
arrebatat a Roma
todos sus poderes habituales, por lo que
sois traidor a su gente.

CORIOLOANO ¡Cómo! ¿Traidor?

MENENIO ¡No, con calma! ¡Tu promesa!

CORIOLOANO ¡Que las llamas del más profundo infierno
envuelvan a este pueblo!
¿Llamarme traidor él? ¡Tú, injurioso tribuno!
Aun cuando en tus ojos se posaran veinte mil muertes,
y empuñaras
en tus manos otros tantos millones,
y en tu lengua mendaz sumaras ambos,
te diría que mientes,

con la misma franqueza con que imploro
a los dioses.

SICINIO ¿Oís esto, plebeyos?

PLEBEYOS ¡A la roca, llevémoslo a la roca!

SICINIO ¡Silencio!

¿Para qué añadir más cargos a la acusación?
Lo que le habéis visto hacer y oído decir,
golpeando a vuestros magistrados y a vosotros
maldiciéndoos, y con sus ataques
oponiéndose a la ley y desafiando aquí
a aquellos cuya alta potestad
debe juzgarlo, solo esto, tan criminal
y trascendente, merece la muerte
más rigurosa.

BRUTO Mas como ha servido
bien a Roma...

CORIOLANO ¿Qué murmuras de servicio?

BRUTO De lo que sé, hablo.

CORIOLANO ¿Tú?

MENENIO ¿Es esta la promesa que le hiciste a tu madre?

COMINIO Os ruego que escuchéis.

CORIOLANO No quiero saber más.
Dejad que decreten contra mí pena de muerte
en la escarpada Tarpeya, o el exilio errante,
el despellejamiento, colgado boca abajo
con solo un grano al día, hasta que me consuma,
no compraré su clemencia a costa
de una palabra amable,
ni refrenaré mi cólera con todo cuanto
puedan darme,
aunque para ello bastara desearles
buenos días.

SICINIO Por cuanto de su parte a menudo ha mostrado su mala voluntad al pueblo, buscando medios de arrebatarle el poder, y por cuanto últimamente le ha manifestado hostilidad, y eso no en presencia de la temible justicia, sino en contra de los ministros que la imparten, en nombre del pueblo, y con la potestad que como tribunos ejercemos, nosotros desde este mismo instante lo desterramos de la ciudad, a riesgo de precipitarlo de la roca Tarpeya si osa alguna vez volver a entrar por las puertas de Roma. En nombre del pueblo, digo que así será.

PLEBEYOS ¡Así será, así será! ¡Que se vaya!
¡Queda desterrado y así será!

COMINIO ¡Oídmme, señores, y amigos del pueblo!

SICINIO Ya está sentenciado: no hay más que oír.

COMINIO Dejadme hablar.

Yo he sido cónsul y puedo mostrar las heridas que por Roma he sufrido de sus enemigos. Amo el bien de nuestra patria con respeto más tierno, más sagrado y más profundo que mi propia vida, el honor de mi esposa bien amada, el fruto de su vientre, y tesoro de mis riñones; si por lo tanto pudiera decir...

SICINIO Ya sabemos por dónde vais.
¿Decir qué?

BRUTO Ya no hay más que decir, sino que queda desterrado como enemigo del pueblo y de su patria.
¡Así será!

PLEBEYOS ¡Así será, así será!

CORIOLANO ¡A vosotros,

jauría de perros callejeros cuyo aliento aborrezco como las miasmas de los pantanos

más pestilentes; cuyo afecto estimo
como los esqueletos
de insepultos muertos que me corrompen
el aire! ¡Yo os destierro!
¡Y permaneced aquí con vuestra incertidumbre!
¡Que todo débil rumor estremezca
vuestros corazones! ¡Y que vuestros enemigos
con el meneo de sus penachos os avienten
a la desesperación! ¡Continuad
ejerciendo el poder
de desterrar a vuestros defensores,
hasta que a la larga vuestra ignorancia,
que no aprende hasta que no experimenta,
haciendo excepción solo de vosotros,
por siempre vuestros propios enemigos,
os entregue, cautivos vergonzantes,
a alguna nación que os haya conquistado
sin combatir siquiera!
Despreciando la ciudad por causa vuestra,
le vuelvo así la espalda.
¡Hay un mundo en cualquier parte!

*Salen CORIOLANO, COMINIO, MENENIO y todos
los otros senadores y patricios.*

EDIL ¡El enemigo del pueblo se ha ido, se ha ido!

PLEBEYOS ¡Nuestro enemigo ha sido desterrado! ¡Ja, ja!

Todos gritan y lanzan sus gorros al aire.

SICINIO Id a verlo trasponer las puertas y seguidlo
como él os ha seguido con total desprecio.

Dadle su merecido.

Que un guardia nos escolte
por la ciudad.

PLEBEYOS ¡Vengan, vengan! ¡Veámoslo salir
por las puertas! ¡Vengan!
¡Que los dioses guarden a nuestros nobles tribunos!
¡Vengan!

Salen.

CUARTO ACTO

ESCENA I

Ante una puerta de la ciudad.

Entran CORIOLANO, VOLUMNIA, VIRGILIA, MENENIO, COMINIO, con varios jóvenes patricios.

CORIOLANO Vamos, dejad vuestras lágrimas. Un breve adiós. La bestia de las múltiples cabezas con embestidas me expulsa. No madre, ¿dónde está tu antiguo valor? Solías decir que las situaciones extremas ponen a prueba el espíritu; que las almas vulgares pueden soportar las vicisitudes vulgares, que cuando el mar está en calma, todos los navíos pueden flotar con facilidad; que los reveses de la fortuna, cuando son más duros, requieren del noble herido una noble destreza. Solías abrumarme de preceptos que debieran volver invencible el corazón que supo retenerlos.

VIRGILIA ¡Oh, cielos! ¡Oh, cielos!

CORIOLANO Vamos, mujer, te suplico.

VOLUMNIA ¡Ahora, que la peste roja azote a todos los oficios de Roma, y que perezcan las artes!

CORIOLANO ¡Vamos, vamos! Se me amará cuando no se me encuentre. No, madre. Recobra ya aquel espíritu que solías tener cuando me decías que si hubieras sido la esposa de Hércules, habrías realizado seis de sus trabajos,

y ahorrádole a tu esposo otros tantos sudores.
No te entristezcas, Cominio. Adiós.
Adiós, esposa mía, madre mía.
Me seguirá yendo bien. Y tú viejo
y leal Menenio, más saladas son tus lágrimas
que las de un joven y veneno para tus ojos.
Mi antiguo general,
te he visto impasible, y has contemplado
a menudo
espectáculos crudos que endurecen el alma.
Diles a estas afligidas mujeres
que es tan necio llorar los golpes inevitables
como reírse de ellos.
Madre mía, bien sabes
que siempre mis peligros han sido tu solaz;
y no lo pongas en duda, que aunque parto solo,
igual que un dragón,
cuyo pantano lo vuelve temible y famoso
aunque no se le vea,
así tu hijo se sobrepondrá
a la vulgaridad,
a no ser que sea atrapado con añagazas
y traición.

VOLUMNIA Hijo mío,
el primero, ahora, ¿adónde irás?
Lleva contigo al buen Cominio un tiempo;
decide bien qué vas a hacer en vez de exponerte
a los peligrosos riesgos que se te presenten
en el camino.

VIRGILIA ¡Oh, los dioses!

COMINIO Te seguiré
durante un mes; juntos decidiremos
el lugar de tu estancia,
para que puedas recibir noticias
de nosotros,
y nosotros tuyas. De esa manera,
cuando el tiempo ofrezca motivo para llamarte,

no tendremos que mandar buscar a un hombre solo
por todo el ancho mundo,
ni desperdiciar la ocasión que siempre se pierde
en ausencia del que la necesita.

CORIOLANO No; adiós.

Tú ya llevas encima muchos años,
y estás harto de las vicisitudes de la guerra
para andar de un lado para otro como alguien
que está todavía entero. Acompáñame solo
hasta cruzar la puerta.

Venid, mi amada esposa,
mi madre queridísima,
y amigos míos de acrisolada nobleza.
Cuando haya partido, decidme adiós
y sonreíd. Venid pues, os lo ruego.
Mientras yo permanezca en este mundo,
oiréis siempre hablar de mí, pero nunca
oiréis cosa alguna que no concuerde
con lo que antes fui.

MENENIO Palabras tan dignas
como el oído puede escuchar. Vamos,
no lloremos ya. Si al menos pudiera
quitarme siete años
de estos mis viejos brazos y piernas, por los dioses,
te acompañaría paso por paso.

CORIOLANO Dame la mano. Ven.

Salen.

ESCENA II

Una calle cerca de la puerta.

Entran los dos tribunos, SICINIO y BRUTO con el EDIL.

SICINIO Despídelos a todos;
ya se fue y no llevaremos más allá las cosas.
Los nobles están molestos, y salta a la vista
que se aliaron con él.

BRUTO Puesto que hemos
mostrado nuestra fuerza,
aparentemos mayor humildad
ya con la cosa hecha
que cuando se estaba haciendo.

SICINIO Ordénales
volver a casa. Diles que su gran enemigo
ya se fue,
y que conservan su antiguo poder.

BRUTO Que regresen a casa.

Sale el EDIL.

Aquí viene su madre.

Entran VOLUMNIA, VIRGILIA y MENENIO.

SICINIO Saquémosle la vuelta.

BRUTO ¿Y por qué?

SICINIO Dicen que está furiosa.

BRUTO Ya nos vieron:
tú sigue caminando.

VOLUMNIA ¡Ah, qué bueno que os encuentro! ¡Que todas las plagas que atesoran los dioses os paguen vuestro afecto!

MENENIO ¡Silencio, silencio, no habléis tan fuerte!

VOLUMNIA Si el llanto no me lo impidiera, oiríais algo...
Y lo oiréis. (A BRUTO.) ¿Queréis iros?
(A SICINIO.) Os quedaréis también.

VIRGILIA ¡Que otro tanto pudiera yo decirle
a mi esposo!

SICINIO ¿Que pertenecéis al género humano?

VOLUMNIA Sí, imbécil; ¿es eso una vergüenza?
Fíjense nada más en este imbécil.
¿No fue mi padre un hombre?
Como zorra,
tuviste la astucia de desterrar
al que había dado más golpes a favor de Roma
que palabras hayas tú pronunciado jamás.

SICINIO ¡Oh, los cielos benditos!

VOLUMNIA Sí, más golpes magnánimos que tú
palabras discretas; y eso por el bien de Roma.
¡Déjame que te diga... pero no! ¡Mejor vete!
No, quédate tú también: quisiera que mi hijo
estuviera en Arabia, y con su buena espada
en la mano, y tu tribu delante de él.

SICINIO ¿Y qué entonces?

VOLUMNIA ¡Entonces!
Pondría fin a tu posteridad
con bastardos y todo.
¡Qué hombre tan bueno; cuántas heridas
ha sufrido por Roma!

MENENIO ¡Vamos, vamos, silencio!

SICINIO Quisiera que hubiera continuado con su patria

igual que como empezó, y que no hubiera él mismo desatado el noble nudo que había tejido.

BRUTO Yo también quisiera eso.

VOLUMNIA ¡Yo también quisiera!
Fuisteis vosotros los que incitasteis a la plebe,
felinos, que con tanto acierto podéis juzgar
de su valía, como soy yo capaz de hacerlo
de esos misterios que el cielo no quiere
que la tierra conozca.

BRUTO Vámonos, por favor.

VOLUMNIA Sí, señor, ya váyase por favor.
Ha hecho usted una estupenda obra.
Pero antes de que se despida, escuche esto:
tan alto como excede el Capitolio
a la casa más humilde de Roma,
así mi hijo (que es el esposo
de esta dama, esta que aquí veis),
a quien desterrasteis,
os excede a todos.

BRUTO Bueno, bueno, os dejamos.

SICINIO ¿Para qué estar aquí sufriendo a una
que no está en sus cabales?

Salen los tribunos.

VOLUMNIA ¡Que mis oraciones os acompañen!
¡Quisiera que los dioses no tuvieran
otra cosa que hacer que confirmar
mis maldiciones! ¡Ojalá pudiera
encontrarlos al menos una vez cada día
para desahogar mi corazón
de lo que tanto lo abruma!

MENENIO Les habéis hablado
claro y tenéis razón, a fe mía.

¿Queréis cenar conmigo?

VOLUMNIA La cólera es mi comida. Ceno de mí misma
y alimentándome me mato de hambre.

Venid, vámonos.

Deja estos débiles lloriqueos
y como yo, laméntate con ira,
igual que Juno.

Salen VOLUMNIA y VIRGILIA.

MENENIO ¡Vamos!

Sale.

ESCENA III

Camino real entre Roma y Ancio.

Entran NICANOR, un romano, y ADRIANO, un volsco.

NICANOR Os conozco bien señor, y vos me conocéis a mí; creo que vuestro nombre es Adriano.

ADRIANO Así es, señor; en verdad no me acuerdo de vos.

NICANOR Soy romano, y mis servicios, como los vuestros, están como vos mismo en contra de ellos. ¿Me reconocéis ahora?

ADRIANO ¿Nicanor? ¿No?

NICANOR El mismo, señor.

ADRIANO Teníais más barba cuando os vi la última vez, pero vuestra lengua pone de manifiesto vuestro rostro. ¿Qué nuevas hay en Roma? Tengo instrucciones del Estado volsco de buscaros ahí; me habéis ahorrado un día de camino.

NICANOR Hubo extraños levantamientos en Roma: el pueblo en contra de los senadores, los patricios y los nobles.

ADRIANO ¡Hubo! ¿Ya terminaron entonces? Nuestro Estado no lo cree así; se halla en una intensa preparación bélica y espera caer sobre ellos en lo más álgido de su división.

NICANOR La llamarada más fuerte ya pasó, pero cualquier cosita puede encenderla de nuevo. Porque los nobles han tomado tan a pecho el destierro de ese valioso Coriolano, que están propensos a quitarle todo el poder al pueblo y arrancarle sus tribunos para siempre. Esto está ardiendo en el rescoldo, os lo aseguro, y está casi a punto de un estallido violento.

ADRIANO ¿Coriolano desterrado?

NICANOR Desterrado, señor.

ADRIANO Seréis bienvenido con esta información, Nicanor.

NICANOR Ahora es su gran oportunidad. He oído decir que el momento más propicio para corromper a una esposa es cuando ha tenido un disgusto con su marido. Vuestro noble Tulo Aufidio hará un buen papel en estas guerras, dado que su gran rival, Coriolano, no está siendo solicitado por su patria.

ADRIANO No le resta otra cosa. Soy sumamente afortunado de haberos encontrado así por casualidad. Habéis puesto fin a mi negocio y con gusto os acompañaré a casa.

NICANOR Entre esta hora y la cena os optaré las más extrañas cosas de Roma, que apuntan todas al bien de sus adversarios. ¿Decís que ya tenéis un ejército preparado?

ADRIANO Huy sí, uno estupendo: con los centuriones y sus tropas enrolados por separado y recibiendo su pago, y listos para ponerse en marcha con no más de una hora de anticipación.

NICANOR Me alegro de tener noticia de su presteza, y creo que yo soy el que va a ponerlos en acción. Así es que, señor, qué buen encuentro el vuestro, y me alegro mucho de vuestra compañía.

ADRIANO Me habéis quitado el trabajo de encima, señor; así es que yo tengo el mejor motivo para alegrarme de la vuestra.

NICANOR Bueno, pues vayamos juntos.

Salen.

ESCENA IV

Ancio, enfrente de la casa de Aufidio.

Entra CORIOLANO con traje pobre, disfrazado y con el rostro cubierto.

CORIOLANO Hermosa ciudad es esta de Ancio. Ciudad, yo fui el que hice a tus viudas. Más de un heredero de estos bellos edificios he oído yo quejarse y sucumbir ante mis embates. Por lo tanto, desconóceme; no sea que tus mujeres con asadores y tus muchachos con piedras, en mezquina batalla me den muerte.

Entra un CIUDADANO.

Dios os guarde, señor.

CIUDADANO Y a vos.

CORIOLANO Indicadme, si os place, dónde vive el gran Aufidio. ¿Está hoy en Ancio?

CIUDADANO Así es, y festeja a los nobles del Estado en su casa esta noche.

CORIOLANO Por favor, ¿cuál es su casa?

CIUDADANO Esta, la que tenéis delante.

CORIOLANO Gracias, señor. Adiós.

Sale el CIUDADANO.

¡Oh, mundo, tus traicioneras mudanzas!
Los amigos que acaban de jurarse

amistad constante, y cuyos dos pechos
no parecen tener sino un solo corazón,
y cuyas horas, cuya cama, cuya comida
y ejercicio transcurren siempre juntos,
unidos como quien dice en amor
inseparable, en una hora,
y por una bagatela, estallan
en la más acerba enemistad.
Así también los más encarnizados
enemigos,
cuyos ímpetus y maquinaciones
han interrumpido su sueño para atraparse
el uno al otro, por algún azar,
una vil triquiñuela que no vale un comino,
se convierten en amigos queridos
y entrelazan sus designios. Lo mismo haré yo:
aborrezco el lugar donde nací
y pongo mi amor en esta ciudad enemiga.
Entraré: si me mata, hará justicia;
si me acepta, serviré a su país.

Sale.

ESCENA V

Sala en casa de Aufidio. Música.

Entra un SIRVIENTE.

SIRVIENTE PRIMERO ¡Vino, vino, vino! ¡Qué servicio hay aquí! Creo que nuestros compañeros están dormidos.

Sale.

Entra un SIRVIENTE.

SIRVIENTE SEGUNDO ¿Dónde está Coto? Mi amo lo llama. ¡Coto!

Entra CORIOLANO.

CORIOLANO Buena casa: la fiesta huele bien, pero yo no me parezco a un invitado.

Entra el primer SIRVIENTE.

SIRVIENTE PRIMERO ¿Qué queréis, amigo? ¿De dónde sois? Aquí no hay lugar para vos: haced el favor de salir.

Sale.

CORIOLANO No merezco mejor trato al ser Coriolano.

Entra el segundo SIRVIENTE.

SIRVIENTE SEGUNDO ¿De dónde sois, señor? ¿Tiene el portero ojos en la cara, que deja entrar a tales individuos? Salid de aquí por favor.

CORIOLANO ¡Vete!

SIRVIENTE SEGUNDO ¿Vete? ¡Váyase usted!

CORIOLANO ¡Qué latoso eres!

SIRVIENTE SEGUNDO Y vos, ¡qué atrevido! Voy a traer quien hable con vos enseguida.

*Entra un tercer SIRVIENTE.
Se encuentra con el primero.*

SIRVIENTE TERCERO ¿Qué sujeto es este?

SIRVIENTE PRIMERO El tipo más extraño que haya yo visto jamás. No puedo sacarlo de la casa. Por favor llama a mi amo a que hable con él.

Se retira.

SIRVIENTE TERCERO ¿Qué tiene usted que hacer aquí, amigo? Por favor salga de casa.

CORIOLANO Permitidme quedarme solamente.
No haré daño a este hogar.

SIRVIENTE TERCERO ¿Qué sois?

CORIOLANO Un caballero.

SIRVIENTE TERCERO Extraordinariamente pobre.

CORIOLANO En efecto, eso soy.

SIRVIENTE TERCERO Por favor, pobre caballero, ocupad otro sitio. Aquí no hay lugar para vos; salid por favor. Andad.

CORIOLANO Cumple tu función, quítate y engorda con las sobras frías.

Le da un empujón.

SIRVIENTE TERCERO ¡Cómo! ¿No queréis? Por favor dile a mi amo que invitado tan extraño tiene aquí.

SIRVIENTE SEGUNDO Claro que sí.

Sale.

SIRVIENTE TERCERO ¿Dónde vives?

CORIOLOANO Bajo la bóveda.

SIRVIENTE TERCERO ¿Bajo la bóveda?

CORIOLOANO Sí.

SIRVIENTE TERCERO ¿Dónde está eso?

CORIOLOANO En la ciudad de los cuervos y los milanos.

SIRVIENTE TERCERO ¿En la ciudad de los cuervos y los milanos? ¡Qué asno es este! ¿Entonces vives también con las cornejas?

CORIOLOANO No, yo no sirvo a tu amo.

SIRVIENTE TERCERO ¡Cómo, señor! ¿Os metéis con mi amo?

CORIOLOANO Sí, es un servicio más honrado que meterme con tu ama. Hablas, hablas. Ocupate de trinchar. ¡Vámonos!

Lo arroja a golpes. Sale el tercer SIRVIENTE.

Entra AUFIDIO con el segundo SIRVIENTE.

AUFIDIO ¿Dónde está ese individuo?

SIRVIENTE SEGUNDO Aquí, señor; ya lo habría echado a golpes como a un perro, de no haber temido perturbar a los señores que están ahí dentro.

Se retira.

AUFIDIO ¿De dónde vienes? ¿Qué quieres? ¿Tu nombre?
¿Por qué no hablas? Habla, hombre: ¿Cómo te llamas?

CORIOLOANO (*Descubriéndose.*) Si Tulo, aún no me reconoces, o si aun viéndome, no me tomas por quien soy, la necesidad me obliga a decir mi nombre.

AUFIDIO ¿Cuál es tu nombre?

CORIOLOANO Un nombre poco musical a los oídos volscos, y a los tuyos, de sonido ingrato.

AUFIDIO Dime, pues, ¿cuál es tu nombre?
Tienes aspecto temible y tu rostro
lleva el sello de mando.
Aunque esté desgarrado tu velamen,
ostenta nobleza tu bajel. ¿Cuál es tu nombre?

CORIOLANO Prepárate a fruncir el ceño. ¿Aún
no me conoces?

AUFIDIO No te conozco.
¿Tu nombre?

CORIOLANO Mi nombre es Cayo Marcio que te ha hecho
particularmente a ti, y a los volscos todos
mucho daño y perjuicio, como atestiguar puede
el sobrenombre que uso: Coriolano.
El penoso servicio, los peligros extremos
y las gotas de sangre
vertidas por mi ingrato país, no son pagadas
sino con este sobrenombre, buen memorial
y testimonio del odio y disgusto
que hacia mí debes sentir. Solo ese nombre resta.
La crueldad e inquina de la plebe,
toleradas por nuestros cobardes nobles, que
a una me abandonaron todos,
devoró lo demás y consintió
en que por voz de esclavos fuese yo echado a gritos
de Roma. Este extremo me ha traído a tu casa,
no con la esperanza, no (no me malinterpretes),
de salvar mi vida; porque si hubiese temido
la muerte, de cuantos hombres viven en el mundo
a ti sería al que más habría eludido;
sino por simple encono,
para hacer cabal desquite de aquellos
que me han desterrado, aparezco ante ti.
Por lo tanto, si abrigas entrañas de venganza
que quieran vindicar
tus agravios particulares y poner fin
a esas vergonzosas cicatrices que se ven
por todo tu país,

apresúrate, y pon mi desgracia
al servicio de tus propósitos. Empléala
de tal modo,
que mis vengativos servicios para ti sean
beneficios,
porque me propongo pelear contra
mi gangrenada patria con la furia
de todos los demonios infernales.
Mas si sucediere que no te atrevas
a hacer esto, y que ya estés cansado
de probar nueva fortuna, entonces
en una palabra, yo también estoy
fastidiado de vivir, y os ofrezco
mi garganta a ti y a tu antigua inquina;
no degollar la cual
probaría que eres un necio, puesto que siempre
te he perseguido con odio, y he derramado
mil toneles de sangre del pecho de tu patria,
por lo que no puedo sobrevivir
sino para tu vergüenza, a menos
que ello sea para servirte.

AUFIDIO ¡Oh, Marcio, Marcio!
Cada palabra que ahora has dicho ha arrancado
de mi corazón una raíz de antiguo odio.
Si Júpiter desde aquella nube profiriera
cosas divinas y dijese: «Eso es verdad»,
no le creería más
que ahora a ti, nobilísimo Marcio.
Permite que mis brazos rodeen ese cuerpo
contra el que mi veteada lanza veces ciento
se quebró despostillando a la luna
con sus astillas. Aquí abrazo el yunque
de mi espada,
y lucho con tanto ardor y nobleza
por tu amor,
como con brío ambicioso contendí
contra tu valor. Sábetete primero que amaba
a la doncella con quien me casé;
jamás un hombre exhaló suspiros más sinceros;

pero ahora que te miro aquí, noble criatura,
mi corazón transportado palpita
con más fuerza que cuando vi a mi amada
convertida en mi esposa trasponer mis umbrales.
¡Pero tú, Marte! Te participo que tenemos
un ejército en pie,
y que de nuevo me había propuesto
arrancar a tajos el escudo de tu brazo
o perder el mío con ello. Doce diferentes
veces por completo me has vencido;
desde entonces, por la noche he soñado
en encuentros
entre tú y yo. En mi sueño juntos
hemos caído al suelo, quitándonos los cascos,
apretándonos las gargantas, y despertaba
medio muerto y sin nada.
Noble Marcio,
aunque no tuviéramos otra causa
de querrela contra Roma, sino que de ahí
has sido desterrado,
nos levantaríamos todos, desde los doce
hasta los setenta, y derramando la guerra
en las entrañas de la ingrata Roma,
cual diluvio audaz la venceríamos.
Oh sí, ven, pasa, y estrecha las manos
de nuestros amistosos senadores,
que están aquí ahora despidiéndose de mí
que estoy preparado contra vuestros territorios,
aunque no exactamente contra Roma.

CORIOLANO ¡Me sois propicios, dioses!

AUFIDIO Por lo tanto, soberano señor,
si quieres dirigir la ejecución
de tus propias venganzas,
asume la mitad de mi mandato,
y establece conforme a tu experiencia,
puesto que bien conoces la fuerza y la flaqueza
de tu país, tus propios planes: si golpear
las puertas de Roma, o visitarlos

con rudeza en lugares remotos,
para asustarlos, antes de destruirlos.
Pero entra.

Voy a presentarte primero a aquellos
que habrán de dar el sí a tus deseos.
¡Mil bienvenidas! Y más como amigo
que como enemigo (¡vaya que sí lo fuiste, Marcio!).
¡Tu mano: y seas muy bienvenido!

Salen CORIOLANO y AUFIDIO. Se adelantan los dos criados.

CRIADO PRIMERO Aquí ha ocurrido un cambio extraño.

CRIADO SEGUNDO Por mi mano, me dieron ganas de haberle pegado
con un garrote; y sin embargo, ya mi pensamiento me decía que sus ropas
daban de él informes falsos.

CRIADO PRIMERO ¡Y qué brazo tiene! Me dio la vuelta con el dedo y el
pulgar, como quien echa a bailar un trompo.

CRIADO SEGUNDO No, adiviné por su cara que había algo en él. Pensé
que tenía, señor, una clase de cara que no sé cómo llamarla.

CRIADO PRIMERO Sí, tenía eso, que se veía como... que me ahorquen si
no pensé que era más de lo que podía pensar.

CRIADO SEGUNDO Y yo también, lo juro. Simplemente es el hombre más
raro del mundo.

CRIADO PRIMERO Ya lo creo, pero tú conoces un soldado más grande
que él.

CRIADO SEGUNDO ¿Quién? ¿Mi amo?

CRIADO PRIMERO Cierto. Eso ni se discute.

CRIADO SEGUNDO Vale seis como él.

CRIADO PRIMERO Bueno, eso tampoco: pero lo considero el mejor
soldado de los dos.

CRIADO SEGUNDO A fe mía, mira, no puede uno decir eso; para la

defensa de una ciudad, nuestro general es excelente.

CRIADO PRIMERO Sí, y para un asalto también.

Entra el CRIADO TERCERO.

CRIADO TERCERO ¡Oh, esclavos! ¡Os puedo dar noticias, noticias, bribones!

CRIADOS PRIMERO Y SEGUNDO ¿Qué, qué, qué? ¡Dánoslas!

CRIADO TERCERO De entre todas las naciones, no querría yo ser romano; preferiría estar condenado.

CRIADOS PRIMERO Y SEGUNDO ¿Por qué? ¿Por qué?

CRIADO TERCERO Pues porque aquí está el que solía aporrear a nuestro general, Cayo Marcio.

CRIADO PRIMERO ¿Por qué dices «aporrear a nuestro general»?

CRIADO TERCERO No digo «aporrear a nuestro general»; pero siempre estuvo a la altura de él.

CRIADO SEGUNDO Vamos, somos compañeros y amigos: siempre fue mucho para él. Yo se lo he oído decir a él mismo.

CRIADO PRIMERO De hecho fue mucho para él, para decir la pura verdad. Delante de Corioles lo picoteó y lo dejó lleno de agujeros como carne lista para el carbón.

CRIADO SEGUNDO Y si hubiera sido dado al canibalismo, lo hubiera asado y se lo hubiera comido también.

CRIADO PRIMERO ¿Y qué más?

CRIADO TERCERO Pues que aquí dentro lo tienen en tanto, como si fuera hijo y heredero de Marte; lo sientan en la cabecera de la mesa; no se le hace ninguna pregunta por parte de cualquiera de los senadores, sin que ellos mantengan la calva descubierta delante de él. Nuestro mismo general lo trata como una querida, se santifica con su mano y levanta al cielo los ojos con sus discursos. Pero el fondo del asunto es que nuestro

general ha quedado partido por en medio, y no es más que la mitad de lo que era ayer; porque el otro tiene la mitad, a solicitud y concesión de toda la mesa. Irá, dice, y jalará de las orejas al portero de Roma. Va a segar todo delante de él y a dejar limpio el paso.

CRIADO SEGUNDO Y tan capaz de hacerlo como cualquiera que me imagine.

CRIADO TERCERO ¿De hacerlo? Lo hará; porque vea usted, señor, tiene tantos amigos como enemigos; los cuales amigos, señor, como quien dice, no se atreven, vea usted, señor, a manifestarse, como quien dice, amigos suyos, mientras él esté en «directitud».

CRIADO PRIMERO ¡Directitud! ¿Qué es eso?

CRIADO TERCERO Pero cuando vean, señor, que levanta el penacho y que el hombre está lleno de vigor, saldrán de sus madrigueras como conejos después de llover, y le harán fiestas.

CRIADO PRIMERO ¿Pero cuándo empieza eso?

CRIADO TERCERO Pues mañana, hoy, ahora mismo; vais a oír batir el tambor esta tarde. Es como quien dice parte de la fiesta, y habrá de ejecutarse antes de que se limpien los labios.

CRIADO SEGUNDO Pues entonces tendremos el mundo revuelto otra vez. Esta paz no sirve para nada sino para enmohecer el hierro, multiplicar los sastres y producir compositores de baladas.

CRIADO PRIMERO A mí denme guerra, digo. Supera a la paz tanto como el día a la noche. Es animada, mete ruido y da mucho que hablar. La paz es una verdadera apoplejía, un letargo; embotada, sorda, amodorrada, insensible, productora de más hijos bastardos de lo que es la guerra destructora de hombres.

CRIADO SEGUNDO Así es, y como la guerra en cierto modo puede llamarse raptora, no se puede negar que la paz es una gran fabricante de cornudos.

CRIADO PRIMERO Sí, y hace a los hombres odiarse unos a otros.

CRIADO TERCERO Con razón, porque entonces se necesitan menos

unos a otros. La guerra a toda costa. Espero ver a los romanos valer tan poca cosa como los volscos. ¡Ya se están levantando, ya se están levantando!

CRIADOS PRIMERO Y SEGUNDO ¡Adentro, adentro, adentro, adentro!

Salen.

ESCENA VI

*Roma. Una plaza pública.
Entran los tribunos.*

SICINIO No oímos hablar de él, ni necesitamos temerlo;
sus remedios no sirven
en la paz y tranquilidad
actuales del pueblo, otrora tan febrilmente
agitado. Aquí es donde hacemos sonrojar
a sus amigos, porque el mundo marcha bien,
ya que, aunque ellos mismos tuvieron que sufrir,
preferirían que muchedumbres descontentas
obstruyeran las calles
antes que ver a nuestros artesanos
cantar en sus talleres y atender
alegremente sus ocupaciones.

BRUTO En buena hora estuvimos firmes.

Entra MENENIO.

¿Es este Menenio?

SICINIO Sí es, sí es.
Oh sí, últimamente se ha vuelto amabilísimo.
¡Salud, señor!

MENENIO ¡Salud a los dos!

SICINIO Pues no se echa de menos mayor cosa
a vuestro Coriolano,
a no ser por parte de sus amigos.
La república
se mantiene y se mantendrá igual
por mucho que le pese.

MENENIO Va bien todo, y mucho mejor iría si hubiera contemporizado.

SICINIO ¿En dónde está, habéis sabido?

MENENIO No, nada he sabido. Su madre y su esposa nada han sabido de él.

Entran tres o cuatro ciudadanos.

TODOS ¡Que los dioses os guarden a los dos!

BRUTO Buenas tardes a todos, buenas tardes a todos.

CIUDADANO PRIMERO Nosotros, nuestras esposas e hijos, de rodillas debemos de rogar por vosotros dos.

SICINIO Vivid y prosperad.

BRUTO Adiós, buenos vecinos. Ojalá Coriolano os hubiera querido cual nosotros.

TODOS ¡Que los dioses os guarden!

AMBOS TRIBUNOS Adiós, adiós.

Salen los ciudadanos.

SICINIO Estamos en un tiempo más grato y venturoso que cuando esos sujetos corrían por esas calles proclamando el caos.

BRUTO Cayo Marcio era un oficial valioso en la guerra, pero insolente, dominado por el orgullo, más ambicioso de lo que se pueda pensar, muy egoísta.

SICINIO Y aspirante a un poder supremo sin participación.

MENENIO Yo no lo creo.

SICINIO Pues así lo habríamos comprobado para desgracia de todos, si hubiera resultado cónsul.

BRUTO Los dioses lo han impedido y Roma permanece sana y salva sin él.

Entra un EDIL.

EDIL Honorables tribunos, hay un esclavo a quien hemos puesto prisionero, que informa que los volscos, con dos fuerzas distintas, han entrado por los territorios romanos, y con el máximo furor guerrero destruyen cuanto hallan a su paso.

MENENIO Es Aufidio, el que, al saber del destierro de nuestro Marcio, muestra otra vez al mundo sus cuernos, que estaban enconchados cuando Marcio defendía a Roma, y no osaban ni una vez asomarse.

SICINIO Vamos, ¿para qué habláis de Marcio?

BRUTO Id y ved que azoten al que trae tales rumores. No puede ser que los volscos se atrevan a atacarnos.

MENENIO ¿Que no puede ser? Tenemos noticias de que muy bien puede ser y tres ejemplos de ello han acontecido en el transcurso de mi vida. Pero averiguad con el sujeto antes de castigarlo dónde supo esto, no sea que os ocurra que azotéis vuestra información, y que golpeéis al mensajero que os advirtió ser cautelosos

ante lo que se debe temer.

SICINIO No me habléis de eso.
Sé que no puede ocurrir.

BRUTO No es posible.

Entra un MENSAJERO.

MENSAJERO Con mucha preocupación los nobles se dirigen al Senado. Les llegan noticias que alteran sus semblantes.

SICINIO Es culpa del esclavo:
azotadlo delante de la gente;
lo que anuncia, solo un rumor.

MENSAJERO Sí, señor, el rumor del esclavo se confirma, y ha llegado otro más, más alarmante.

SICINIO ¿Más alarmante qué?

MENSAJERO Se dice abiertamente por parte de muchos (qué tan probable sea no lo sé) que Marcio, unido con Aufidio, trae un ejército contra Roma, y jura una venganza tan completa, como para incluir tanto la cosa más reciente como la más antigua.

SICINIO ¡Es muy probable!

BRUTO Propalado solo para que los más débiles puedan desear que el buen Marcio regrese.

SICINIO ¡Así mismo es la cosa!

MENENIO Esto no es creíble:
él y Aufidio no pueden conciliar sus absolutos extremos.

Entra un segundo MENSAJERO.

MENSAJERO SEGUNDO Se os llama del Senado.
Un temible ejército dirigido
por Cayo Marcio, aliado con Aufidio,
devasta nuestros territorios. Han arrasado,
consumido con fuego y saqueado todo
lo que han hallado en su camino.

Entra COMINIO.

COMINIO ¡Oh,
buena la habéis hecho!

MENENIO ¿Qué nuevas, qué nuevas hay?

COMINIO Habéis ayudado a ultrajar
a vuestras propias hijas,
y a que caigan derretidos los techos de plomo
fundido sobre vuestras cabezas; a mirar
deshonradas
a vuestras esposas en vuestras mismas narices.

MENENIO ¿Qué noticias, qué noticias?

COMINIO Vuestros templos quemados hasta los cimientos,
y esos vuestros privilegios en los que descansabais,
reducidos a un agujero de berbiquí.

MENENIO Por favor vuestras noticias ahorra.
Me temo que muy buena la habéis hecho.
¿Por favor las noticias?
Pues si Marcio se ha unido con los volscos...

COMINIO ¡Sí...!
Es su dios. Los conduce como un objeto
hecho por una deidad diferente
a la naturaleza,
que modelara mejor a los hombres;
y ellos unánimes lo siguen contra nosotros
estúpidos, con no menor confianza

que los muchachos cuando persiguen mariposas
veraniegas,
o los carniceros cuando matan a las moscas.

MENENIO ¡Buena labor habéis hecho vosotros
y vuestros hombres de mandil; vosotros,
que confiabais tanto en el voto de los obreros
y en la voz de los que mastican ajos!

COMINIO ¡Va a sacudir a Roma sobre vuestras orejas
como Hércules
la fruta madura! ¡Buena labor habéis hecho!

BRUTO ¿Mas es cierto esto, señor?

COMINIO Sí, palideceréis antes de oír otra cosa.
Las comarcas todas de buen grado se rebelan
y las que osan resistir son objeto de burla
por su valiente ignorancia
y perecen
en su lealtad estúpida. ¿Y quién
podrá culparlo? Vuestros enemigos
y los suyos
han descubierto algo en él.

MENENIO Pues estamos
todos perdidos, a menos que se compadezca
de nosotros este noble varón.

COMINIO ¿Y quién se lo rogará? Los tribunos
por vergüenza
no pueden hacerlo; el pueblo merece tanto
su compasión, como el lobo la de los pastores.
Por lo que hace
a sus mejores amigos, si dicen,
«sé bueno con Roma», le harían ruego
igual al de aquellos que merecieran
su odio, y que en ello
se mostraran como enemigos.

MENENIO ¡Cierto!

Si anduviera él poniéndole a mi casa
el hachón encendido
que habría de consumirla, no tendría yo
cara de decir: «¡Por favor, detente!».
¡Qué bien habéis embrollado las cosas,
vosotros y vuestras maniobras! ¡Bien
que habéis maniobrado!

COMINIO Habéis acarreado
tal pánico sobre Roma, que nunca
se sintió ella tan desvalida.

AMBOS TRIBUNOS No digáis
que nosotros lo acarreamos.

MENENIO ¡Cómo!
¿Fuimos nosotros? Nosotros lo amábamos,
pero como bestias y patricios pusilánimes,
cedimos ante vuestras muchedumbres
que lo abuchearon hasta sacarlo
de la ciudad.

COMINIO Me temo que tendrán
que rugir para que regrese a ella.
Tulo Aufidio,
segundo en renombre entre los hombres, obedece
sus indicaciones cual si fuera su oficial.
La desesperación
es la única política, fuerza y defensa
que Roma puede poner en obra contra ellos.

Entra un tropel de ciudadanos.

MENENIO Aquí vienen las muchedumbres.
¿Y está Aufidio con él?
Vosotros sois los que contaminabais
el aire lanzando vuestros gorros malolientes
y grasosos al abuchear ante el exilio
de Coriolano. Él avanza ahora,
y no habrá ni un cabello
de la cabeza de un soldado que no se vuelva

un látigo. A tantos mentecatos
como de entre vosotros lanzasteis vuestros gorros
al aire, os derribará, y recompensará.
No importaría que nos convirtiera
a todos en carbón:
lo hemos merecido.

CIUDADANOS Ciertamente;
hemos oído espantosas noticias.

CIUDADANO PRIMERO Por lo que a mí respecta, cuando dije
destiérrenlo, dije que era una lástima.

CIUDADANO SEGUNDO Y yo lo mismo.

CIUDADANO TERCERO Y lo mismo yo; y a decir verdad, lo mismo
muchos de nosotros. Lo que hicimos, lo hicimos buscando lo mejor, y
aunque voluntariamente consentimos en su destierro, sin embargo fue
contra nuestra voluntad.

COMINIO Muy buenos estáis con vuestros sufragios.

MENENIO Y buen trabajo habéis hecho, vosotros
y vuestra jauría. ¿Nos vamos al Capitolio?

COMINIO Ah, sí, ¿qué otra cosa?

Salen COMINIO y MENENIO.

SICINIO Ahora pues, maeses. Váyanse a casa;
no desmayen. Estos son de su partido
que vería con gusto ser verdad
aquello que pretenden temer. Váyanse a casa
y no muestren señales de temor.

CIUDADANO PRIMERO ¡Que los dioses sean buenos con nosotros!
Vengan, maeses. Vámonos a casa. Yo siempre dije que estábamos
equivocados cuando lo desterramos.

CIUDADANO SEGUNDO Lo mismo todos nosotros. Pero vengan,
vámonos a casa.

Salen los ciudadanos

.

BRUTO No me gustan estas nuevas.

SICINIO Ni a mí.

BRUTO Vamos al Capitolio.
La mitad de mi fortuna
con tal de probar que todo fue mentira.

SICINIO Vámonos, por favor.

Salen.

ESCENA VII

Campamento cerca de Roma. Entra AUFIDIO con su LUGARTENIENTE.

AUFIDIO ¿Que corren todavía
a unirse al romano?

LUGARTENIENTE No sé qué magia tendrá, pero
vuestros soldados lo emplean como bendición
antes de la comida;
su plática a la hora de la mesa
y su acción de gracias al final;
y vos, señor, quedáis oscurecido por ello,
incluso entre los vuestros.

AUFIDIO No puedo evitarlo ahora, a menos
que, por usar los medios para ello,
deje cojo el pie de nuestro proyecto.
Se maneja con mayor arrogancia
aún con mi persona, de lo que esperé que haría
cuando lo recibí.
Con todo, su naturaleza en eso
no es variable,
y excusar debo lo que no puede remediarse.

LUGARTENIENTE Sin embargo, señor,
por lo que a vos respecta,
(me refiero a lo particular) quisiera yo
que no hubierais compartido con él
el mando, y que, o bien
hubierais tomado por cuenta vuestra
la acción, o bien se la hubierais dejado
a él solo.

AUFIDIO Ya te entiendo; y puedes estar cierto
de que, cuando venga a rendir sus cuentas,
no sabe lo que puedo alegar en contra suya.

Aunque parezca, y así él lo juzgue,
y no sea ello menos aparente
a los ojos del vulgo,
que todo lo hace con limpieza, y que demuestra
buen manejo
en lo que toca a nuestro Estado volsco;
que pelea cual dragón y que vence
tan pronto saca espada, sin embargo,
ha dejado de hacer una cosa que le hará
romperse la cabeza, o pondrá
en riesgo la mía cuando lleguemos
a rendir cuentas.

LUGARTENIENTE Decidme, os ruego, señor,
¿creéis que se apoderará de Roma?

AUFIDIO Todas las plazas se le rinden antes

de que les ponga sitio,
y los nobles de Roma están con él.
Los senadores y patricios también lo quieren;
los tribunos no son militares, y su gente
tan precipitada será para perdonarlo,
como fue apresurada
para expulsarlo de ahí. Creo que será
para Roma como el quebrantahuesos
para el pez,
que lo aprisiona por soberanía
de la naturaleza.
Primero fue para ellos un servidor fiel,
pero no pudo llevar sus honores
con ecuanimidad, bien haya sido
por orgullo,
que como consecuencia del éxito continuo,
siempre daña al hombre afortunado,
bien por falta de juicio en el aprovechamiento
de las ocasiones de que era dueño;
o bien por su naturaleza, el no ser más
que una sola cosa, sin moverse
del casco a la investidura, sino disponiendo

la paz con la misma rudeza y garbo
con que administraba la guerra. Solo uno de estos
(aunque tenía condimentos de todos ellos,
no todos ni enteros, porque hasta ahí
me atrevo a absolverlo), lo hicieron temer, odiar,
y por consiguiente desterrar. Pero posee
un mérito que acalla todo esto al expresarlo.
Así es como nuestras virtudes dependen
del juicio del momento, y el poder
que se recomienda a sí mismo no encuentra tumba
tan evidente como la tribuna
en que exalta sus hazañas. Un fuego
ahuyenta a otro fuego; un clavo saca otro clavo;
los derechos sucumben ante otros derechos;
la fuerza ante la fuerza se desploma.
Ven, vámonos de aquí.
Cayo, cuando ya sea tuya Roma,
tú serás el más mísero de todos.
Pronto entonces yo me adueñaré de tu persona.

Salen.

QUINTO ACTO

ESCENA I

Roma. Plaza pública.

Entran MENENIO, COMINIO, SICINIO, BRUTO y otros.

MENENIO No, yo no iré. Ya oísteis lo que le ha respondido al que antes fue su general, que lo amaba con especial afecto.

Me llamaba padre, ¿pero de qué sirve eso?

Id vosotros

que lo desterrasteis. Caed de hinojos una milla

antes de llegar a su tienda, y aproximaos a implorar clemencia. No; si oyó de mala gana hablar a Cominio, yo mejor me quedo en casa.

COMINIO Hizo como si no me conociera.

MENENIO ¿Lo oís?

COMINIO Con todo, me llamó una vez por mi nombre.

Le recordé nuestra vieja amistad y la sangre que juntos hemos derramado. A «Coriolano» no quiso responder; prohibió todos los nombres.

Es una especie de nada, sin título, hasta no forjarse un nombre ígneo después de incendiar a Roma.

MENENIO ¡Vaya que habéis hecho un buen trabajo!

¡Un par de tribunos que han demolido a Roma para que se abarate el carbón!

¡Noble recuerdo!

COMINIO Le recordé que era propio
de reyes perdonar cuando menos se esperaba.
Replicó que era petición vacía
de parte de un Estado
hacia aquel que había soportado su condena.

MENENIO Muy bien. ¿Podría acaso decir menos?

COMINIO Me atreví a despertar su estimación
hacia sus amigos íntimos. Me respondió
que no podía esperar a entresacarlos
de entre la paja infecta y podrida.
Dijo que sería tontera por uno o dos
pobres granos, dejarla sin quemar
y permitir que siguiera ofendiendo el olfato.

MENENIO ¿Por uno o dos pobres granos? Yo soy uno de ellos.
Su madre, su esposa e hijo y este bravo amigo
también. Nosotros somos esos granos;
vosotros, la paja infecta que hedéis
más allá de la luna.
Debemos ser quemados a causa de vosotros.

SICINIO No, por favor, no perdáis la calma. Si rehusáis
ayudar en este desastre sin precedentes,
no nos echéis en cara
nuestra aflicción. A buen seguro, si os ofrecéis
a interceder por vuestra pobre patria,
vuestra lengua elocuente,
más que el ejército que en un instante
podamos armar, puede detener
a nuestro compatriota.

MENENIO No, yo no mediaré.

SICINIO Por favor, id a verlo.

MENENIO ¿Qué debo hacer?

BRUTO Ensayad únicamente
lo que pueda influir vuestra amistad cerca de Marcio

en bien de Roma.

MENENIO Bueno, y supongamos que Marcio me despacha como despachó a Cominio, sin querer oírme. ¿Entonces qué? ¿Regresar como amigo rechazado, herido en el corazón por su indiferencia? Digamos que así sea...

SICINIO Entonces vuestra buena voluntad merecerá la gratitud de Roma en la medida que tuvisteis buena intención.

MENENIO Voy a intentarlo. Creo que me oirá. Con todo, ese labio mordido y ese «hum» para el buen Cominio mucho me descorazonan. No se le ha entrevistado en buen momento; no había comido. Y es que cuando nuestras venas no se han llenado, se enfría la sangre, y entonces nos enfurruñamos en la mañana y no somos capaces de dar o perdonar; pero cuando hemos abarrotado estos tubos, y esos vehículos de nuestra sangre con vino y alimento, tenemos el alma más obsequiosa que cuando ayunamos como sacerdotes. Por lo tanto lo estaré espiando hasta que esté alimentado de acuerdo a mi requerimiento, y lo abordaré entonces.

BRUTO Vos conocéis el camino que lleva a su benevolencia, y no podréis perderos.

MENENIO A fe mía, lo pondré a prueba, pase lo que pase, y antes de mucho tiempo sabré a qué atenerme.

Sale.

COMINIO No lo escuchará jamás.

SICINIO ¿No?

COMINIO Os digo

que está sentado en un sitial de oro,
los ojos enrojecidos como si quisiera
incendiar a Roma, y su resentimiento es
como el carcelero de su piedad.
Me arrodillé ante él,
y en tono apenas audible me dijo:
«Levántate», y así me despidió
con un ademán mudo de su mano.
Por escrito lo que pensaba hacer
lo mandó decir después, y también,
lo que no haría, estando ya comprometido
a sus condiciones. Así es que toda esperanza
es vana, si no es por su noble madre
y su mujer, quienes, según he oído,
intentan implorar clemencia para su patria.
Por consiguiente vámonos de aquí,
y con nuestros corteses ruegos apresurémoslas.

Salen.

ESCENA II

*El campamento volsco delante de Roma.
Centinelas en sus puestos. Entra MENENIO.*

CENTINELA PRIMERO ¿De dónde sois?

CENTINELA SEGUNDO ¡Alto, media vuelta atrás!

MENENIO Vigiláis como hombres; está bien.
Mas, con vuestro permiso, soy magistrado público,
y vengo a hablar con Coriolano.

CENTINELA PRIMERO ¿De dónde?

MENENIO De Roma.

CENTINELA PRIMERO No podéis avanzar; debéis volveros:
nuestro general no quiere oír nada de allá.

CENTINELA SEGUNDO Veréis vuestra Roma abrasada en llamas antes
de que os entrevistéis con Coriolano.

MENENIO Buenos amigos míos,
si habéis oído a vuestro general
platicar de Roma y de sus amigos ahí,
apuesto de seguro que mi nombre
ha llegado ya a vuestros oídos. Es Menenio.

CENTINELA PRIMERO Aun cuando sea así, retiraos.
La virtud de vuestro nombre no es válida aquí.

MENENIO Te digo, camarada,
que tu general es amigo mío. He sido
el libro de sus buenas acciones en las cuales
los hombres han leído su fama incomparable,
agrandada aun, si cabe, pues yo

siempre he brindado apoyo a mis amigos,
entre los cuales él
es el más importante, con toda la amplitud
que puede permitir
la verdad sin deterioro. No solo,
sino que a veces, como bolo en piso
resbaloso,
he caído más allá de la meta,
y en alabanza suya,
casi he dado sello de verdad a la falsía.
Por tanto, camarada,
debo tener permiso de pasar.

CENTINELA PRIMERO A fe mía, señor, si habéis dicho tantas mentiras a su favor, como habéis proferido palabras en el vuestro, no debéis pasar de aquí; no, aunque fuera tan virtuoso mentir como es virtuoso vivir castamente. Por lo tanto, retiraos.

MENENIO Te ruego, camarada, que recuerdes que mi nombre es Menenio, siempre partidario del bando de vuestro general.

CENTINELA SEGUNDO Pues aunque hayáis sido su embustero, como decís haberlo sido, yo soy uno que, diciendo la verdad bajo sus órdenes, debo decir que no podéis pasar. Por lo tanto retiraos.

MENENIO ¿Puedes decirme si ya comió? Porque yo no querría hablar con él hasta después de la comida.

CENTINELA PRIMERO ¿Sois romano, verdad?

MENENIO Sí, lo mismo que tu general.

CENTINELA PRIMERO Entonces debéis aborrecer a Roma igual que él. ¿Podéis esperar, después de haber echado fuera de vuestras puertas a su verdadero defensor, y en un arrebató de ignorancia popular entregado a vuestro enemigo vuestro escudo, hacer frente a sus venganzas con los fáciles lamentos de las viejas, las manos virginales de vuestras hijas, o con la temblorosa intercesión de un viejo chocho como el que parecís ser? ¿Podéis pensar en apagar el próximo incendio en que vuestra ciudad está a punto de abrasarse, con un soplo tan débil como este? No, estáis engañado; por tanto regresad a Roma y preparaos para vuestra ejecución.

Estáis condenados; nuestro general ha jurado dejaros fuera de todo alivio y perdón.

MENENIO Villano, si tu capitán supiera que yo estoy aquí, me trataría con miramiento.

CENTINELA PRIMERO Bah, mi capitán no os conoce.

MENENIO Quiero decir tu general.

CENTINELA PRIMERO Mi general no se preocupa de vos. Atrás, os digo; andad, no sea que os saque vuestra media pinta de sangre. ¡Atrás! Es lo más que podéis obtener. ¡Atrás!

MENENIO No camarada, camarada...

Entra CORIOLANO con AUFIDIO.

CORIOLANO ¿Qué sucede?

MENENIO Ahora, tú, compañero, voy a dar el recado a cuenta tuya; ahora sabrás la estima en que se me tiene. Ahora verás que un Juan Lanos de centinela no puede tener poder para prohibirme el acceso a mi hijo Coriolano. Nada más imagina por mi trato con él si no estás en peligro de ser ahorcado, o de alguna muerte más larga de contemplar y más cruel de sufrir. Mira ahora lo que va a pasar y desmáyate por lo que va a sucederte. (A CORIOLANO.) ¡Que los gloriosos dioses celebren perpetuamente consejo para tu bienestar personal y que no te amen menos de lo que te ama tu viejo padre Menenio! Oh, hijo mío, hijo mío, estás preparando fuego contra nosotros. Mira, aquí hay agua para apagarlo. Casi no me sentía movido a venir a ti, pero como me han asegurado que nadie sino yo podía conmoverte, he sido empujado fuera de tus puertas con suspiros, y te conjuro que perdones a Roma y a tus suplicantes paisanos. Que los buenos dioses aplaquen tu cólera, y vuelvan lo que reste de ella contra este criado; este que, como tarugo, me ha negado acceso a ti.

CORIOLANO ¡Fuera!

MENENIO ¡Cómo! ¿Fuera?

CORIOLANO Esposa, madre, hijo no conozco. Mis negocios se hallan al servicio de otros.

Aunque soy el dueño personal de mi venganza,
mi perdón radica en pechos volscos.
La intimidad que tuvimos el olvido ingrato
la emponzoñará, sin que la compasión sienta
cuánta fue.
Por tanto márchate. Más duros son mis oídos
a tus peticiones que vuestras puertas
contra mis embates. Ello no obstante,
toma contigo esto;
lo escribí por ti, y lo habría enviado.

Le da una carta.

Otra palabra, Menenio, no te oiré decir.
Aufidio, este hombre
era bien querido por mí en Roma:
sin embargo, ya ves.

AUFIDIO Mantiene el ánimo constante.

*Salen CORIOLANO y AUFIDIO.
Quedan solos la guardia y MENENIO.*

CENTINELA PRIMERO Y ahora, señor, ¿es vuestro nombre Menenio?

CENTINELA SEGUNDO Ya veis que es un conjuro con mucha fuerza. Ya sabéis el camino a casa de regreso.

CENTINELA PRIMERO ¿Ya veis cómo nos han regañado por ningunear vuestra grandeza?

CENTINELA SEGUNDO ¿Qué motivo creéis que tenga yo para desmayarme?

MENENIO A mí no me importan ni el mundo ni vuestro general. Con objetos como vosotros, apenas puedo pensar que exista alguno. ¡Sois tan despreciables! El que desea la muerte por su propia mano, no la teme de otro. Dejad que vuestro general haga lo peor. En cuanto a vosotros, sed lo que sois por mucho tiempo; ¡y que vuestra miseria aumente con la edad! Os digo a vosotros lo que a mí me dijeron: ¡Fuera!

Sale.

ESCENA III

La tienda de Coriolano.

Entran CORIOLANO y AUFIDIO con otros.

CORIOLANO Mañana plantaremos nuestro ejército delante de las murallas de Roma.

Tú, que en esta campaña eres mi socio, debes decir a los señores volscos con cuánta franqueza he dirigido este asunto.

AUFIDIO Sí, solo sus propósitos has tenido en cuenta, cerrados los oídos a la súplica universal de Roma, sin admitir jamás ninguna insinuación secreta, no, ni de aquellos amigos que creían estar seguros de ti.

CORIOLANO Este último viejo,

que despaché con el corazón partido a Roma, me amaba más que un padre; a decir verdad, me divinizaba. Mandármelo fue el último recurso que tuvieron, y por su antiguo afecto, aunque me he mostrado agrio con él, de nuevo he vuelto a ofrecer las primeras condiciones, que rechazaron antes, y que no pueden aceptar ahora; solo para honrarlo a él que creía poder hacer más, he cedido un poco. Ni a embajadas de Estado ni a amigos particulares, de ahora en más les prestaré oídos.

Gritos fuera.

¿Pero qué voz es esta?
¿Acaso me sentiré tentado a quebrantar
mi juramento en el instante mismo
en que lo hago? No, de ningún modo.

*Entran VIRGILIA, VOLUMNIA, VALERIA, el JOVEN MARCIO
y acompañantes.*

Mi esposa viene por delante; luego,
el honorable molde
en el cual este tronco fue formado;
y de su mano el nieto de su sangre.
¡Mas fuera afecto! ¡Rompe todo lazo
y privilegio de natura! Deja
hoy que sea virtud ser obstinado.
¿Cuánto vale esa actitud suplicante?
¿O esos ojos de paloma que a los dioses
pueden volver perjuros? Me derrito
y no soy de barro más resistente que otros.
Mi madre se inclina, cual si el Olimpo
ante una colina suplicante se doblara;
y mi vástago trae una cara de intercesión
que la naturaleza poderosa
a gritos me ordena no desoír.
Que los volscos
aren Roma y devasten Italia:
no seré yo tan ganso que obedezca el instinto,
sino que me mantendré cual si un hombre fuera
el autor de sí mismo
y no conociera otros parientes.

VIRGILIA ¡Señor y esposo mío!

CORIOLANO Estos ojos
ya no son los que tenía yo en Roma.

VIRGILIA El dolor
que así ante vos nos muestra tan cambiadas,

os hace pensar eso.

CORIOLANO Como actor bobo, he olvidado ahora mi papel y pierdo el hilo, hasta hacer el más espantoso ridículo. Oh, carne de mi carne, perdona mi crueldad, pero no digas que por esa razón perdone a Roma. ¡Ay, un beso largo como mi exilio, dulce cual mi venganza! Pues por la celosa reina del cielo, ese beso me traje de ti, querida, y mi labio fiel virginalmente lo ha conservado desde entonces. ¡Oh, dioses! Hablo como charlatán y a la más noble madre de este mundo dejo de saludar. ¡Húndete rodilla mía en el suelo!

Se arrodilla.

Muestra más la huella de tu indeleble deber que la de otros hijos.

VOLUMNIA ¡Levántate, bendito! Mientras que sin almohadón más suave que el pedernal ante ti me arrodillo, e indebidamente manifiesto mi respeto tal como este todo el tiempo se ha confundido entre madre e hijo...

Se arrodilla.

CORIOLANO ¿Qué es esto? ¿Tus rodillas ante mí? ¿Ante el hijo regañado? ¡Oh, dejad entonces que las piedrecillas de la hambrienta playa toquen el cielo! ¡Dejad entonces que el viento amotinado golpee los altivos cedros contra el ardiente sol, asesinando al imposible para hacer, lo que no puede ser, trabajo fácil!

VOLUMNIA Tú eres mi guerrero;
yo ayudé a formarte. ¿No conoces a esta dama?

CORIOLANO La noble hermana de Publícola,
la luna de Roma, casta como el carámbano
que la escarcha cuaja de la nieve más pura,
y que cuelga
en el templo de Diana, ¡Querida Valeria!

VOLUMNIA (*Mostrando al JOVEN MARCIO.*) Este es un pobre compendio
tuyo,
que con la interpretación madura de los años
podrá aparecer como tú, todo entero.

CORIOLANO (*A su hijo.*) ¡Que el dios de los guerreros
con cabal consentimiento del supremo Júpiter,
llene tus pensamientos de nobleza,
a fin de que puedas mostrarte invulnerable
al deshonor,
y mantenerte firme en la guerra,
como una gran boya en el mar que aguanta
todos los ventarrones y que salva
a los que la miran!

VOLUMNIA Arrodíllate muchacho.

CORIOLANO ¡Ese es mi muchacho valiente!

VOLUMNIA Pues él mismo,
tu esposa, esta dama y yo venimos
a suplicarte...

CORIOLANO ¡Os lo ruego, calma!
O si insistís en pedir, recordad antes esto:
aquello que he jurado
no conceder, no deberá jamás
ser tomado por vosotros como negativa.
No me ordenéis retirar mis soldados
o capitular otra vez con los artesanos
de Roma. No me digáis que parezco
desnaturalizado. No queráis

mitigar mis cóleras y venganzas
con vuestras frías razones.

VOLUMNIA ¡Oh, basta, ya basta!

Nos has dicho que no vas a concedernos nada:
pues ya no tenemos otra cosa que pedirte
sino la que has negado. Sin embargo,
pediremos, para que si no atiendes
nuestra petición, la culpa pueda recaer
en tu dureza. Por tanto, escúchanos.

CORIOLANO Aufidio, y vosotros, volscos, oíd:
porque en privado no queremos saber de Roma
nada. ¿Vuestra petición?

VOLUMNIA Si no habláramos
y permaneciéramos silenciosas,
nuestros vestidos y el estado de nuestros cuerpos
revelarían la vida que hemos llevado
desde tu exilio. Reflexiona contigo mismo
cuánto más infelices que todas las mujeres
vivientes hoy hemos venido aquí;
puesto que tu vista que debería
hacer que nuestros ojos
lloraran de júbilo, y nuestros corazones
bailaran de contento, nos constriñe
a llorar y a estremecernos de miedo
y de dolor, haciendo que la madre,
la esposa y el hijo, vean al hijo,
al esposo y al padre, desgarrando
las entrañas de su patria. Y para nosotros,
pobres, tu odio es funesto, pues nos impide
implorar a los dioses, lo cual es un alivio
del que todos disfrutan a excepción de nosotros;
porque ¿cómo podemos, ay, cómo podemos
por nuestra patria orar,
a la cual estamos ligados junto
con tu victoria, a la cual estamos ligados?
O deberemos, ay, perder la patria,
nuestra amada nodriza,

o perderte a ti, nuestro consuelo en la patria.
Debemos arrostrar
una desgracia manifiesta, aunque se cumpla
nuestro deseo, y sea quien fuere
el que triunfe.
Porque o deberás tú como extranjero
ser conducido en cadenas
a través de nuestras calles, o de lo contrario,
desfilas triunfante sobre las ruinas
de tu patria y llevarte la palma
de haber valientemente derramado
la sangre de tu esposa y de tus hijos.
En cuanto a mí, oh hijo,
me propongo no aguardar la fortuna
hasta que terminen estas guerras.
Si no puedo persuadirte de que más bien muestres
un noble perdón a las dos partes, en lugar
de procurar el fin de una, no marcharás
tan presto al asalto de tu patria que a pisar,
no lo dudes ni un punto,
el vientre de la madre que te trajo a este mundo.

VIRGILIA Sí, y el mío,
que te dio este hijo para conservar tu nombre
vivo a través del tiempo.

JOVEN MARCIO A mí
no me pisará. Me escaparé hasta que sea
más grande; y lucharé entonces.

CORIOLANO Para evitar ternuras de mujer,
su cara y la del niño no hay que ver.
He estado aquí ya demasiado tiempo.

Se levanta.

VOLUMNIA No, no te alejes así de nosotros.

Si fuera de tal modo
que nuestra petición tuviera por objeto
salvar a los romanos

destruyendo así a los volscos a quienes sirves,
podrías condenarnos
como venenosas a tu honor. Pero
no, nuestra petición
es que los reconcilies: en tanto que los volscos
puedan decir «Tal clemencia hemos demostrado»,
los romanos, «Tal hemos recibido»,
y que cada cual respectivamente
te aclame gritando: «¡Bendito seas
por lograr la paz!». Bien sabes, ilustre hijo mío,
que el fin de la guerra es incierto; pero una cosa
es cierta, que si conquistas a Roma,
el beneficio que por ello recogerás
habrá de ser un nombre cuya repetición
será acompañada de maldiciones
y reseñada en las crónicas de este modo:
«Era noble el hombre, mas en su última empresa,
lo borró todo; destruyó su patria y su nombre
permanece odioso para la edad
futura». Háblame, hijo mío. Has aspirado
a las perfecciones del honor para imitar
las gracias de los dioses,
rasgar con truenos las amplias mejillas
del aire, y sin embargo, descargar tu rayo
sulfuroso sobre una simple encina.
¿Por qué no hablas? ¿Piensas
que sea honroso para un hombre noble
recordar para siempre los agravios?
Hija: háblale tú.
No le importa mi llanto.
Habla tú, niño. Acaso tu infancia
lo conmueva mejor de lo que puedan
hacerlo nuestras razones. No hay hombre en el mundo
que esté más obligado con su madre;
y sin embargo me deja hablar sola
como si estuviera en los cepos. Nunca en la vida
has tenido con tu querida madre
ninguna atención, cuando ella, pobre gallina,
no deseando una segunda cría,
con sus cloqueos te empujaba a los combates

y te recibía de regreso salvo en casa
rebosante de honores.
Di que mi petición es injusta y recházame,
mas si no fuere así,
es que no eres sincero, y los dioses
te castigarán por haberme escatimado
la obediencia que en derecho a una madre
le corresponde... Se aparta. Señoras,
de rodillas:
avergoncémoslo con nuestras genuflexiones;
más orgullo tiene su nombre de Coriolano
que poder nuestras súplicas
para conmoverlo. De rodillas. Se acabó.
Esto es lo último. Por tanto nos volveremos
a Roma y moriremos entre nuestros vecinos.
Vamos, míranos.
Este niño que no puede expresar
lo que desea, pero que se hinca
y tiende las manos para solidarizarse,
razona con mayor fuerza nuestra petición
de la que tú tienes para negársela...
Venid, vámonos de aquí. Este hombre
tuvo una volsca por madre. Su esposa
está en Corioles, y su hijo se le parece
por casualidad. No obstante, despídenos.
Me quedaré en silencio
hasta que nuestra ciudad esté envuelta
en llamas, y entonces hablaré un poco.

CORIOLANO (*Estrecha en silencio la mano de ella.*)
¡Oh, madre, madre! ¿Qué habéis hecho? Mirad, los cielos
se abren; los dioses miran abajo
y se ríen de esta escena antinatural.
¡Oh, madre mía, madre,
oh! Habéis conquistado para Roma
una feliz victoria; mas para vuestro hijo,
creedlo, oh, creedlo,
en forma demasiado peligrosa,
si no mortal de plano, habéis prevalecido.
Mas venga lo que viniere. Aufidio,

aunque no puedo cumplir en la guerra,
forjaré una paz conveniente. Ahora, Aufidio,
¿si estuvieras tú en mi lugar, le habrías
puesto a una madre menos atención?
¿O concedídale menos, Aufidio?

AUFIDIO Me he sentido conmovido ante ello.

CORIOLANO Me atrevo
a jurar que sí. Ved, señor: no es tan poca cosa
hacer que viertan compasión mis ojos.
Pero, mi buen señor, aconsejadme,
qué paz queréis hacer.
Por mi parte,
no iré a Roma; regresaré con vos;
y os lo suplico, respaldadme en esta causa.
¡Oh, madre! ¡Oh, esposa!

AUFIDIO (*Aparte.*)
¡Cuánto me alegro de que hayas hecho en tu interior
esa distinción entre tu clemencia
y tu honor.
Con eso recobraré la fortuna que tenía.

CORIOLANO (A VOLUMNIA y VIRGILIA.)

Sí, hasta pronto; beberemos juntos;
y vosotras de regreso seréis
mejores testigos que las palabras
de un tratado que en condiciones igualitarias
haremos contrasellar por una y otra parte.
Vamos, entrad con nosotros. Señoras,
bien merecéis que se os erija un templo.
Todas las espadas de Italia juntas
con sus armas
confederadas no habrían podido
lograr esta paz.

Salen

ESCENA IV

Roma. Una plaza pública.

Entran MENENIO y SICINIO.

MENENIO ¿Veis aquella esquina del Capitolio, aquella piedra angular?

SICINIO Sí, ¿qué tiene?

MENENIO Si fuera posible que la sacarais de lugar con vuestro dedo meñique, habría alguna esperanza de que las señoras romanas, especialmente su madre, pudieran convencerlo. Pero yo digo que no hay esperanza de ello; nuestras gargantas están condenadas y aguardan la ejecución.

SICINIO ¿Es posible que un poco de tiempo pueda hacer cambiar los sentimientos de un individuo?

MENENIO Hay diferencia entre una oruga y una mariposa; sin embargo, la mariposa primero fue oruga. Este Marcio, de hombre ha llegado a convertirse en dragón: tiene alas; es más que un ser rampante.

SICINIO Amaba tiernamente a su madre.

MENENIO Lo mismo a mí; pero ahora ya no se acuerda mejor de su madre que un caballo de ocho años de la suya. La aspereza de su fisonomía vuelve agrias hasta a las uvas maduras. Cuando camina, se mueve como una máquina y el suelo se encoge bajo su paso. Es capaz de agujerear un corsé con su mirada, habla como si fuera toque mortuario y su «hum» es un ariete. Está sentado con tanta majestad como si fuera un Alejandro y lo que manda ejecutar queda terminado con solo su mandato. No le falta para ser dios más que la eternidad y un cielo para servirle de trono.

SICINIO Sí, la clemencia, si vuestra descripción es fiel.

MENENIO Lo pinto tal como es. Prestad atención a la clemencia que su

madre va a traernos de parte suya. No existe más clemencia en él que leche en un tigre macho; ya lo verá nuestra pobre ciudad; y todo es obra vuestra.

SICINIO ¡Que los dioses sean buenos con nosotros!

MENENIO No, en este caso los dioses no serán buenos con nosotros. Cuando lo desterramos, no les tuvimos respeto, y al regresar él a retorcernos el cuello, ellos no nos respetarán.

Entra un MENSAJERO.

MENSAJERO Señor, si queréis salvar vuestra vida, huid a vuestra casa.

Los plebeyos se han apoderado del tribuno, vuestro compañero. Lo traen de aquí para allá, jurando a una, que si las señoras romanas no nos dan alivio, harán que perezca con muerte lenta.

Entra un segundo MENSAJERO.

SICINIO ¿Qué noticias traes?

MENSAJERO SEGUNDO ¡Buenas noticias!
¡Buenas noticias! Las damas han prevalecido. Los volscos se retiran y se va Marcio. Día más feliz no ha visto nunca Roma, no, ni aun el día de la expulsión de los Tarquinos.

SICINIO Amigo, ¿estás seguro que sea esto cierto?
¿De veras?

MENSAJERO SEGUNDO Tan cierto como sé que el sol es fuego.
¿En dónde habéis estado escondido que dudáis de ello? Nunca bajo un arco se lanzó así la marea henchida como los reconfortados por las puertas.
¡Pero escuchad! ¡Las trompetas, salterios, sacabuches y pífanos, tamboriles y címbalos y los clamorosos

romanos hacen danzar el sol! ¡Escuchadlos!

Gritos dentro.

MENENIO ¡Qué buena noticia! Iré al encuentro de las damas. Esta Volumnia vale una ciudad entera de cónsules, patricios, senadores; mar y tierra enteros de tribunos iguales a vosotros. Muy bien habéis orado hoy. Ni un céntimo habría yo ofrecido esta mañana por diez mil de vuestras gargantas. ¡Oíd no más cómo se regocijan!

Aplausos y música.

SICINIO Ante todo, que los dioses te bendigan por estas noticias; luego acepta mi reconocimiento.

MENSAJERO SEGUNDO Señor, todos tenemos grandes motivos para estar muy agradecidos.

SICINIO ¿Ya están cerca de la ciudad?

MENSAJERO SEGUNDO A punto de entrar.

SICINIO Iremos a su encuentro para que aumente el regocijo.

Salen.

ESCENA V

Entran dos senadores y cruzan el escenario con VOLUMNIA, VIRGILIA, VALERIA y otros patricios.

SENADOR PRIMERO Mirad a nuestra patrona, la que nos da vida.
Convocad ya a todas vuestras tribus,
y alabad a los dioses
y haced fogatas en señal de triunfo.
Esparcid flores ante ellas y revocad
el escándalo que desterró a Marcio;
hacedlo volver con la bienvenida
de su madre. Gritad:
¡Bienvenidas, señoras, bienvenidas!

TODOS ¡Bienvenidas, señoras!
¡Bienvenidas!

Salen.

ESCENA VI

Ancio. Plaza pública.

Entra Tulo AUFIDIO y algunos acompañantes.

AUFIDIO Id a informar a los señores de la ciudad que estoy aquí. Entregadles este documento.

Cuando lo hayan leído, rogadles que acudan al mercado, donde yo, inclusive ante sus propios oídos, y ante los de los comunes, certificaré que es auténtico.

El que acuso según esto ha pasado las puertas de la ciudad, y pretende presentarse ante el pueblo, esperando con palabras quedar limpio. Partid.

Salen los acompañantes.

Entran tres o cuatro conspiradores del partido de Aufidio.

Muy bienvenidos.

CONSPIRADOR PRIMERO ¿Cómo está mi general?

AUFIDIO Como alguien con su propia limosna envenenado, y muerto con su caridad.

CONSPIRADOR SEGUNDO

Nobilísimo señor, si os mantenéis bien firme en el mismo proyecto del cual quisisteis que fuéramos participantes, os quitaremos de encima vuestro gran peligro.

AUFIDIO Señor, a la verdad, nada puedo deciros. Debemos proceder de acuerdo con el pueblo.

CONSPIRADOR TERCERO El pueblo permanecerá indeciso
mientras entre vosotros
exista contienda. Mas la caída de uno
hará al que sobreviva heredero de todo.

AUFIDIO Lo sé, y mi pretexto
para derribarlo me parece muy legítimo:
yo lo elevé y comprometí mi honor
por su lealtad; mas al verse exaltado así,
ha regado su nueva planta con el rocío
de la adulación, seduciendo de esta manera
a mis amigos; para lo cual ha doblegado
su carácter, nunca antes conocido
sino por rudo, indómito y soberbio.

CONSPIRADOR TERCERO Señor, su terquedad
cuando se postulaba para cónsul,
lo que perdió por no querer rendirse...

AUFIDIO De eso quería hablar.
Al ser desterrado por ello, vino a mi casa
y ofreció su garganta a mi cuchillo;
yo lo acogí; y lo hice mi socio
en el servicio, condescendiendo en todo
a sus deseos. No solo lo dejé escoger
entre mis regimientos
para realizar sus planes mis hombres mejores
y más jóvenes, sino que serví
con mi misma persona sus propósitos
ayudándolo a cosechar la fama
que acabó por apropiarse,
mostrando incluso cierto orgullo en fabricarme
ese perjuicio; hasta que al fin yo parecía
su subalterno, no su socio, y él
me recompensaba con su favor
cual si hubiese
sido yo su mercenario.

CONSPIRADOR PRIMERO Así fue, señor:
el ejército se maravillaba de ello;

y al final,
cuando podía haberse apoderado de Roma,
y que nosotros esperábamos tanta gloria
como botín...

AUFIDIO Exacto: por lo cual
lo apretaré con toda la fuerza de mis músculos.
Por unas cuantas gotas de llanto femenino,
que valen tanto como las mentiras,
vendió la sangre y el esfuerzo de nuestra empresa.
Por lo tanto morirá, y yo he de renovarme
con su caída. ¡Pero escuchen!

Suenan tambores y trompetas con fuertes gritos de la gente.

CONSPIRADOR PRIMERO A vuestro pueblo natal habéis entrado
sin que nadie la bienvenida os ofreciera;
en tanto que él regresa rompiendo
el aire con estrépito.

CONSPIRADOR SEGUNDO Y los pacientes imbéciles a cuyos hijos
dio muerte, a una desgarran sus viles gazarates
glorificándolo.

CONSPIRADOR TERCERO Por consiguiente
en la ocasión propicia,
antes de que hable o conmueva a la gente
con lo que quiera decir, hacedle sentir bien
vuestra espada, la cual secundaremos nosotros.
Cuando esté tendido cuan largo es,
vuestra versión de su historia enterrará la suya
y sus razones junto con su cuerpo.

AUFIDIO No digáis más. Ya llegan los señores.

Entran los magistrados de la ciudad.

TODOS LOS MAGISTRADOS ¡Sois muy bienvenido a la patria!

AUFIDIO No lo merezco. Mas, nobles señores,
¿acaso habéis leído la carta que os he enviado?

TODOS LOS MAGISTRADOS Sí.

MAGISTRADO PRIMERO Y mucho lo lamentamos. Todas sus faltas precedentes no habrían podido dar motivo, creo, sino a ligeras penas; pero acabar por donde debía haber comenzado, y sacrificar las ventajas de nuestras levas, recompensándonos con lo mismo que gastamos, y celebrando un armisticio donde debía haber habido capitulación, eso no admite excusa.

AUFIDIO Se acerca: ya lo escucharéis.

Entra CORIOLANO marchando a tambores batientes y banderas desplegadas, seguido de la gente del pueblo.

CORIOLANO ¡Salve, señores! Heme ya de vuelta como servidor vuestro, no más contaminado por el amor de mi patria que cuando partí, pero manteniéndome como siempre a vuestras soberanas órdenes. Sabed pues que venturosamente he conducido vuestras guerras, abriéndome paso a sangre y fuego hasta las puertas mismas de Roma. Nuestro botín que a casa hemos traído de sobra compensa en más de una tercera parte los gastos de esta acción. Hemos firmado la paz con tanto más honor para vosotros, antiates, que afrenta para los romanos, y hacemos entrega aquí, suscrito por patricios y por cónsules, y junto con el sello del Senado, de lo que hemos concluido.

AUFIDIO ¡No lo leáis, señores, mas decidle a este traidor que en el más alto grado se ha excedido en sus poderes!

CORIOOLANO ¿Traidor?
¡Cómo!

AUFIDIO ¡Sí, traidor, Marcio!

CORIOOLANO ¡Marcio!

AUFIDIO ¡Sí, Marcio! ¡Cayo Marcio!
¿Crees que voy a honrarte con ese robo,
el nombre que robaste, Coriolano, en Corioles?
Ved, señores y jefes del Estado,
pérfidamente ha traicionado vuestra empresa,
y entregado,
por unas cuantas lágrimas saladas,
la ciudad de Roma que os pertenecía; sí
«vuestra ciudad», repito, a su esposa y a su madre,
rompiendo así su juramento y resolución
igual que un hilo de seda podrido,
sin admitir para nada consejo de guerra.
Ante las lágrimas de su nodriza,
entre llanto y gimoteo cedió
la victoria que nos correspondía,
tanto que los pajes enrojecieron de verlo
y los hombres resueltos se miraban
con estupor unos a otros.

CORIOOLANO ¿Oyes esto, Marte?

AUFIDIO No nombres al dios, niño llorón.

CORIOOLANO ¡Ah!

AUFIDIO ¡Basta!

CORIOOLANO ¡Inconmensurable embustero,
acabas de volver mi corazón
demasiado grande para lo que lo contiene!
¡Niño! ¡Oh, esclavo! Perdonadme, señores;
esta es la primera vez que me veo obligado
a reñir.
Vuestro juicio, graves magistrados,

debe darle el mentís a este perro;
y su propia conciencia,
que lleva en ella impresas mis señales,
y que debe soportar que yo la golpee
hasta la tumba, se unirá también
para hacerle tragar el mentís.

MAGISTRADO PRIMERO Calma
los dos; dejadme hablar.

CORIOLANO ¡Hacedme trizas, volscos,
adultos y muchachos!
¡Teñid vuestros puñales todos en mi sangre!
«¡Niño!» ¡Perro traidor!
Si habéis escrito con exactitud
vuestros anales, ahí estará cómo
yo, igual que águila en palomar,
ahuyenté a vuestros volscos en Corioles.
Yo solo lo hice, «¡Niño!».

AUFIDIO Pero señores,
¿vais a permitir que este impío fanfarrón,
ante vuestros propios ojos y oídos,
os haga recordar
su ciega fortuna que ha sido vuestra vergüenza?

CONSPIRADORES ¡Que perezca por ello!

CIUDADANOS ¡Háganlo pedazos! ¡Mátenlo pronto!
¡Asesinó a mi hijo! ¡A mi hija!
¡Mató a mi primo Marco! ¡Asesinó a mi padre!

MAGISTRADO SEGUNDO ¡Calma! ¡Nada de ultrajes! ¡Calma! El hombre
es noble
y su fama abarca todo el orbe de la tierra.
Sus últimas faltas contra nosotros
recibirán juiciosa atención. Detente, Aufidio,
y no turbes la paz.

CORIOLANO ¡Que pudiera apoderarme de él,
con seis Aufidios o más, su tribu toda,

para esgrimir mi espada justiciera!

AUFIDIO ¡Villano insolente!

CONSPIRADORES ¡Mátenlo, mátenlo, mátenlo, mátenlo!

*AUFIDIO y los conspiradores sacan sus espadas
y dan muerte a MARCIO que cae.*

AUFIDIO se pone de pie sobre su cadáver.

MAGISTRADOS ¡Deténganse, deténganse, deténganse!

AUFIDIO Mis nobles señores, dejadme hablar.

MAGISTRADO PRIMERO ¡Oh, Tulo, has ejecutado un acto
que hará llorar al valor!

MAGISTRADO TERCERO No lo piséis. ¡Señores,
permaneced quietos!
Envainad vuestras espadas.

AUFIDIO ¡Señores,
cuando sepáis (cosa que no es posible ahora
en medio de esta furia provocada por él)
el mortal peligro a que la vida de este hombre
os exponía, os alegraréis
de que haya sido liquidado así.
En cuanto plazca a vuestras excelencias
convocarme al Senado,
os probaré que soy vuestro servidor leal
o me someteré
a todo el rigor de vuestra censura.

MAGISTRADO PRIMERO Llevaos de aquí su cuerpo y llorad por él.
Que sea honrado como el más noble cadáver
que jamás heraldo alguno haya seguido
a su urna.

MAGISTRADO SEGUNDO Su propia impaciencia releva a Aufidio
de gran parte de la culpa. Saquemos de ello
el mejor partido posible.

AUFIDIO Se ha disipado
mi cólera, y estoy lleno de pena.
Levantadlo.
Que tres de los soldados principales ayuden.
Yo seré uno de ellos.
Bate tú el tambor con un toque fúnebre.
Llevad vuestras picas con las puntas hacia abajo.
Aunque en esta ciudad
dejó numerosas viudas y huérfanos
que hasta este momento lloran el daño,
guardaremos de él noble memoria.
Ayudad.

*Salen llevando el cuerpo de Marcio.
Suenan una marcha fúnebre.*

William Shakespeare



William Shakespeare (Stratford-upon-Avon, c. 26 de abril de 1564 - 23 de abril de 1616)? fue un dramaturgo, poeta y actor inglés. Conocido en ocasiones como el Bardo de Avon (o simplemente el Bardo), Shakespeare es considerado el escritor más importante en lengua inglesa y uno de los más célebres de la literatura universal.

William Shakespeare (también deletreado Shakspeare, Shaksper y Shakespeare, porque la ortografía en tiempos isabelinos no era ni fija ni absoluta)? nació en Stratford-upon-Avon, en abril de 1564. Fue el tercero

de los ocho hijos que tuvieron John Shakespeare, un próspero comerciante que llegó a alcanzar una destacada posición en el municipio, y Mary Arden, que descendía de una familia de abolengo.